



*Un Lord
sin honor
Vanessa Lorenz*

Copyright

EDICIONES KIWI, 2021
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, febrero 2021

© 2021 Vanessa Lorrenz
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Ana María Benítez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
Nota del Editor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

«¿Por qué no me dijiste que era peligroso? ¿Por qué no me lo advertiste? Las mujeres saben de lo que tienen que protegerse, porque leen novelas que les cuentan cómo hacerlo...».

Tess, la de los d'Urberville, Thomas Hardy

Dedicado a mis hijas, son mi todo.

Capítulo 1

Londres, 1845

Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita esposa. ¿Pero qué sucede cuando este hombre no posee fortuna?

Lady Emily paseaba por el lago Serpentine acompañada de su doncella Susan. El día había amanecido cálido, a pesar de estar terminando el invierno, dándole la bienvenida a la primavera. Por el rabillo del ojo, vio que lady Carolina Graham paseaba en dirección contraria a la de ella, junto con todo su séquito de amigas, que a la vez estaban acompañadas de sus doncellas. Era una beldad que destacaba entre las jóvenes casaderas. Las matronas decían que ese año ella sería la que conseguiría el mejor partido casadero.

Pero a Emily eso no le preocupaba, su madre estaba histérica realizando todos los preparativos para su presentación. Era la hija única del duque, ya que su madre tuvo un parto muy doloroso. El médico y la matrona que la habían atendido tuvieron que ayudarla. Y, aunque el parto fue exitoso, no fue capaz de concebir de nuevo. Pero a su padre eso no le importaba.

—¿En qué piensas, mi niña? —Escuchó que le preguntaba Susan. Con el paso de los años, se había encariñado tanto con esa mujer... Había sido la doncella de su madre y, cuando ella nació, se quedó a su cargo.

—En nada, nana, creo que los nervios comenzarán a matarme.

—Has sonado demasiado a tu madre.

—Dios nos salve de eso, Susan, pero pensar que estaré frente a la reina haciendo una reverencia me pone muy nerviosa. ¿Y si resbalo y caigo?

—Recuerdo que, dos temporadas después de la presentación de tu madre, una debutante llevaba un vestido primoroso con cristales traídos de la India. Como era la más hermosa de la temporada, otra debutante que le tenía envidia le pisó el vestido antes de entrar al gran salón. Obviamente la pobre resbaló de manera estrepitosa. Cuando se quisieron dar cuenta de lo sucedido, la joven estaba tirada con las faldas subidas y encima de uno de los guardias de la reina. Todas las debutantes se reían sin parar.

—Susan, esto no me da sosiego. Eso sería mi ruina, en ninguna casa decente me aceptarían. No encontraría marido nunca.

—Pero eso no te pasará a ti, encontrarás al mejor esposo del mundo. Ahora vamos a buscar al cochero para que nos lleve a comprar esos hilos y listones que querías. Necesitamos que esos hombres casaderos te vean hermosa desde ahora.

Suspiró porque de eso se trataba todo. Las debutantes eran como un corte de carne subastado al mejor postor: mientras más hermoso y con buena cuna, más posibilidades tenía de triunfar en la temporada. Pero Emily quería amar a su esposo y ser amada. Sus padres se amaban, no eran el clásico matrimonio de conveniencia. Según lo que su madre contaba, el flechazo fue inevitable. Fue ver a su padre y sentir que se pertenecían. Emily suspiraba cada vez que su madre contaba la historia porque era como un cuento de hadas. Su padre la había cortejado por seis meses e incluso se tuvo que retar a duelo con algunos de los pretendientes de su madre.

Sonrió recordando la anécdota mientras se bajaba del carruaje para cruzar la calle que le llevaría a la bonetería. Susan estaba bajando detrás de ella, pero Emily se quiso adelantar, con tan

mala suerte que no se dio cuenta de que un carruaje se acercaba a toda velocidad. Reaccionó cuando Susan gritó que tuviera cuidado, pero ya era demasiado tarde. Cerró los ojos pensando que su vida se había acabado.

Todo pasó muy rápido: unos brazos la envolvieron para después tirarla de manera estrepitosa sobre la acera donde su carruaje se había parado.

Emily estaba segura de que el dolor en su cuerpo se debía a que la habían arrollado. El temor de comprobar la trágica escena la mantenía con los ojos cerrados, solo escuchaba a Susan pedir ayuda mientras lloraba. Cuando se armó de valor para abrir los ojos, parpadeó impresionada por el hombre que tenía encima protegiéndola con su cuerpo. El hombre sonrió y ella se quedó congelada, era como si todo el mundo se hubiera detenido. Su corazón latía de un modo acelerado. En ese momento, nada importaba... Porque estaba frente al hombre de su vida, lo sabía.

—Se encuentra bien, *milady*.

—Sí —fue lo único que pudo decir. Estaba tan absorta mirándolo que incluso parecía estar en trance. Un sollozo de Susan la devolvió a la realidad.

—Mi niña, ¿estás bien?

—Sí, Susan, no debes preocuparte.

—Caballero, si me permite levantarme —dijo tímidamente.

El hombre se levantó de forma automática, ayudándola a levantarse. Emily sintió como un simple roce le provocaba un estremecimiento. Le dolía demasiado el brazo. Se dio cuenta de que tenía una herida producto de la caída.

—Vamos, niña, regresemos a la casa para que te vea un médico. No te encuentras bien.

—Sí, nana, será lo mejor. Después vendremos por esos listones.

Emily volvió la vista a donde su salvador se encontraba, para sonreírle de manera encantadora.

—Gracias, caballero, me ha salvado la vida.

Su nana la alejó del hombre justo cuando estaba a punto de darle la mano para agradecerle. No comprendía la actitud de su nana, ya que ella nunca había sido desagradecida.

En cuanto estuvieron en el carruaje, se sentaron mucho más tranquilas.

—Niña, tus padres nos van a regañar, estuviste a punto de cometer una imprudencia.

—¿Por qué? —inquirió mirando por la ventanilla del carruaje. Aún sentía el toque de aquel desconocido en su piel.

—Ibas a darle la mano a ese hombre como si él fuera uno de tus pares. Es más: ni a tus pretendientes debes dejarlos que te toquen, y aún menos a ese hombre. ¿No ves que es un simple conductor de un carruaje? Tu reputación podría verse resentida.

—No lo pensé, nana. Tal vez fue por el miedo de que me arrollara un carruaje.

—Cuando se enteren tus padres, nos enviarán a la casa de campo.

Mas Emily solo podía pensar en ese mismo instante donde había encontrado al hombre con el que le gustaría compartir su vida.

Capítulo 2

Su madre tuvo un vahído de solo pensar en lo que le pudo haber sucedido, su padre la tuvo que cargar y recostarla en un sillón de la salita de té para que después le pusieran sales aromáticas debajo de la nariz. *Lady* Carolina Loughy, duquesa de Windsor, era todo lo que se esperaba de una dama inglesa: educada, refinada, noble. Por eso ahora, que salía de su colapso, estaba pálida.

—Richard, la niña será una paria de la sociedad, fue salvada por un simple cochero. Espero que ninguna de nuestras amistades la hayan visto —dijo su madre poniéndose una mano sobre la frente de forma dramática.

—Madre, nadie nos ha visto. Al parecer, el cochero del carruaje que estuvo a punto de arrollarme perdió el control de los caballos que tiraban de él.

—Buscaré al culpable de eso, no puede ser posible que pongan en peligro así a los de nuestra clase.

—Padre, no es necesario, solo fue un rasguño. No hay nada de qué preocuparse. —Su padre apretó los labios disgustado.

Odiaba que la trataran como si fuera una niña pequeña. Únicamente había tenido un accidente que le pudo haber sucedido a cualquiera, pero sus padres necesitaban hacer un drama de cualquier cosa.

Después de que le dijeran que tenía prohibido salir de compras sola, la enviaron a su habitación castigada. Tal parecía que para sus padres seguía siendo la pequeña que tenía tres años, la cual al hacer una travesura era castigada. Después de una semana de encierro, convenció a su madre para que la dejara salir a dar un paseo. Esa semana la había pasado de un modo un tanto extraño, pues soñaba por las noches con ese hombre que la había cautivado. A nadie le había contado acerca de lo que sentía. Porque estaba segura de que, de expresar alguno de los sentimientos que su alocado corazón tenía, su madre la condenaría a vivir enclaustrada en su casa de campo. Ellos preferían verla solterona a tener que pasar por un escándalo de tal magnitud. Por suerte, la vida le sonreía. Porque *lady* Sarah, una de las debutantes de ese año, hija de una vieja amiga de su madre, la había invitado a cabalgar por Hyde Park. Solo esperaba que el destino la favoreciera y la dejara ver al hombre que la había salvado. Sabía que estaba mal, pero algo dentro de ella le decía que necesitaba verlo de nuevo.

Mientras cabalgaba de forma descuidada junto a su compañera de paseo, que no paraba de contarle los cotilleos de su madre, Emily observaba todas las calesas que se encontraba a su paso. Estaba nerviosa, necesitaba encontrar y ver por una sola vez a ese hombre.

La calesa de la baronesa de Bourgn se detuvo donde ellas estaban, para saludar a su acompañante. Cuando las presentaron, ella solo hizo una inclinación con la cabeza, porque era incapaz de mirar para otro lado que no fuera el del conductor. El mismo hombre que la había salvado estaba mirando de manera tensa al frente, como si no quisiera mirarla. Acercó su caballo hasta donde él estaba, simulando que perdía el control de las riendas. Estaba segura de que él la había reconocido, así que no se explicaba por qué no la miraba.

—Gracias —expresó casi en un susurro, solo para que él la escuchara. Y supo que sí lo había hecho, porque envaró más la espalda poniéndose aún más tenso. Sus nudillos blancos al sostener las riendas de la calesa lo confirmaban.

Se acercó a su amiga, despidiéndose de la baronesa, para seguir con su recorrido. Ahora que

sabía dónde trabajaba ese hombre, necesitaba saber su nombre.

Regresó a su casa mucho más animada. Por suerte, sus padres no se encontraban en el salón y pudo escabullirse hasta su habitación sin que la interrogaran sobre su paseo. Sonrió tomando su diario, que estaba en su secreter personal. Escribió todo lo que ese hombre le provocaba, necesitaba de alguna manera plasmar sus sentimientos. Por primera vez en la vida, se sentía más viva que nunca.

Pasó la siguiente semana ideando una manera en la que le dejaran salir para poder ver a ese hombre de nuevo, tal parecía que su obsesión por él le estaba haciendo cometer locuras. Convenció a Susan de que la llevara a comprar unos guantes nuevos, se había enterado por su nueva amiga *lady* Sarah de que la baronesa estaría comprando sombreros en una tienda reconocida. Así que tuvo que tallar sobre algunas rocas sus guantes para decir que necesitaba unos nuevos.

Obviamente su amiga la acompañaría y Susan también. Tendría un poco complicado el despistarlas, pero esperaba encontrar la manera de hablar con él. Cuando llegaron a la tienda de sombreros, la baronesa ya estaba ahí. Sonrió mirando el carruaje en la esquina de la tienda. *Lady* Sarah no llevaba carabina, ya que ella le había enviado una misiva diciéndole que su doncella les haría compañía.

Estuvieron viendo varios listones y adornos para los sombreros. La tienda tenía varias cosas que podían hacer juego. Así que, cuando *lady* Sarah dijo que necesitaba probarse unos botines que combinaban con el sombrero que le había gustado, a Susan no le quedó más remedio que seguirla a uno de los probadores para ayudarla.

Emily no se lo pensó mucho. En cuanto las vio desaparecer, hizo un gesto como si estuviera saludado a alguien fuera de la tienda y salió con paso delicado, tal y como se esperaba de una dama de sociedad. Cuando estuvo en el exterior, supo que no tenía mucho tiempo que perder, ya que la baronesa no tardaría en llegar. Se acercó al carruaje y buscó con la mirada para ver si encontraba al hombre que la había mantenido en vela todos esos días.

No estaba arriba del pescante, así que supuso que estaría en la parte de atrás. Rodeó el carruaje y ahí estaba, mirando el eje de la rueda tan concentrado que no se percató de su presencia. Ella se acercó más hasta él, aprovechando que estaba distraído. Lo vio fruncir el ceño después de golpear la rueda.

—*Milady*, no debería de acercarse a este lugar —comentó él sin apartar la vista de la rueda como si fuera la cosa más importante del mundo.

—Solo quería agradecerle lo que hizo el otro día por mí.

—Ya me lo ha agradecido dos veces, no hice nada que no hiciera por cualquiera.

—Pero pudo haber salido lastimado. Y mis padres ni siquiera le han dado una recompensa.

—No lo hice por eso, *milady*. No esperaba ninguna recompensa.

—De cualquier manera, ellos debieron agradecerse.

—¿A un simple cochero? No lo creo, *milady*. ¿Acaso no vio la cara de horror que puso su doncella? Parecía que estaba a punto de asesinarla.

—Algo injusto, ¿no cree?, las personas no deberían de medirse por su clase social. También quería saber cuál era el nombre del hombre que me salvó.

—No creo que sea lo correcto, *milady*. Será mejor que vuelva a la tienda y elija los listones que más le gusten.

—Connor... —Escuchó que le llamaba la baronesa. Dios, ahora lo había metido en un problema. Y ella misma estaba metida en un problema.

Caminó hasta la entrada de la tienda despidiéndose de la baronesa, que le sonrió de manera interrogante. Por suerte, cuando llegó a la tienda se dio cuenta de que Susan y Sarah aún no salían. Sonrió como si le hubieran regalado la luna. Ahora sabía cómo se llamaba: Connor. Incluso su nombre la hacía suspirar.

Capítulo 3

De regreso a su casa, *lady* Sarah estuvo platicando sobre los diseños de los vestidos que usaría en cuanto fuera su presentación.

—¿*Lady* Emily, no está nerviosa por la presentación ante la reina? He estado ensayando la reverencia completa, pero aún no me sale perfecta.

—Oh, claro que estoy nerviosa. Pero llámame Emily, por favor. Si gustas, podemos vernos en tu casa para tomar el té y practicar.

—Eso me encantaría. Pero debes corresponder a tu petición: llámame Sarah. Espero que seamos buenas amigas.

—¿Te gustaría que leyéremos juntas? Tu casa está muy cerca de la mía, puedo perfectamente ir caminando.

—Eso sería encantador —dijo su nueva amiga, sonriendo de manera que se le formaron unos hoyuelos en las mejillas. Sus verdes ojos la hacían lucir feliz, era una beldad que también estaba entre las favoritas a conseguir marido—. Debo hablar con mi madre para que envíe la invitación a tu madre.

—La estaré esperando.

Dos días después, la misiva dirigida a sus padres para que le dieran permiso para ir a la casa de su amiga a leer no fue muy bien recibida por ellos.

—Pero, padre, ¿qué puede pasarme? Estamos a unas casas de distancia, puedo perfectamente ir caminando y regresar.

—De acuerdo, pero Susan debe acompañarte.

Emily sonrió, acercándose a su padre para abrazarlo y darle un beso. Estaba muy contenta. Por fin podía salir, aunque fuese un momento. Ahora necesitaba planear cómo hacer que Susan no saliera con ella.

Al día siguiente, fue a la casa de su amiga, pero le fue imposible evadir a Susan. Así que, una vez que llegaron a la casa, su doncella tuvo que esperar en la cocina con las demás doncellas. La madre de su amiga las hizo pasar al saloncito de té, donde disfrutaron de unas pastas. Rieron con las anécdotas de su anfitriona, que era muy graciosa. Después se despidieron para ir a la habitación de su amiga a leer un rato.

—Esta novela te va a encantar, narra la historia de unos corsarios. Es tan romántica...

—Es perfecto. Me encantan ese tipo de novelas, los viajes me hacen soñar con alta mar.

—Entonces sentémonos en el balcón de la habitación, así disfrutaremos del fresco.

—Permíteme ir a ver a Susan, necesito consultarle algo.

—Claro, aquí esperaré.

Salió de la habitación y, con mucha cautela, se acercó hasta la puerta principal. No podía salir por la puerta de la cocina porque ahí estaba Susan, ahora solo esperaba que el mayordomo no estuviera en la puerta. Cuando iba pasando cerca de la cocina, se dio cuenta de que todos los sirvientes estaban tomando el té. Así que se dirigió de manera rápida a la entrada de la casa, intentando girar el picaporte de la puerta de tal manera que no se escuchara. En cuanto puso un pie fuera, salió casi corriendo, y eso que las damas de sociedad no debían correr. La casa de la baronesa estaba dos casas más arriba que la de su amiga, así que llegaría en unos minutos. Trató de pasar desapercibida. Por suerte, se había puesto un vestido de tarde que le quedaba bastante

ligero. Se escabulló por una lateral a la casa, extrañándole que no hubiera nadie del servicio a los alrededores.

Caminó hasta las caballerizas para ver si encontraba a Connor, pero no tuvo suerte. Caminó adentrándose más allá y lo encontró nivelando los ejes de una rueda. Él la miró y por un momento parpadeó sorprendido, como si no creyera que ella estuviese ahí. En cuanto ella llegó a su lado, se quedaron mirando fijamente. Era realmente guapo, con sus ojos azules y el cabello castaño. Se notaba que el trabajo duro había fortalecido sus músculos. Sonrió para saludarlo.

—Hola... —Pero, en vez de una respuesta, lo único que recibió fue que él la tomara del brazo y la metiera en las caballerizas.

—¿Qué demonios pretende, *milady*?! ¿Es que acaso no le importa su reputación?

Ella estaba tan fascinada con el tono de su voz...

—Solo necesitaba verte —respondió sincerándose.

—¿Está loca?! —Él parecía que no daba crédito a que ella estuviera ahí.

—Solo quiero conocerte.

—Una señorita de su clase no puede estar interesada en un simple cochero. Así que, si de verdad quiere agradecerme lo que hice por usted, aléjese de mí.

—Es que no puedo. —No quería decirlo, de verdad; pero, por más que trataba, no lograba sacarlo de su mente.

—Este no es un lugar seguro para usted. Márchese, por favor. —Él se dio la vuelta poniendo sus manos en las caderas, como si no quisiera mirarla. Ella, en un acto de valentía, se acercó. Y, tomándolo por sorpresa, lo abrazó queriendo sentir su calidez, la misma calidez que sintió el día que la salvo.

—Márchese, *milady*. Eso que siente solo es una ilusión.

—No lo es, de verdad, dime que tú no sentiste lo mismo que yo.

—No, esto no está bien, usted pertenece a otra clase social muy lejos de la mía. Es mejor que se vaya a buscar a un señorito de su clase. Alguien que sí esté a su altura.

—Pero eso a mí no me importa. Yo solo quiero estar a tu lado.

Él se giró para quedar frente a ella, tomó su rostro aspirando su aroma. Emily suspiró de gusto. Ahí es donde pertenecía, ese era el lugar donde quería estar. Sus rostros estaban tan juntos que podía sentir su respiración agitada, cerró los ojos dejándose llevar por la felicidad que la embargaba. Estaba segura de que la besaría, y ese sería su primer beso de amor.

El roce de sus labios sobre los de ella provocaba que toda su piel comenzara a arder. Era la sensación más mágica del mundo. Connor apenas tocaba sus labios, como si no quisiera asustarla. Solo fue un simple roce, pero para Emily fue como tocar el cielo.

Estaría en problemas si alguien la llegara a descubrir, pero en ese instante no le importaba nada. Armándose de valor, rodeó su cuello con sus brazos, pues quería estar lo más cerca posible de él. Era como si de repente toda su vida se centrara en ese hombre que la había salvado, era como si ahora lo necesitara para respirar.

Los labios de Connor se apartaron de los de ella y Emily abrió los ojos para ver qué sucedía. Era obvio que él estaba arrepentido, por la mirada de culpabilidad.

—No —dijo ella tratando de que no la apartara de su lado—, no puedes alejarme de tu vida.

—Entienda, esto es una locura, debe buscar un hombre que sea de su posición. Alguien a quien sus padres aprueben. Si alguien la encontrara aquí, su reputación estaría dañada.

—No me importa nada, solo dame una oportunidad.

Él se acercó de nuevo a ella, besando sus labios con ternura.

—No me busque más, Emily, cátese con un hombre que la haga feliz. No vuelva nunca más por aquí.

Capítulo 4

—Emily, ¿por qué te demoraste tanto? —Había sido una suerte que no se encontrara a nadie en la entrada de la casa. Su amiga la miraba de manera acusadora, como si supiera que había hecho algo malo.

—Ya sabes cómo son las nanas, tuve que convencerla de que me dejara estar un momento más aquí.

—Y ¿por qué vienes agitada? Como si hubieras corrido de camino hacia acá.

—No lo sé, supongo que es por subir corriendo las escaleras.

—Bien, entonces nada tiene que ver que te haya visto correr calle abajo. ¿A quién fuiste a visitar, Emily? ¿Por qué estás así de sofocada? —Estaba metida en un lío muy grande—. Incluso he visto a tu nana asomarse a la escalera sin atreverse a subir a la habitación para buscarte. Dime la verdad, Emily.

—Si le dices a alguien, estaré perdida.

—Puedes confiar en mí, no se lo contaré a nadie. Nuestra reputación es lo único que nos hace valiosas, es lo único en lo que los hombres se fijan, por eso debemos apoyarnos.

—Me he enamorado.

Su amiga se llevó la mano al pecho emitiendo un jadeo impresionado.

—Pero eso es magnífico. Encontrar el amor es lo mejor que nos puede pasar —afirmó su amiga, que era una romántica empedernida.

—Pero es un amor prohibido. Mis padres nunca nos darían su bendición.

—Emily, sabes que debemos obedecer a nuestros padres. Tal vez, cuando vivas la temporada, encuentres al hombre de tu vida.

—No, de verdad que mi corazón ha latido al reconocerlo. Si me esposara a otro hombre, sería solo para vivir desdichada.

Su amiga suspiró, sentándose en la cama para mirarla fijamente.

—Emily, he tenido que distraer al servicio para que no te vieran llegar. ¿Sabes lo que me ha costado? —Aunque su tono era de reprimenda, en la cara mostraba emoción—. Pero quiero ayudarte, no hay nada más romántico que los amores prohibidos.

—¿De verdad me ayudarás? —cuestionó incrédula, pero a la vez aliviada.

—Esto es lo haremos: pedirás permiso para venir a mi casa cada tercer día. Di que estás muy emocionada porque te he pedido que toques a dúo el piano conmigo en mi fiesta de presentación, así tendremos oportunidad de prepararnos.

—Mis padres saben que odio tocar el piano.

—Perfecto, entonces, ¿eres buena tocándolo?

—Mi padre dice que tengo un don, que no se lo ha visto a nadie. Bueno, más que a los grandes compositores.

—Pues para mi madre yo soy mala con el piano, así que esa es nuestra oportunidad. Si les dices que te he pedido que me ayudes, no se podrán negar.

—Y cuando se den cuenta de que no aprendes...

—No, si yo soy muy buena, solo finjo ser mala porque odio que mi madre alardee sobre mis dotes musicales. Es tan injusto que solo nos vean como meros objetos de entretenimiento.

—Lo mismo pienso yo —asintió Emily, pensando en lo que su amiga le estaba diciendo.

—Entonces ya tenemos el plan ideado, yo convenceré a mi doncella para que mantenga entretenida a la tuya.

—Solo espero que esto no nos cause problemas.

Se despidió de su amiga, aunque Susan la miraba recelosa. Ella fingió que no se daba cuenta, pues no necesitaba más sermones.

Llegaron a su casa y su madre estaba sentada en el saloncito bordando, mientras su padre tomaba una copa junto a la chimenea. Suspiró entrando, esperaba que todo saliera como lo tenían planeado.

—Has tardado demasiado en casa de tu amiga —indicó su madre sin despegar la vista de su bordado, como si eso fuera lo más importante del mundo.

—*Lady Rosset* ha sido muy amable de dejarme merendar con ellas, y *lady Sarah* es un primor. Me ha pedido como favor que si le puedo aleccionar para que mejore sus notas de piano.

—¿Acaso sus padres no tienen para pagar a un buen maestro de piano? —dijo su padre con desdén, como si el hecho de que su hija le diera clases a su amiga hiciera que la desgracia cayera en sus vidas.

—*Lady Sarah* se encuentra mucho más cómoda si le enseñó yo, así nos haremos compañía y nos prepararemos juntas para la temporada.

Su padre solo hizo un asentamiento con la cabeza como dándole el visto bueno, mientras que su madre no dejaba de dar puntadas y suspirar. Dios, veía esa vida tan insulsa que se le antojaba marcharse lejos, donde las estrictas normas y protocolos no la alcanzaran.

—Entonces, ¿tengo su consentimiento para acudir a casa de *lady Sarah*?

—Lo tienes, hija, necesito que te relaciones con tus iguales. He encontrado un candidato perfecto para ser tu esposo. Tiene muchas tierras y varias propiedades. Estamos pactando tu compromiso, así que puedes disfrutar de estos meses antes que empiece la temporada. Ahora retírate a tus aposentos.

Esas palabras se metieron en su alma como una daga, no podían pactar su matrimonio. Se suponía que le darían la oportunidad de encontrar un esposo que fuera de su agrado, pero ahora le estaban imponiendo a un candidato. Volvió a recordar el beso que Connor le había dado. Se llevó las manos a los labios, aún podía sentir su toque. Una sonrisa se dibujó en su rostro: tenía una escapatoria. El amor tenía que triunfar, se negaba a que ese amor solo existiera en las páginas de los libros.

Capítulo 5

Llegó a casa de su amiga y esta le sonrió. Saludó a la madre de Sarah y, después de estar unos minutos con ella platicando de las novedades del día, subieron a su habitación.

—Ven, te pondré este vestido. —Su amiga sacó un vestido de doncella de su baúl. Rápidamente se lo puso dejando el de ella guardado, tratando de que no se arrugara.

—Bien, tienes como mucho una hora. Después de eso, vendrá alguien a vernos. Ahora tienes el camino despejado. Suerte, cuida de que nadie te vea —le aconsejó su amiga poniéndole la cofia para que no se le viera su cabello.

Salió por la puerta principal y caminó de manera rápida por la acera hasta llegar a la casa de la baronesa. Por suerte, el disfraz de doncella le ayudaba a pasar desapercibida. Buscó en las caballerizas para ver si lo encontraba, pero no estaba ahí. Dio una vuelta alrededor buscándolo, pero no dio resultado.

—¿Buscas a alguien, muchacha?

Emily se sobresaltó al escuchar la voz masculina, y se dio la vuelta para ver a un hombre de avanzada edad, que seguro que era el jefe de cuadras.

—Busco a Connor, es el cochero.

—Sé quién es niña, pero ¿para qué lo buscas? Si los amos se enteran, le darán una tunda. La baronesa tiene la mano pesada.

—Mi señora quiere que le haga una pregunta —alegó, bajando la mirada como lo hacían las doncellas de su casa.

—Pues ahora debe de estar descansando en su casa. Esta al final de las caballerizas. Es la única casa que está siguiendo el camino.

—Gracias.

—Niña, no metas en problemas al chico, es un buen trabajador. Odiaría que lo castigaran por tu culpa.

—No, solo quiero darle el recado de mi señora.

Caminó por el sendero y, de reojo, vio que el hombre la miraba. La casita era un cuarto de madera al final del sendero. Cuando llegó, vio que esta estaba abierta. Y, con paso decidido, entró para hallar a Connor recostado en un pequeño catre. Tenía los ojos cubiertos con el brazo. Emily suspiró mirándolo de nuevo, su corazón latía desbocado. Su sola presencia le provocaba miles de sentimientos.

—Pensé que le había quedado claro que no la quería volver a ver. —La voz de él la estremeció.

—Te he dicho que no puedo... Es que no lo entiendes, mis padres van a comprometerme. Dentro de nada, estaré con un hombre al que no amo. Soñando con el hombre de mi vida mientras suspiro mirando por la ventana. Y me niego a hacerlo.

—Ese es su destino, debe volver a su casa con sus padres y aceptar a ese hombre que le han conseguido por marido. Yo no soy la clase de hombre que le conviene.

—Es que no sé lo que me pasa contigo, no puedo dejar de pensar en ti... Tampoco puedo casarme con un hombre que no amo. No después de conocerte a ti.

Él se levantó de la cama, mirándola extrañado por el vestido que tenía puesto.

—Ahora se disfraza para verme.

—Necesitaba que nadie me descubriera.

—¿Qué es lo que quiere, *milady*? —inquirió él acercándose hasta donde ella estaba, dejándola atrapada entre la pared de madera y su cuerpo. La respiración de Emily estaba acelerada. Que él estuviera tan cerca de ella, la comenzaba a poner nerviosa.

—No lo sé. Pero, desde el primer instante en que te vi, no puedo sacarte de mis pensamientos. Y no quiero dejar de sentir esto.

Él tomó su rostro acariciándolo con ternura, apoyando su frente junto a la de ella.

—Esto no es correcto, *milady*.

—Emily —dijo ella aspirando su aroma—, me llamo Emily.

—Esto no es correcto, Emily, no pertenecemos al mismo círculo.

—Lo sé, pero estoy dispuesta a todo con tal de estar a tu lado. Quiero estar a tu lado.

—Sabe las consecuencias de esto, yo jamás le podré dar una vida como la que lleva. —Se separó de ella para señalarle las paredes de madera—. Solo esto tendrá. Nunca podré darle esos bonitos vestidos. Tampoco podrá realizar bailes para sus amigos; porque, como verá, no cabe nadie más aquí. ¿Está dispuesta a esto? ¿Está dispuesta a someter al escándalo a su familia?

Era cierto que Emily no se había puesto a pensar en su familia, en las consecuencias que esto traería para ellos. Lo único que ella buscaba era que Connor no la alejara de su vida. Necesitaba sentirse feliz, necesitaba darle sentido a su vida. Anhelaba algo más allá de solo ser una esposa que se dedica a organizar bailes.

—No me apartes de tu lado. Nunca me he sentido más viva que cuando me rescataste. Lo haremos de manera que nadie salga dañado.

—Esto es una locura, Emily, no podemos hacerlo. Por mucho que yo quiera, esto va en contra de todo. Y creo que lo mejor es que se aleje de mí.

Se acercó a ella y, tomándola desprevenida, la besó con pasión. Ese beso nada tenía que ver con la ternura, era como si quisiera asustarla. Como si quisiera alejarla de él de esa manera, pero ella no lo iba a permitir. Sin saber muy bien cómo actuar, se dejó llevar por el instinto moviendo ligeramente sus labios para darle mejor acceso. Cerró los ojos y subió sus manos hasta enredarlas entre el cabello de él.

Cuando Connor comenzó a subir sus manos por la cintura de ella, Emily emitió un jadeo de sorpresa, pero no se apartó.

—Debería salir corriendo de aquí, Emily —dijo con la respiración agitada.

—No lo haré, no habrá poder humano que me aleje de ti. Voy a luchar por ti.

Después de eso, se alejaron. Mas ella se fue de ahí sintiendo que por fin iba a comenzar a vivir. Era como si su vida hubiera cobrado un sentido que la llevaba directamente a la felicidad. Cuando llegó a casa de su amiga, esta la ayudó a ponerse su ropa y a recomponer el peinado.

—Me estabas preocupando. Mi doncella me ha dicho que tu doncella estaba rara; pero, como no se podía mover de la cocina, no pudo investigar.

—Debemos ser más cautelosas. La próxima vez no me demoraré demasiado.

—Bien, ahora cuéntame qué ha pasado.

—Me ha besado.

—¿¿Qué?! —exclamó su amiga en un grito ahogado.

—Me ha besado y ha sido la mejor experiencia del mundo. Fue como si flotara, como estar entre nubes de algodón. Nunca me he sentido así.

Su amiga suspiró, mirándola con ojos soñadores.

—¿Es guapo?

—Es muy guapo. Tiene el cabello castaño, sedoso, y tiene unos ojos azules que me hipnotizan. Nunca pensé que llegaría a enamorarme de alguien así de rápido.

—¿Quién es? Muero de curiosidad.

—No te lo puedo decir, es mejor mantener eso en secreto. De otra manera, si algo sale mal, te verás involucrada en el escándalo.

—¿Escándalo? Emily, pensé que esto era una aventura con alguno de nuestros pares. Nunca pensé que estuvieras desafiando los protocolos. Esto puede ser tu ruina.

—Esto es el amor, Sarah, de verdad. Te deseo que algún día encuentres un amor tan intenso que no te importe ir en contra de todo.

Capítulo 6

Los días pasaban y Emily, cada tercer día, se escapaba de la casa de su amiga para ir a escondidas a la casa de la baronesa disfrazada de doncella. Connor ahora procuraba que nadie la descubriera y ella estaba feliz de estar a su lado, aunque fuera por unos minutos. Ese día Connor estaba muy contento porque le habían dicho que lo elevarían de rango.

—¿Sabes lo que eso significa, preciosa?

—No —dijo ella, sentada en el catre, mientras él acariciaba su cabello.

—Que podré tener una casa mejor, me trasladarán a una más grande.

Emily sonrió emocionada, le encantaba la manera en la que él sonreía cuando la miraba. Como si ella fuera lo más importante. Connor se acercó a ella para besarla, el beso se comenzó a tornar más apasionado, como si ambos se necesitaran para seguir adelante. Los labios de Connor bajaron por su cuello, pero el cuello del vestido le impedía seguir besando su piel. Comenzó a desabrochar los botones de la parte trasera del vestido, y Emily supo que no había vuelta atrás. Amaba con toda su alma a ese hombre y quería ser suya completamente.

Los demás botones fueron bajando lentamente dejando ver su camisón blanco. Era todo lo que se podía poner debajo del vestido de doncella. Cuando este cayó sobre su cintura, su piel se estremeció. Los labios de Connor vagaron por su cuerpo. Emily desanudó el lazo que ataba su camisón y Connor la ayudó a levantarse. Entonces se dio la vuelta para que él pudiera terminar de quitarle el vestido.

—Después de esto, no habrá marcha atrás, preciosa. Después de esto, serás solo mía.

—Lo soy desde el primer instante en que me tuviste entre tus brazos.

Connor la desprendió de toda la ropa que la cubría. Ella trató de cubrirse con las manos, pero él se lo impidió. Por un momento, se sintió la mujer más hermosa. La mirada de Connor despertó toda su piel. Sin tregua, se fundieron en un beso donde demostraban cuánto se amaban. Connor la recostó sobre el pequeño catre, y su cabello se extendió enmarcando su rostro. Unieron sus manos, de la misma manera en la que unieron sus corazones, de la única manera en la que los podía unir el amor.

En ese momento, no hubo ningún pensamiento para lo que pudiera pasar. Lo único que sabía era que esa entrega era lo mejor que le había pasado. Amaba a Connor y daría la vida entera por él. Sintió un dolor desgarrador cuando él entró en ella, llenándola por completo, aunque el dolor poco a poco fue remitiendo. Sin embargo, nunca antes se sintió tan feliz... Porque ahora pertenecía a él, era suya para siempre.

Cuando esa tarde llegó a su casa, subió aprisa a su habitación, pues necesitaba estar a solas. Recordó como Connor la había amado de tal manera que incluso sintió que había rozado el cielo. Sonrió con la complicidad de un secreto. Ahora nada la separaría de él.

Susan fue a ayudarla a desvestirse para que se preparara para cenar. Cuando le estaba quitando el camisón y los calzones, su doncella emitió un jadeo de asombro.

—¿Qué sucede, nana?

—¿Qué hiciste, niña? —Al escuchar el tono alarmado de Susan, se giró para ver qué era lo que la había escandalizado.

—Sangraste. ¿Quién fue el canalla que te quitó tu virtud?

—No es lo que piensas, nana.

—No puedes engañarme a mí, te he visto rara estos días. Tanta salida a casa de esa amiga me parecía raro. Ahora vas a decirme quién ha sido el desdichado que se atrevió a mancillarte.

—No puedo decírtelo, nana, me he enamorado. Lo hice por amor.

—¿De quién? Ese hombre está muerto como se enteren tus padres —dijo su nana enojada.

—No se lo digas, por favor. Él se casará conmigo.

—No puedo, mi niña, pídemelo lo que quieras menos esto. En esto no te puedo apoyar. Tus padres deben saber que ya no eres pura.

Después de eso, ya no le volvió a dirigir la palabra. Era como si estuviera furiosa. Se dio cuenta de que estaba decepcionada de ella. Pero es que nadie comprendía que lo había hecho por amor.

Sus padres estallaron en cólera cuando supieron de la noticia. Su madre se encerró a llorar en su habitación, mientras que su padre continuaba furioso en la biblioteca, gritándole que necesitaba el nombre del desgraciado que se había atrevido a tocarla. Como no respondía, su padre se acercó hasta ella para tomarla de los hombros haciéndole daño.

—Dímelo, Emily, ese hombre debe morir.

—No, padre, lo hice por amor. Lo amo más allá de mi vida y lo voy a proteger con ella si es necesario.

Su padre le dio una bofetada que la tiró al suelo, ella se quedó en ese lugar sin moverse. Nunca su padre la había golpeado, ni siquiera le había hablado de manera dura. Siempre la trató con indiferencia, pero nunca la había lastimado físicamente.

—Sube a tu habitación, mañana te diremos cuál será tu destino.

Desesperada, subió llorando a su habitación. Necesitaba salir de ahí, necesitaba buscar a Connor. Él sabría qué hacer, él la apoyaría. Cogió una pequeña maleta y se puso un vestido de viaje de terciopelo color verde. Se apresuró antes de que su padre subiera a su habitación.

Rápidamente se vistió y guardó un cambio de ropa, no necesitaba nada más. En ese instante, lo único que quería era estar cerca de Connor. Bajó por la puerta de servicio; ya no había nadie a esa hora, así que no la verían. Como pudo, salió corriendo hasta la calle principal, ocultándose entre los setos que rodeaban su casa. Corrió calle abajo, hasta llegar a la casa de Connor. Tocó su puerta y esta se abrió, dejándole ver que él ya estaba durmiendo.

—Emily, ¿qué sucede? —preguntó, sobresaltado, tras despertar.

—Mis padres saben de lo nuestro. Estoy segura de que mañana me enviarán a la casa de campo y no quiero que me alejen de ti. Así que he huido. Quiero estar contigo. No dejes que me lleven.

—Pasa —dijo él, atrayéndola entre sus brazos. Ahí era donde quería estar por siempre, no quería otro destino que no incluyera a Connor.

Él la consoló diciéndole que todo estaría bien, que estarían siempre juntos. Se acostó en el catre mucho más tranquila porque sabía que él la protegería.

Capítulo 7

La luz del alba los encontró amándose, nada más importaba en la vida además de estar juntos. Emily se levantó para vestirse. Connor se tendría que levantar pronto, así que ella también lo haría. Estaba terminando de abrocharse los botones delanteros del vestido, cuando unos golpes en la puerta de la casa los sobresaltaron a los dos.

Connor se acercó a la puerta para abrirla, pero ni siquiera tuvo tiempo de ver quién era. Sin mediar palabra, su padre estaba sobre Connor golpeándolo de manera frenética. Emily lloraba, suplicando que lo dejara, pero su padre no entendía de razones. La baronesa estaba detrás de él, tapándose la boca de la impresión.

Por un momento, Emily temió por la vida de Connor. Su padre se alejó y vio como dos hombres agarraban a Connor y comenzaban a sacarlo de la casa. Su padre la tomó del brazo, sacándola casi a rastras, mientras gritaba que dejaran a Connor en paz, que él no había tenido la culpa. Pero, para su desgracia, nadie la escuchaba.

Las lágrimas surcaban su rostro, pero nadie se compadecía de ella. Su padre se disculpó con la baronesa y, en un abrir y cerrar de ojos, la subieron en su carruaje. Cuando llegaron a su casa, su padre dio la instrucción de que la encerraran en su habitación con llave, y que un lacayo se quedara a hacer guardias para que no se volviera a escapar.

La mirada de decepción de su padre no la olvidaría nunca en la vida, pero la mirada que más la atormentaba era la de Connor cuando vio que se la llevaban. Lloró por una semana, encerrada en su habitación. Solo abrían la puerta para dejarle una bandeja de comida, pero prácticamente las había devuelto sin tocar. Se quería morir, sin Connor la vida no tenía ningún sentido.

No podía creer que la vida fuera tan injusta, ella no le hacía daño a nadie como para que no la dejaran ser feliz. Únicamente quería estar al lado del hombre que amaba. Tiempo después, su padre entró en su habitación. Era la primera vez que se acercaba a ella; porque, al parecer, para sus padres ella había muerto.

—Mañana partirás para la abadía que maneja mi hermano. Ahí reflexionarás sobre lo que hiciste. En esta sociedad tú ya no vales nada. Ningún hombre medianamente decente querrá desposarse contigo. Olvídate de ese hombre porque ayer por la mañana lo condenaron a la horca. Ahora debe estarse pudriendo en el infierno.

El grito desgarrador de Emily se debió escuchar por todo el condado. No era cierto, Connor no podía estar muerto, se negaba a que eso fuera realidad. Gritó hasta que no le quedaron más fuerzas para luchar; en ese instante, lo único que quería era morir. Poco a poco, los ojos se le fueron quedando sin lágrimas. Ahora ya no lloraba, solamente se lamentaba en silencio, porque incluso hasta eso le habían prohibido.

El camino a la abadía lo había hecho escoltada por su padre y unos diez lacayos que iban armados hasta los dientes. Su nana se había quedado para ayudar a su madre, que al parecer aún no se reponía de lo sucedido. Llevaba una semana acostada en su habitación, ni siquiera fue capaz de salir para despedirse de ella. A todo el servicio le comunicaron que debían decir que se había marchado a la casa de campo, a recuperarse de una grave enfermedad.

Solo las ruedas del carruaje se escuchaban al recorrer los caminos, no se detuvieron hasta llegar a la abadía. Las enormes puertas de madera ennegrecida le daban la bienvenida, y su padre la hizo pasar tomándola del brazo. Recorrieron un pasillo enorme dirigidos por un monje, que

salió a recibirlos. Le dijeron que esperara fuera del que era el despacho de su tío, mientras su padre entraba para hablar sobre las condiciones de su estancia ahí.

Su padre salió del despacho y ni siquiera volvió la mirada para verla, simplemente caminó por el pasillo que lo llevaría de regreso a la entrada. No comprendía cómo las personas que decían amarla la habían abandonado en ese lugar. Una lágrima rodó por su mejilla mientras veía la espalda de su padre al alejarse de allí. Tan concentrada estaba que no se dio cuenta de que su tío salía de su despacho.

—Deja de llorar, niña, has traicionado a tu familia de la peor manera, ahora debes pagar las consecuencias. Despójate de todas tus pertenencias, una de las hermanas que sirven aquí te darán tu nueva vestimenta. Tu padre me ha dado instrucciones de que debes trabajar para pagar tu manutención.

En ese momento, se acercó una mujer vestida con los hábitos clásicos de la abadía.

—Hermana Celestina, acompaña a la señorita, instálela en la habitación del fondo del ala norte. Que esté una semana en ayuno de té y un pedazo de pan. Así pensará mejor en lo que hizo. Encárguese de que le sean asignadas tareas y esté todo el día ocupada. De esa manera, se le olvidarán las ideas raras que tiene.

—Como usted lo ordene, padre.

La llevaron hasta un cuarto donde le ayudaron a quitarse todas las prendas que llevaba, y solo le dejaron la ropa íntima. Le dieron una túnica blanca, la cual se amarraría con un pedazo de cordón azul, y le ocultaron el cabello con una tela que solo dejaba ver su rostro.

—Esta noche te irás a la cama sin cenar, mañana te levantarás a las cuatro de la mañana para ir a ayudar en la cocina. A las seis de la mañana, tenemos celebración de la palabra, y después rezamos durante una hora. Ayudarás a limpiar toda la abadía, y te recomiendo que no trates de huir: esas paredes son imposibles de cruzar. Por tu bien, es mejor que te acostumbres, porque no creo que tus padres tengan intención de venir a por ti.

La habitación que le dieron era la más pequeña, no tenía ventanas y solamente había una cama pequeña y una mesa. Pensar que pasaría ahí el resto de su vida le puso los nervios de punta. Le dio la bienvenida al amanecer llorando, su corazón no dejaba de derramar lágrimas por Connor, no quería creer que estuviese muerto. Eso sería demasiado injusto. Era ella la que había provocado todo eso.

Los días pasaron lentamente hasta convertirse en semanas, pero Emily parecía estar viviendo en una neblina de tristeza de la cual no podía salir. En unas semanas, se había consumido. Sus ojos estaban rodeados de ojeras, su aspecto era casi como el de un cadáver. Las monjas estaban preocupadas, pues no quería comer. Decían entre susurros que se estaba dejando morir.

Un día, mientras fregaba unas ollas, sintió que la vista se le nublabá. Llamó a la hermana Celestina, pero no pudo llegar a tiempo. Todas escucharon el estruendo de las ollas al caer, mientras Emily quedaba sin sentido en el frío suelo de piedra.

Cuánto tiempo estuvo sin sentido, no sabía. De lo único que fue consciente era de un calor que la tenía presa, y de las voces de las hermanas alrededor de ella. Sentía como trataban de darle algo de beber, pero era imposible. Estaba tan cansada que ni eso podía hacer. Cuando abrió los ojos, sintiéndose mucho más fresca, la hermana Celestina le estaba poniendo un paño frío sobre la frente.

—Has vuelto, nos has dado un buen susto —dijo la hermana, mirándola casi con pena.

—¿Qué tengo? —La hermana se volteó, pero ella pudo ver que apretaba los labios—. Voy a morir.

—No, Emily. Estás en estado, pero el doctor no cree que se logre el bebé. Tu estado de salud está muy deteriorado. Casi mueres de las fiebres que te han dado. El doctor dice que es un milagro que estés con vida. Él ya te había dado por muerta.

—¿Mis padres saben que estoy en estado?

—Sí, el padre envió una misiva a tu casa, pero dice que la respuesta fue que ojalá te murieras con el bebé en tu vientre.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Estaba sola, completamente sola, y ahora con un hijo a cuestas.

—No llores, debes recuperarte, debes ser fuerte. Tu hijo necesita que seas valiente por los dos, te necesita para que lo traigas al mundo.

—Duele mucho, nunca pensé que estaría tan sola. Nunca pensé que perdería a las personas que amo.

—Algún día no estarás sola. Has hecho mal a tu familia y este es tu castigo, pero Nuestro Señor es misericordioso y no quiere ver a sus hijos sufrir. Esto pasará y pronto será un mal recuerdo.

Capítulo 8

Emily no sabía si eso era cierto, dudaba que Dios fuera un ser misericordioso lleno de amor. Después de estar enferma por una semana más, se dijo que tenía que recuperarse. La hermana Celestina le dijo que debía olvidar a ese hombre que le había hecho tanto mal. Al parecer, entre fiebres le había llamado con desesperación.

Recordar los momentos vividos en los brazos de Connor le hacía tener un poco de sosiego en su alma. Por su mente pasó la descabellada idea de que, si moría, su bebé y ella se irían a reunir con el amor de su vida. Por momentos, lo único que quería era que se acabara su sufrimiento. Quería terminar con todo de una buena vez.

Sus padres no habían ni siquiera preguntado por ella; si vivía o moría, a ellos les daba completamente igual. En todas sus oraciones, estaba siempre presente Connor. Por más que obligaba a su corazón a pensar que estaba muerto, este era muy necio y seguía manteniendo la idea de que estaba vivo y la salvaría de ese lugar.

Ahora, hincada en el frío suelo de la capilla de la abadía, únicamente pedía que todo en el parto saliera bien. Su pequeño vientre ya se comenzaba a notar a pesar de llevar únicamente una túnica por vestimenta. La partera que la iba a ver decía que el bebé era muy pequeño y venía mal colocado, pero que esperaba que fuera capaz de parirlo. Aún le faltaban unas semanas para el alumbramiento. Una lágrima volvió a escapar de sus ojos al pensar en que su hijo únicamente conocería esas paredes frías y oscuras. Pero, como la hermana y su tío le habían mencionado, ese era su castigo. Después de terminar de rezar, se fue a su fría habitación. Un dolor en la parte baja de la espalda le dijo que tenía que descansar.

Trató de dormir, pero no podía. El dolor, conforme iba pasando el tiempo, se hacía más intenso, doblándola por la mitad. Al principio, pensó que era un simple dolor por estar todo el día levantada, pero no era así. La hermana Celestina llegó a su habitación al escuchar los gritos de dolor de Emily.

—¿Qué sucede, niña? Aún falta mucho para el parto.

—No lo sé, pero me duele mucho. Hay que llamar al médico o a la partera.

—Le voy a decir al padre que envíe a alguien a buscarlo.

Las horas que pasaron fueron las más angustiantes de su vida, sobre todo cuando se dieron cuenta de que estaba sangrando. Emily lloraba, mientras que las hermanas rezaban a su lado. Al parecer, se había desatado una tormenta que impedía poder transitar por los caminos, por lo que el médico no podía llegar. La partera estaba atendiendo a otra mujer que también estaba de parto, pero había dicho que en cuanto se desocupara iría para allá.

Dios no podía ser tan injusto, ella ya había pagado mucho su error, no podía castigarla con su hijo. Las hermanas hacían todo lo posible, pero nada ayudaba. Emily apretaba las mantas que cubrían su cama. Ya no podía seguir, las fuerzas se le estaban acabando.

Por fortuna, la puerta se abrió dejando paso a la partera, que llegaba corriendo en ese momento.

—Vamos a comenzar. —Se posicionó para revisarla y apretó los labios en una fina línea—. Viene sentado. No lo podrá parir.

—¿Hay algo que se pueda hacer? No podemos dejarla morir, eso sería inhumano.

—Solo espero que Dios la ayude. Él es el que tiene la última palabra.

Los gritos desgarradores se escucharon por toda la abadía, dejando un silencio sepulcral a su

paso. Se rumoreaba que la muerte estaba rondando todos los pasillos.

—¡Vamos, niña, debes pujar si es que quieres vivir! —le animaba la partera. Pero Emily ya no tenía fuerzas. Su frente estaba cubierta de sudor, la cama estaba manchada de sangre. Era imposible que lograra un parto normal.

—¡No puedo! ¡Ya no puedo más! —se quejó gritando cuando un dolor la traspasó.

La partera se colocó sobre su vientre, empujando, al ver que Emily había perdido las fuerzas. Le dijo a la hermana Celestina que estuviera al pendiente de cuando saliera la criatura. Nadie dijo ni una sola palabra. En un momento, la hermana Celestina se levantó acunando a un bebé precioso, mientras un rayo iluminaba el pasillo de la habitación. El llanto del bebé inundó toda la abadía, pero Emily estaba inconsciente y no se percató de nada. Antes de que pudieran asear a Emily, el sacerdote entró en la habitación.

—Tú —dijo señalando a la partera—, trae aquí a ese bastardo.

La partera apenas si pudo limpiar a Emily, y cogió al recién nacido para llevarlo hasta el despacho del párroco.

—Cierra la puerta. —Ella así lo hizo, pero no entendía qué era lo que sucedía.

—Me ha llegado la misiva del conde de Norfolk, su esposa ha alumbrado a un barón lamentablemente muerto. Intercambiarás a los bebés antes de que la condesa se dé cuenta.

—Eso ya lo he hecho, padre. Eleonor, la hija del panadero, con la que estuve antes, ha tenido un barón sano. Ella no lo podía mantener y lo ha cambiado por unas monedas.

—Siendo así, llévale ese bebé y dile que te entregue al niño muerto del conde. Se lo pondrás a mi sobrina como si fuera suyo. Dile a esa mujer que le daré una bolsa de monedas para que haga pasar a ese bebé como suyo. Mi hermano no lo quiere ver manchando su apellido. Es hijo del pecado y, como tal, debe sufrir.

—Hija, padre, es una niña preciosa.

—Entonces con más razón, llévatela, es el signo de la traición y el pecado. Emily sabrá cómo reponerse de este golpe tan duro. Este es el verdadero castigo de Nuestro Señor, con esto habrá recompensado todo el mal que ha hecho.

—De acuerdo, padre. Se hará como usted lo ordene.

Emily se despertó y no sabía dónde estaba, le dolía todo el cuerpo. Giró la vista para ver a la hermana Celestina sentada en una silla rezando. Su manó rozó algo y se dio cuenta de que junto a ella había un bulto enrollado con unas mantas. Entonces lo recordó todo. Sonrió destapando las mantitas, pero se percató de que algo estaba mal. Las lágrimas resbalaban por su rostro al comprobar que el bebé que tenía en su cama no respiraba.

Gritó fuera de sí, acunado al bebé, acunando a su bebé. No lo podía creer. Por más que había rezado, por más que había implorado y pedido perdón, Dios la había abandonado. Sus gritos de agonía no cesaron en toda la noche.

—Lo siento, Emily, hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos, pero el Señor ha decidido llevarse a tu angelito para que esté con él en su reino.

Emily no contestaba nada, estaba ida mientras musitaba una canción de cuna. El cuerpo de su hijo descansaba entre sus brazos; pero, por más que intentaba darle calor, no lo conseguía. El único consuelo era que ahora su hijo estaba con su padre, ambos estaban en un lugar donde la maldad de su familia no los podía alcanzar. Y se juraba que pronto ella estaría ahí, junto a ellos. Ahora ya no tenía ningún motivo para vivir. Dios la había abandonado.

—¿Por qué Dios me abandonó, hermana? Ustedes me hablan de amor, de un Dios misericordioso, pero no ha tenido misericordia con su hija. No ha tenido misericordia conmigo,

cuyo único pecado ha sido amar. ¿Por qué?

—Son los designios de Dios, Emily, y los tenemos que acatar. Esa es una manera de purificar tu alma.

—Preferiría quemarme en el infierno si con eso salvara a mi hijo. Él no tenía la culpa de nada. Él era inocente.

—Venía marcado por el pecado, Emily.

Mas Emily ya no quiso contestar. Ya no tenía ni siquiera palabras para luchar. Deseaba no haber despertado nunca.

Capítulo 9

Veinte años después Londres, 1865

Emily, como cada día, llevaba una flor a la tumba de su hijo. A pesar de los años, el dolor seguía siendo tan intenso, tan lacerante que no la dejaba vivir. Solo Dios era testigo de las veces que se intentó quitar la vida; pero, incluso en ese cometido, era una cobarde.

Los días dentro de esas frías paredes de la abadía ya no significaban nada para ella, solo esperaba que Dios realmente se apiadara de ella y se la llevara con él. Estaba destruida por dentro, lo único que la mantenía en pie era servir a la aldea que rodeaba la abadía: impartía clases a las jóvenes que quisieran aprender un poco de modales, religión y cultura. Eran solo ocho jóvenes las que la visitaban para aprender, pero a ella no le importaba. Siempre y cuando tuviera la oportunidad de cambiar la vida de una de ellas, se daba por bien servida.

—Hermana Emily... —Escuchó la voz de Emma, una joven hermosa con su cabellera castaña y ojos azules, tan azules que le recordaban a otros que en su pasado la habían atormentado—. De nuevo está sola aquí.

—Como todos los días —admitió sonriendo.

—Mi madre me ha enviado a traer el pan a la abadía. Le ha enviado los que tanto le gustan. Dice que gracias a usted no soy tan burra.

—No se dice burra, Emma, se dice ignorante.

—Eso.

—Bueno, entonces déjame que te acompañe a llevar el pan —dijo, tratando de no ensuciar sus hábitos.

Con el paso de los días, se dio cuenta de que de nada le servía estar enfadada con Dios, así que decidió consagrar su vida a él.

—Es casi la hora del rezo, así que démonos prisa.

—Claro, hermana.

De todas las alumnas que tenía, Emma era la que más se empeñaba en aprender. Era divertida y muy inteligente, pero sobre todo había logrado obtener su cariño. Emily la veía como si fuera una hija, la apreciaba de verdad, y no entendía el motivo.

De sus padres, no había vuelto a tener noticias. Así que supuso que seguían sin perdonarla, algo que le dolía como la primera vez que la dejaron abandonada en ese lugar. Estaban cruzando el prado que rodeaba la abadía, cuando se dieron cuenta de que un desfile de carruajes recorría el camino principal.

—Ha llegado el conde de Norfolk junto con su familia, han llegado a la casa familiar.

—¿En serio?, Emma, no tenía conocimiento de eso.

—Mi madre me ha dicho que su hijo es muy apuesto, un digno heredero del condado. Ha estado en los mejores colegios y viajado a muchos lugares. Sus padres invirtieron en el Nuevo Continente, en las minas de oro. Dicen que han triplicado su fortuna.

—Vaya, me alegro. Ahora déjame el pan, que yo lo llevo dentro, y ve a ayudar a tu madre. Si te retrasas, te dará una tunda.

- Ya no lo hace más, desde que usted habló con ella.
- Me alegro por ti, Emma.
- Nos vemos en la clase, hermana Emily.
- Que Dios te acompañe, Emma.
- Igual a usted, hermana Emily, que Dios esté con usted.

Emily sonrió, pero su sonrisa no llegó hasta sus ojos. Dios tenía muchos años que no estaba con ella. Giró la vista de nuevo a los carruajes, recordaba la vida que algún día tuvo. Pero su corazón estaba tan dañado que eso había quedado atrás. Ya no añoraba entrar en la sociedad londinense, tampoco asistir a bailes o meriendas en el campo. Lo único que necesitaba era estar en paz con ella misma.

Esa fue la principal razón para ordenarse en la abadía. Día tras día, la tristeza la consumía y las fuerzas la abandonaban. Lloraba sin cesar recostada en su cama. La única vez que se armó de valor para quitarse la vida, su cometido fue impedido por la hermana Celestina, que la encontró en una de las torres a punto de lanzarse al vacío. Después de aquello, se dijo que la única manera de aprender a vivir con el dolor era si estaba en paz con ella misma, si se perdonaba por los errores del pasado.

Emma cantaba mientras se mecía sobre el columpio improvisado que había hecho el herrero en un árbol cerca del río. Las cuerdas eran tan largas que, incluso cuando iba hacia el frente, sus pies rozaban el agua fresca. Lory reía como una niña mientras la empujaba.

Eran amigas desde pequeñas, ambas vivían en la misma aldea. Lory era hija del herrero y ella era la nieta del panadero. Su amiga nunca había tenido ningún tipo de rechazo, ya que el herrero estaba casado con la madre de su amiga, mientras su madre había cometido el pecado de entregarse a un hombre prohibido, que la abandonó en cuanto se enteró de que estaba en estado. Los padres de su madre la golpearon, pero después la dejaron que trabajara en la panadería para que se pudiera mantener. Con el paso del tiempo, sus abuelos la adoraron, pero siempre le recordaban que era hija del pecado. Por eso la enviaban a la abadía a que tomara clases con las hermanas; de esa manera, no caería en la tentación.

- Lory, no me empujes tan duro o terminaré en el río.
- No seas quejica. Te encanta bañarte en el río.
- Sí, pero hoy no puedo. Debo de regresar a casa, mi madre no se sentía muy bien. Le dolían las rodillas de nuevo por el frío, debo de darle las friegas que le recetó el doctor.
- ¿Sabes?, he escuchado que el conde de Norfolk ha organizado una batida de caza. Al parecer, sus amistades están instaladas en la casa grande y pasará ahí una temporada. Dicen que el hijo del conde es muy guapo y que en Londres ya lo consideran un granuja de cuidado.
- Lory, la hermana Emily nos ha dicho que no debemos hablar así, y mucho menos tener esas conversaciones para gente adulta.
- El otro día escuché a mi padre hablar sobre eso con mi madre. También decían que estaban preocupados porque aún no encontraba un hombre para casarme. Ya tenemos veinte años, hemos superado la edad con creces.
- Tampoco somos tan viejas.
- Sí que lo somos, Emma. Mi prima Lidia se casó a los quince años. Ahora tiene tres hijos que,

según ella, son la alegría del padre, y digo «según» porque el hombre se la pasa en la taberna. ¿A ti no te preocupa que nos quedemos solteras?

—No, mi madre ha dicho que no quiere que me case, que debo cuidar de ella hasta que muera. Se lo debo porque le arruiné la vida.

—¿Ha vuelto a pegarte?

—No si mis abuelos están presentes; pero, si no, se le pone la mano muy pesada.

—La hermana Emily se va a disgustar si se entera de que te vuelven a golpear.

—Le he dicho que no lo ha hecho más. Y es verdad; por lo menos, ya no me tunde como lo hacía antes de que la hermana hablara con ella. ¿Sabes?, me gustaría mucho tener una mamá como la hermana Emily.

—A veces me da pena, la tristeza en su alma se nota. Aunque siempre ha tratado de mantener su sonrisa frente a nosotras.

—Cuentan que su familia la abandonó en la abadía, porque cometió pecado y esa fue su forma de resarcirse.

—Qué suerte que nosotras no tengamos que vivir bajo la presión social a la que ella estaba sometida.

—Pues me gustaría participar en uno de esos bailes que nos ha mencionado la hermana Emily. Quisiera vivir entre elegantes vestidos y meriendas con té.

—Será mejor que termines de lavar la ropa o te quedarás sin merienda esta tarde.

Se bajó del columpio para ponerse a lavar la ropa que tenía en una bandeja para que se blanqueara. Miró al cielo y las nubes le dijeron que estaba a punto de llover.

—El domingo, después de misa, ¿quieres ir a dar un paseo? Dijeron que vendría un circo cerca de aquí. Solo podremos ver de lejos, pero será emocionante.

—Claro, pero sabes que tendré que hacerlo después de mis labores.

Cuando terminó de lavar la ropa, y tras despedirse de su amiga, se fue a su casa. Por suerte, su madre ese día estaba de buen humor porque no le dijo nada de que se hubiera retrasado. De hecho, parecía incluso contenta.

—Qué bueno que has llegado, niña, mañana nos acercaremos a Norfolk Hall —dijo su madre refiriéndose a la casa de campo de los condes—. Nos han hecho un encargo de nuestros mejores postres.

—¿Acaso no tienen una cocinera que se encargue de todo eso?

—No lo sé, niña, pero nos lo han encomendado. Estoy ansiosa por ver al futuro conde de Norfolk.

Emma miró de manera interrogante a su madre. Era muy raro que ella quisiera acercarse a entregar un pedido; pero, si eso la hacía feliz, a ella también la hacía feliz. Eran contados los días en los que su madre le dirigía una palabra amable, así que sonrió para luego marcharse a buscar a su abuelo. Si debían llevar los mejores postres, tendrían que trabajar toda la noche.

Capítulo 10

Las hierbas del campo le impedían andar más rápido. Su madre, a pesar de tener dolencias en las rodillas, parecía que había recobrado el movimiento, pues caminaba muy aprisa. Quería correr, pero la hermana Emily le había dicho que las señoritas no corrían. Solo por esa razón, le daría mucha pena que la vieran llegar corriendo.

Suspiró cuando vio la enorme edificación en lo alto de la colina, esperaba que no la hicieran subir hasta allá todos los días. Cuando llegaron, su madre, en lugar de dirigirse a la puerta trasera, se dirigió a la entrada principal.

—Madre, debemos ir a la parte trasera. Si el conde nos ve merodeando por la entrada principal, nos dará unos azotes, en especial ahora que hay invitados.

—¡Cállate, niña!, necesito comprobar algo.

—Pero, madre... —Su madre ni siquiera se esperó para escuchar lo que ella le iba a decir. A Emma no le quedó más remedio que seguirla. Por suerte, en la entrada principal no se encontraba ninguna persona; de otra manera, el castigo sería muy severo.

Su madre parecía buscar algo, pero ella no tenía ni la menor idea de lo que era. La siguió hasta las caballerizas y, entonces, a Emma casi se le cae la canasta donde llevaba los postres al ver el grupo de jóvenes que salían de ese lugar. Parecía que acababan de llegar de su paseo.

Eran cinco caballeros y tres damas. Emma se quedó impresionada con los vestidos de estas, tenían unos hermosos sombreritos que las hacían lucir encantadoras. Los caballeros las miraban alzando la cabeza con suficiencia, mientras que las damas se abanicaban evitando pasar junto a ellas. Solo uno de los caballeros se detuvo al ver que su madre se le quedaba mirando fijamente.

Era el hombre más hermoso que había visto, con su cabello negro peinado pulcramente hacia atrás. Sus ojos castaños brillaban de alegría mientras hablaba con sus demás acompañantes.

—¿Buscaban algo? —dijo el joven acercándose hasta ellas. Emma vio que en una mano llevaba un látigo de montar. Instintivamente, agarró a su madre del brazo para que se alejara de ese hombre.

—Disculpe, milord, nos hemos perdido, no sabemos dónde están las cocinas —respondió Emma tratando de que su madre se apartara. Pero era en vano todo el esfuerzo que estaba haciendo: su madre no se movía ni un centímetro, estaba como hipnotizada mirando al joven caballero.

—Oh, si es así, permítame que las guíe —sugirió él sonriendo de manera encantadora. A Emma se le paralizó el corazón al verlo sonreír—. Permítame que le ayude con esa canasta que debe de estar pesada.

Él fijó su mirada en ella, y Emma se ruborizó, pues no estaba acostumbrada a que los hombres la miraran de esa manera. Le iba a entregar la canasta cuando la voz de una de las damas le detuvo en seco.

—Lord Alexander, no es propio de un caballero ayudar a la servidumbre. Será mejor que nos dirijamos a la casa, sus padres estarán esperándonos para tomar el té.

Emma, sintiéndose humillada, retiró la canasta para que él no la recogiera. Nunca se había avergonzado de sus orígenes, pero en ese instante sí. El joven se envaró al darse cuenta de que ella se sentía avergonzada, y se alejó de ellas para seguir su camino como si nada hubiera pasado. Escucharon como las damas iban cuchicheando que era una falta de respeto dirigirles la palabra.

—Vamos, madre, busquemos la puerta trasera.

Su madre, como si hubiera estado en un trance, se giró para mirar al grupo de jóvenes que caminaban hacia la entrada principal. Por un momento, vio tristeza en sus ojos, una tristeza que jamás había visto. La tomó del brazo para que se moviera y siguieron su camino para entregar los postres.

Una espina se clavó en su corazón. Aunque ese caballero era demasiado joven, también era demasiado cautivador. Emma no paraba de evocar su mirada brillante. No supo por qué, pero su corazón latía desbocado cada vez que recordaba su sonrisa.

Su madre, de camino a su casa, se pasó todo el trayecto alabando a lord Alexander. Decía que era muy guapo, que era muy varonil, que estaba convertido en todo un hombre. Ella la miraba como si estuviera loca. Nunca la había visto así de contenta, y mucho menos expresarse de alguien con esa alegría. Inevitablemente, por su mente pasó que ojalá su madre algún día le dijera alguna palabra bonita. Odiaba sentir que, a cada paso que daba, decepcionaba a su familia.

Su abuelo se alegró muchísimo cuando supo que la cocinera de la casa grande le había dicho que, mientras las visitas estuvieran ahí, necesitaría una canasta repleta de pastelillos y pastas. Al parecer, la cocinera que se dedicaba a hacer esa tarea estaba muy enferma y la habían enviado a descansar a su casa. Así que ahora ellas eran las encargadas de realizar los postres.

Sonrió pensando en que a lo mejor de esa manera lograría ver a lord Alexander, aunque fuera de lejos. Recordó lo maravillosos que eran los vestidos de las damas que lo acompañaban y suspiró de envidia. No quería ni siquiera comenzar a fantasear con un hombre que era prohibido. Esos pensamientos solo la llevarían a sufrir por algo que no era real.

Se pasó la mañana ayudando a su abuelo en la panadería, y luego le tuvo que dar sus friegas a su madre para que no le dolieran los huesos. A continuación, como cada día después de dejar la casa limpia, le cepilló el cabello a su madre para que le quedara brillante. No sabía qué era ese sentimiento que la estaba atormentando; pero, por un momento, sentía que no quería la vida que tenía. Quería más, quería experimentar... Pero eso era un sueño, ella debía aceptar que su vida estaba dentro de esa aldea.

Por la tarde, asistió a la clase de la hermana Emily. Siempre le gustaba aprender algo nuevo, y ese día les estaba hablando de cómo los corsarios viajaban por las aguas turbulentas hasta llegar a su destino y así cumplir con la misión de obtener un botín. Emma soñaba con esas aventuras, imaginaba que ella era la protagonista de esos mundos desconocidos.

—Hermana Emily, ¿qué se siente estar enamorada? —dijo Lory haciendo que las demás chicas rieran de manera tonta. Emma se puso de color rojo hasta la raíz del pelo.

—¿Por qué preguntas eso, Lory? ¿Sientes algo por algún chico?

—No, aún no he encontrado ningún chico especial. Mis padres están desesperados porque encuentre marido, en la aldea ya piensan que me quedaré solterona.

—¿Y ustedes qué piensan de eso?

—Creo que es muy injusto que nuestro valor termine siendo el de dos gallinas a cambio de nosotras. —Emily sonrió por la ocurrencia.

—Cuando yo era joven, tenía una amiga que opinaba lo mismo. Era muy divertida.

—Cuéntenos algo sobre su vida antes de llegar aquí.

—No hay mucho que contar, niñas, mi vida era como la de cualquier mujer.

—En la aldea dicen que sus padres la abandonaron aquí, que cometió pecado, pero eso es imposible.

—¡Molly! —exclamaron todas reprendiendo a la joven. Su comentario era una indiscreción

imperdonable.

—Está bien, no hay ningún problema para mí.

—Entonces, ¿nos contará su historia? —propuso otra de las jóvenes.

—No hay mucho que contar, cometí un error en el pasado que pagué muy caro. Mi vida cambió en ese mismo instante. Ustedes deben pensar muy bien en sus actos.

Esas palabras se le clavaron a Emma, había escuchado que el amor provocaba que las mujeres cometieran locuras. Y, por la mirada triste de la hermana Emily, imaginó que en el pasado su pecado había sido enamorarse.

Capítulo 11

Al día siguiente, volvió a llevar los postres a la casa grande, esperando no tener que volver a pasar por la humillación de encontrarse a lord Alexander. Caminó como si la vida se le fuera en ello. Su madre quería acompañarla, pero sus rodillas habían amanecido muy adoloridas. Al parecer, la caminata del primer día le había hecho estragos, así que fue sola.

Estaba cruzando el río cuando su pierna resbaló con una piedra, haciéndola tropezar. Por suerte, cayó de rodillas y logró maniobrar para que la canasta no cayera. Si estropeaba los postres, seguro que recibiría una tunda.

—¿Se encuentra bien? —El corazón de Emma se detuvo por un momento, esa voz era la misma que llevaba recordando a cada minuto que pasaba. Levantó el rostro para mirar a su alrededor—. ¿Se ha lastimado?

—No se preocupe, milord. Estoy bien.

—Déjame ayudarte —dijo él, acercándose para tomarla del brazo y ayudarla a que se levantara. Ella lo miró a los ojos fijamente y algo en su sonrisa la hizo quedar prendada de su mirada. Era tan guapo y tan educado que la dejaba sin palabras. Lo miraba como si estuviera hechizada, y tal vez así era.

—Deberías revisar tu canasta.

Esas palabras la sacaron de su hechizo mágico, y se acercó a la canasta para ver si algún pastelillo se había estropeado. Se dio cuenta de que unas tartas de limón estaban deterioradas de las orillas.

—Dios, mi madre me matará, las tartas de limón se han estropeado.

—Espera —solicitó él mirando la canasta. Tomó las dos tartas que estaban dañadas y le tendió una a ella mientras él comenzaba a comer la suya—. Así no habrá problema, le diré a la cocinera que me las he comido yo. No tienes de qué preocuparte.

Emma tomó la tarta de sus manos y comenzó a comerla. Quería quedarse ahí a platicar con él, pero tenía que llevar la canasta. Comenzó a recoger todo y echó a andar.

—Espérame. Si no, ¿cómo quieres que le diga a la cocinera que me he comido las tartas si me dejas atrás? —argumentó él sonriendo—. ¿Cómo te llamas?

Esa pregunta no se la esperaba, menos viniendo de un señorito de sociedad. Si alguien los veía, estarían en serios problemas.

—No creo que eso sea de su incumbencia, milord. Y le sugiero que regrese por otro camino; de lo contrario, tendremos problemas.

—No veo qué problema puede haber. Solo te estoy acompañando a dejar la canasta.

—Sí, pero a la gente de aquí le gusta inventar historias y no quiero que digan algo de mí. Mi madre me molería a golpes.

—¿Tu madre te pega mucho? —dijo él mirándola como si no creyera que alguien pudiera hacerle daño.

Ante sus palabras, por un instante tuvo miedo por su madre. Y, por instinto, la defendió frente a ese señorito:

—No, era un decir.

Siguieron caminando en silencio. No se encontraron a nadie por el camino, lo que fue un alivio para Emma. Por ningún motivo quería que alguien le fuera con el chisme a su madre. Llegaron a la

casa grande, y lord Alexander le ayudó a llevar la canasta a la cocina. La cocinera se le quedó mirando, asombrada, para a continuación fulminarla con la mirada. Le pagó los pastelillos y después le dijo que quería el mismo pedido para el día siguiente. Por un momento, Emma temió que les dijeran que ya no los querían más. Pero, por suerte, no fue así. El regreso a casa lo hizo prácticamente corriendo. Si se demoraba, su madre se enojaría.

Por fortuna, no fue así. No obstante, la joven estuvo el resto del día ensimismada.

—Emma, ¿por qué estás tan distraída? —Escuchó la voz de la hermana Emily en la lejanía, devolviéndola a la realidad. Evidentemente, seguía recordando la mirada de Alexander: hasta su nombre le parecía bonito—. Emma, ¿te sientes bien?

Sonrió para que la hermana no se preocupara.

—Sí, hermana Emily, estaba pensando en algo que me ocurrió por la mañana.

—De acuerdo, quiero que prestes atención, porque esta clase no la pienso repetir. Volveremos a leer el poema para que lo reciten después.

Cuando la clase terminó, la hermana Emily le dijo que por favor se quedara porque necesitaba hablar con ella. Sabía que estar distraída en clase le traería consecuencias.

—Bien, Emma, ¿quieres contarme qué es eso que te tiene tan distraída? —dijo la hermana Emily mientras se sentaba en una silla junto a ella. Su mirada era cálida, sabía podía confiar plenamente en ella.

—Ayer acompañé a mi madre a dejar los postres a la casa grande, nos encontramos a un grupo de señoritos que regresaban de cabalgar. Las damas que los acompañaban tenían unos vestidos hermosos. Parecían princesas. Y se burlaron de nosotras —explicó ella bajando la mirada.

—Emma, sabes que eso es normal, esa gente se siente con el derecho de hacer daño a los demás que no tengan su misma posición social.

—Pero el hijo del conde, lord Alexander, no lo hizo. De hecho, se ofreció a ayudarnos con la canasta. Mi madre estaba fascinada. Es muy guapo y elegante, pero una de las damas le dijo que no debía rebajarse y ayudar a la servidumbre.

—Me apena mucho la situación, Emma, pero cada uno debe saber su lugar. Él es un señorito de sociedad y debe comportarse como tal.

—Hoy me lo he vuelto a encontrar, resbalé junto al río y mi canasta cayó. Me ayudó a levantarme. Es más: le dijo a la cocinera que él se había comido los pastelillos que se estropearon. Él es diferente.

—En eso te doy la razón: él es muy diferente a ti, son de clases sociales muy lejanas. Así que te recomiendo que sigas con tu vida y que olvides a ese hombre.

—Ayer por primera vez, en cuanto lo vi, mi corazón latió de manera agitada.

—¡Emma! Debes olvidar esa ilusión, recuerda que cada uno debe saber en qué lugar debe estar. Si lo vuelves a ver, debes dar media vuelta e irte.

—De acuerdo.

Emma sentía que le estaban arrancando algo del corazón y no tenía la menor idea de por qué. Incluso era ilógico, porque acababa de conocer a ese hombre dos días antes. Más cabizbaja de lo que había entrado a la abadía, salió con rumbo a su casa, pues necesitaba terminar sus labores. Corrió esperando llegar antes de que la castigaran, ya pensaría después en ese dolor que sentía. Le habían matado una ilusión que ni ella misma sabía que albergaba.

Esa noche soñó con ese momento en que él la ayudó en el río, su sonrisa apareció cortándole el aliento. No quería sacarlo de su mente; de cualquier manera, a nadie le haría daño con eso.

Emily estaba rezando en su habitación, era lo que siempre le daba un poco de paz a su vida. Rezaba para que el alma de los dos seres a los que había amado descansaran en paz, cuando alguien tocó a la puerta sobresaltándola.

—Adelante. —La puerta se abrió, dejando ver a la hermana Celestina.

—¿Qué sucede, hermana? Creí que ya estaría descansando.

La hermana la miraba como si no encontrara las palabras para decirle algo.

—El sacerdote quiere verla en su despacho, hermana Emily.

—¿Ha dicho algo?

—No, solamente que te dijera que necesita hablar contigo.

Emily se levantó para dirigirse a la oficina de su tío. Nunca lo había llamado de esa forma, para ella siempre debía ser el párroco de la abadía. Llamó a la puerta del despacho y escuchó un escueto «pase» por respuesta.

Entró en la penumbra del lugar.

—Me envió llamar.

—Pase, hermana Emily, tengo noticias de su familia.

Capítulo 12

Emily no podía creer lo que estaba escuchando. Su familia la había abandonado en ese lugar por veinte años. Hoy por hoy, su vida estaba hecha y se encontraba en paz con su alma; que ahora la reclamasen de Londres, le daba miedo.

—No quiero ir. Padre, abogue por mí para que no me lleven.

—Hija, no puedo hacerlo. Tu padre se está muriendo, debes de ir a su lado.

—Él no es mi padre, ellos no son mi familia. Ya no pertenezco a su mundo, ellos me abandonaron. Por su culpa, mi hijo está muerto —clamó dejando que el llanto la embargara.

—Debes ir, Emily. Si después de que termines los asuntos con tus padres decides regresar, te estaré esperando.

—Tomé los hábitos. Me consagré a Dios.

—Y él entenderá que debes alejarte de este hogar. Anda, Emily, ve con tus padres.

Una lágrima resbaló por su mejilla al ver el camino empedrado que la llevaba a las afueras. No podía creer que veinte años después tuviera que regresar al lugar donde fue tan feliz, pero que también significó el comienzo de su calvario. No se detuvo por el camino, quería llegar lo más pronto posible. Y, mientras pasara más rápido por el trago amargo que la esperaba, sería mucho mejor. En Londres no le quedaba nada, y esperaba regresar cuanto antes a la abadía. Ahí, por lo menos, le quedaba la tumba de su hijo.

Suspiró pensando en Emma, le dolía no poder verla durante esos días, ella era la única alegría que tenía entre esas paredes. Emma y las demás jóvenes que asistían a sus clases, aunque Emma tenía un lugar especial en su corazón. Y es que, al verla, recordaba los mismos ojos que hace veinte años le robaron el corazón y el alma.

Si tan solo la vida no se hubiera empeñado en destruir su amor, ahora ella sería feliz teniendo un hijo y viviendo al lado de Connor. Era tan injusto lo que les había sucedido. Cerró los ojos recordando el momento en que se entregaron por primera vez, la mirada brillante de él mientras le sonreía. Estaba segura de que la amaba. Ese brillo en sus ojos significaba amor.

Para su mala suerte, el carruaje llegó muy pronto a la que fue su antigua casa. Emily miró por la pequeña ventanilla del carruaje. La casa seguía siendo la misma, seguía teniendo la misma fachada, pero estaba desgastada por el paso del tiempo. Era como si estuviera abandonada.

Bajó del carruaje con ayuda del cochero y el corazón comenzó a latirle de manera acelerada. Era como si tuviera de nuevo diecisiete años, incluso recordó los nervios que sentía por su presentación. Giró la vista calle abajo: la casa de su amiga Sarah seguía igual, y al fondo estaba la casa de la baronesa.

Ahí estaba una vida que jamás regresaría. Suspiró mirando al frente, cuando la puerta se abrió dejando ver a su madre, que sostenía un pañuelo. Tenía los ojos rojos de estar llorando. En cuanto la vio, su llanto se intensificó; pero, por más que Emily quería sentir algo, no hubo ninguna emoción. Eran dos desconocidas, lo único que podía sentir era resentimiento. Ni siquiera los odiaba. En la abadía le habían ayudado a perdonar, aunque nadie le enseñó cómo olvidar el dolor.

—Emily —sollozó su madre, avanzando por el camino empedrado. Cuando llegó hasta ella, la abrazó mientras el llanto intenso la inundaba. Emily se negaba a llorar, se dijo que ya no quería derramar una lágrima por las personas que la habían lastimado tanto.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó alejándose de su madre para mirar a la puerta.

—Mal, el médico ha dicho que no le quedan muchos días. Él quiere hablar contigo, por eso ha enviado por ti.

—De acuerdo. —Entró en la casa y, tal como lo esperaba, no había cambiado nada. A excepción de los muebles, que tiempo atrás eran hermosos y ahora lucían viejos y desgastados.

Tal parecía que el servicio de la casa se había marchado. Antes de subir las escaleras que la llevarían a las habitaciones principales, se detuvo para enfrentar a su madre al respecto:

—¿Qué sucede, madre? —dijo tratando de no sonar descortés.

—¿De qué hablas? Tu padre está muy enfermo. Necesita hablar contigo.

—Parece que el servicio ha abandonado la casa.

—Tu padre nunca lo quiso admitir, pero nuestro estilo de vida se fue hace mucho. Despidió a todo el servicio; al parecer, los negocios no funcionaron en los últimos años.

—Lo lamento. Espero que mi estancia en la abadía no genere mucho gasto.

Su madre apretó los labios en una fina línea y siguió caminando.

—Lamento no haberte defendido en su momento.

Esa confesión, viniendo de su madre, la conmovió. Al final de cuentas, su madre era la perfecta dama inglesa: hacía lo que se esperaba de ella y nunca se hubiera atrevido a faltarle al respeto a su padre.

—Hiciste lo que se esperaba de ti.

Su madre asintió con la cabeza, deteniéndose frente a la puerta de su padre. No sabían por qué, pero se detuvieron unos segundos en el lugar. Como si ambas necesitaran encontrar el valor de enfrentarse a esa realidad.

La penumbra reinaba en toda la habitación, solo la chimenea estaba encendida. Su padre estaba tendido en la cama, su semblante era pálido y se notaba que le costaba respirar. Ya no era el hombre fuerte y decidido que años atrás la castigó por la deshonra que les había hecho pasar, ahora estaba débil y moribundo en un cuarto descuidado.

—Emily —fue casi un susurro lo que brotó de los labios de su padre, e incluso así comenzó a faltarle la respiración.

—Padre. —Se acercó a la cama para ayudar a su madre a acomodar las almohadas—. Ya estoy aquí.

—Emily..., necesito que me perdones. —Su voz era sofocada por el intento de respirar.

—No hay nada que perdonar, padre, fui yo la que fallé.

—No... —La respiración de él cada segundo se hacía más pesada—. No fallaste.

—Sí. —Por más que se trató de decir que no debía llorar, fue algo inútil. Las lágrimas de su rostro no la dejaban ver. Tomó una mano de su padre, estaba fría.

—Mi hermano sabe la verdad... —Parecía que, de un momento a otro, su padre se iría. Un dolor lacerante se instaló en su corazón, pues había perdido demasiado por seguir el amor: su vida, su hijo, a Connor y, ahora, a su padre—. Tu tío debe decirte nuestro secreto...

Su padre cerró los ojos, y parecía dormir, pero el llanto de su madre le dijo que no era de esa forma. Le tomó unos instantes comprender que se había marchado para siempre. Ahora su rostro se veía en paz. Se acercó para darle la bendición, mientras su madre se derrumbaba.

Después de que su madre se recuperara, la puso al tanto de lo que tenían que hacer. Preparar el funeral de su padre no fue tarea fácil, sobre todo porque no tenían servidumbre, apenas quedaban una doncella y la cocinera. Decir que darle el último adiós a su padre no fue triste, sería mentir. Nadie las había acompañado al entierro. De todas las amistades de las que alardeaban en el pasado, al parecer, no les quedaba ninguna.

—Vamos, hija, tenemos que hablar de muchas cosas. —Escuchó que le decía su madre—. Pasemos a la biblioteca.

Se sentaron en unos sillones que quedaban en la estancia. Su madre estaba muy nerviosa, como si tuviera miedo de decirle algo.

—¿Qué pasa, madre?

—El nuevo duque está por llegar, estoy segura de que nos echará de la casa.

Siempre dicen que las malas noticias nunca vienen solas. Ahora estaban a la deriva, esperando que el nuevo duque tuviera compasión de ellas.

Capítulo 13

Emma estaba tan absorta mirando el agua correr por el río que no se dio cuenta de que alguien se acercaba. Extrañaba demasiado a la hermana Emily; en realidad, todas las alumnas de su clase la extrañaban. Ella era la persona en la que más confiaban y a quien recurrían en busca de ayuda. Había tratado de seguir su consejo, y ahora, cada vez que llevaba el pan, procuraba hacerlo a la hora en la que se llevaban a cabo las actividades en la casa grande. Por suerte, no se había encontrado con lord Alexander.

Le gustaba meter los pies en la corriente del agua y así descansar un poco mientras imaginaba historias. Lory, ese día, no pudo acompañarla a lavar la ropa porque tenía que ayudar a su madre; pero, aun así, Emma debía cumplir con sus obligaciones. No quería que la regañaran, porque el domingo comenzaba la feria de las rosas y quería asistir.

—No es buena idea que una señorita esté sola por estos lares.

Emma gritó del susto. No había escuchado llegar a nadie, y lo que menos esperaba era encontrarse con el culpable de sus desvelos.

—Disculpe, milord, no lo he escuchado llegar.

—Discúlpame tú a mí, no pensé que estuvieras distraída.

—No tiene que disculparse —dijo ella bajando la mirada y saliendo del río. Recogió la bandeja donde tenía la ropa ya limpia para regresar a su casa—. Tiene usted razón, no debería estar sola aquí.

Dio un paso para marcharse, pero él la detuvo del brazo. Para Emma fue como si un rayo la hubiera traspasado, sentir el toque de su piel la hizo estremecerse. Giró la vista y sus ojos se toparon con los de él. Era como si algo se despertara por primera vez dentro de ella.

—¿Por qué huyes? —Escuchó que le preguntaba. Pero ¿qué podía contestar a esa pregunta?

—Disculpe, milord, pero creo que es mejor que guardemos las distancias. No es normal que una persona como usted le dirija la palabra a alguien como yo.

—¿Por qué no? —cuestionó como si fuera el razonamiento más ilógico del mundo.

—Será porque pertenecemos a diferentes clases sociales.

—¿Ni siquiera podemos ser amigos? —Parecía extrañado. Emma no comprendía por qué le sorprendían tanto sus palabras. Era obvio que la clase alta jamás se juntaría con la clase baja, pero ese señorito parecía no entender.

—No, milord, no podemos ser amigos. Usted ya tiene amigos en su casa que pertenecen a su mundo; así que, si me lo permite, me retiro. Aún tengo muchas cosas que hacer.

—Espera, no quiero que te vayas. Quiero hablar contigo, conocerte. —El corazón de Emma dio un salto de la emoción, pero a su mente llegaron las palabras de la hermana Emily diciéndole que no debía entablar ningún tipo de amistad con él.

—Lo siento de verdad; pero, si me quedo aquí, me meteré en problemas con mi madre. No quiero eso, el castigo luego es peor.

—De acuerdo, pero ¿te apetece que mañana te dé encuentro cuando lleves la canasta de postres?

—Será mejor que no. —Emma sonrió porque realmente era persistente.

—Nos vemos mañana, joven sin nombre.

—No lo creo, lord Alexander. Será mejor que siga en compañía de sus amigos.

Emma se dio la vuelta y caminó lo más rápido que pudo, tratando de no volver la mirada. Aunque al final pudo más su instinto y, antes de dar la vuelta a la siguiente calle, giró el rostro y vio que seguía ahí, mirándola con una sonrisa.

Emma sentía que flotaba entre nubes, pero su corazón y su mente le decían que debía tener cuidado porque la única que saldría lastimada sería ella. Era bien sabido que los caballeros de la alta sociedad a veces buscaban a muchachas incautas a las que solo utilizaban para mancillarlas y después, si tenían suerte, convertirlas en sus amantes. Emma no quería eso, ella quería ser feliz al lado de un hombre que la amara. Era mejor olvidarse de esas mariposas que le revoloteaban en el estómago cada vez que recordaba la sonrisa de lord Alexander.

Cuando llegó a su pequeña casa, su madre estaba furiosa. Ni siquiera esperó a que le diera respuesta; en cuanto puso un pie dentro de la puerta, le dio una bofetada que la dejó tumbada junto a la puerta.

—Eso es para que mañana, cuando vayas a lavar la ropa, no te distraigas.

—¿Por qué lo haces, madre? ¿Es que acaso no me quieres? —le reprochó con una lágrima rodando por su mejilla. Estaba harta de que su madre desquitara con ella todos sus errores.

—No, no te quiero, eres la culpable de que mi vida se hubiera arruinado. Si no hubieras nacido, mi vida hubiera sido más fácil.

—Fueron tus errores, madre, no debo pagar yo por lo que tú cometiste en el pasado. —Otra bofetada fue la respuesta de su madre.

—Ya te he enseñado que no debes contestarme. Parece ser que la hermana Emily no te enseña nada de cómo comportarte con tu madre, pero recuerda que la hermana ya no está aquí para defenderte.

Emma ya no quiso contestarle; porque, si llegaba a pronunciar una sola palabra, la molería a golpes. Ahora estaba indefensa. Su madre se contenía porque sabía que, si la hermana Emily le encontraba un moretón, iría a verla para hablar con ella. Pero ahora su defensora no estaba ahí para ayudarla.

Se levantó del suelo y fue a casa de su abuelo para ayudarlo con la preparación de los postres. Trató de no mostrar lo dolida que estaba, no solo por los golpes de su madre, sino por la falta de cariño. Nunca en su vida había recibido alguna palabra amable o cariñosa, incluso llegó a pensar que no era su madre.

Al día siguiente, prácticamente iba rogando que lord Alexander no la estuviera esperando. Pero, al parecer, no rezaba con suficiente fe. Porque ahí estaba, parado junto al río, recargado en un árbol. Emma barajó la posibilidad de regresar a su casa, pero eso significaba una paliza de su madre. Cuando llegó hasta donde él estaba, caminó más aprisa. Aunque pasó deprisa por su lado, él comenzó a andar detrás de ella. Tenía que acabar con eso de una buena vez por todas, así que se dio la vuelta para encararlo.

—¿Por qué no me deja en paz, milord? —interpeló fulminándolo con la mirada.

—Solo quiero conocerte, no entiendo por qué te disgustas tanto.

—Ya se lo dije, milord, no podemos entablar una amistad. Por favor, déjeme en paz.

Siguió caminando mientras él la seguía. Cuando ya iba a llegar a la cima de la colina, él la giró de manera rápida, atrayéndola hacia su cuerpo. Ella lo miró de nuevo a los ojos, consternada por ese arrebato.

—Discúlpame, estabas a punto de pisar una serpiente.

Emma vio a la serpiente alejarse. Su respiración estaba agitada. Al desconocer el motivo por el cual la había tomado entre sus brazos, se molestó. Pero ahora, que veía el verdadero motivo,

estaba casi agradecida.

—Gracias —pronunció en un susurro. Sus rostros estaban tan cerca que incluso podía sentir su respiración acelerada. Él inclinó más su rostro y supo que la besaría.

Tenía que apartarlo, decirle que se detuviera, pero era imposible. Cerró los ojos cuando sintió los labios de él posarse sobre los suyos. Había imaginado el momento en que le robarían su primer beso, pero ese recuerdo no se parecía en nada a lo que estaba sintiendo. Su corazón latía desbocado y sentía que sus labios ardían. Era como estar rozando el cielo y el infierno. Su mente le dijo que tenía que recordar las palabras de la hermana Emily; pero, en medio de esa neblina, no recordaba ninguna.

Capítulo 14

Emily tomaba una taza de té mientras veía por la ventana pasar los carruajes. Había pasado una semana desde que su padre había muerto y, aunque ella quería regresar cuanto antes a la abadía, tenía que esperar a que se presentara el nuevo duque.

Tras los días de duelo, su madre la puso al tanto de su lamentable situación. Su padre cayó en problemas de juego y, cuando las deudas fueron impagables, luego vino el alcohol. Y las malas decisiones fueron incrementando. Ahora no quedaba nada de la fortuna de la que disfrutaron, más que la casa; al menos, mientras llegaba el nuevo duque.

No tenían más familia. Y, al no tener heredero, su padre había buscado a algún primo para entregarle el título, pero no tuvo éxito. Ahora sabían que, por orden de la reina, el título había pasado a un hombre que lo había comprado con su gran fortuna. Al parecer, ese hombre tenía la estima de su majestad y el dinero suficiente para pagar por el título de nobleza. Si las noticias no fueran de por sí tan desalentadoras, ese hombre había comprado además todas las deudas de su padre. No sabía exactamente lo que le sucedía, pero tenía un presentimiento. Mientras se perdía en sus pensamientos, la única doncella que quedaba llegó a la pequeña sala.

—Con su permiso, *milady* —dijo la joven—, ha llegado esta misiva. Está dirigida a su madre; pero, como su excelencia no se encuentra disponible, se la entrego a usted.

—Has hecho bien, Molly. Puedes retirarte.

Tomó el sobre entre sus manos para ver el escudo en el lacre impreso: era el escudo ducal de su padre. El corazón le comenzó a latir descontrolado, era obvio que el nuevo duque quería tomar posesión lo más pronto posible. Rompió el lacre y leyó de manera rápida.

Al parecer, el nuevo duque se presentaría mucho más pronto de lo que ella pensaba. Creía que, por lo menos, les daría algo de tiempo para poder buscar un lugar donde vivir. Pero la misiva decía que al día siguiente asistiría a presentar sus respetos por la muerte de su padre.

Su madre no se tomó muy bien la noticia; de por sí estaba sumida en una tristeza profunda, acostada todo el día en su habitación. Emily temía que se pusiera enferma, sobre todo porque su situación económica no les permitiría atenderla.

Fue a la cocina para dar las instrucciones de lo que prepararían al día siguiente. Esperaba poder ofrecerle algo que estuviera a la altura. Los nervios la comenzaron a traicionar, era como si de repente estuviera al borde del colapso. Sentía un nudo en la garganta. Miró las paredes forradas con el papel tapiz desgastado. En algunas partes, incluso estaba ennegrecido. El tiempo no pasaba en vano: no quedaba nada de lo que había sido su vida.

—Molly —dijo llamando a la doncella, que estaba en ese instante limpiando la cocina.

—Dígame, *milady*.

—Ya te he dicho que mi título fue retirado cuanto acepté los hábitos.

—De acuerdo, *milady*. —Emily rodó los ojos.

—Mañana debe estar todo impecable, ya que el nuevo duque tomará posesión de su título y debemos darle el recibimiento que merece.

La noche se le antojaba demasiado larga. No pudo dormir. Tenía pesadillas con el día en que su hijo murió, con escenas entremezcladas donde se colaba Emma llorando en la obscuridad del campo. Se despertó sudando y agitada. Las palabras de su padre en su lecho de muerte iluminaron su mente, pero no tenía ni idea de lo que significaban.

Después de recibir al nuevo duque, se pondría en marcha para la abadía. Tenía que descubrir qué es lo que ocultaban. Suspiró, ahora tenía que ayudar a su madre para recibir al hombre que posiblemente las dejaría en la indigencia. Lo primero que pensó fue en llevar a su madre con ella, pero no sabía si su tío dejaría que su madre viviera en la abadía.

Con mucho esfuerzo, logró que su madre saliera de la cama y que tuviera un aspecto aceptable. Pronto escucharon las ruedas del carruaje. Vieron por la ventana a un caballero descendiendo del carruaje. La doncella se acercó hasta la pequeña salita para anunciarlo, ya desde ahí se veía la falta de servicio, ni siquiera tenían un mayordomo que abriera la puerta.

—*Milady*, su excelencia el duque de Windsor ha llegado.

—Hazlo pasar, Molly.

Contuvo la respiración esperando a ese hombre que terminaría de arrebatarse lo que quedaba de su pasado. Su madre se apretaba las manos, nerviosa, mientras ella trataba por todos los medios de mantener la calma. Los pasos acercándose les dijeron que su destino estaba por definirse. Cuando el caballero atravesó la puerta, el mundo de Emily se paralizó por un instante. Sentía una opresión en el pecho que no la dejaba respirar. Lo último que vio fue el rostro de Connor.

Capítulo 15

Emma sabía que debía olvidar lo que había sucedido con lord Alexander. Si hubiera tenido la oportunidad, se habría alejado totalmente, pero necesitaba llevar los postres a la mansión. Y, para su desventura, había escuchado a la cocinera decir que los condes estarían ahí por dos meses.

Lory la estaba esperando en el río mientras se columpiaba, la miró sonriente tratando de que no se notara sus ojos hinchados por llorar. No consiguió dormir en toda la noche pensando en alguna solución, pero la única que se le ocurría era que su madre la acompañara.

—Lory, creo que deberías estar lavando la ropa antes de que tu madre te castigue.

—Madre está muy ocupada tratando de averiguar si algún hombre casadero se fijaría en mí. Parece que aborrece que esté en casa. Ya no encuentra la manera de deshacerse de mí.

—No es para tanto.

—Es verdad, le ha preguntado a la señora que elabora los quesos de cabra que si su hijo no necesita una esposa. La pobre mujer no sabía qué decir, no he pasado tanta vergüenza en mi vida como en ese momento.

—Con Jeremy, el hijo de la quesera. Tu madre sí que debe estar desesperada —comentó Emma sonriendo. Esa era la magia de su amiga, siempre lograba hacerla sonreír.

—Ni siquiera se baña por años, y tiene una barriga que parece que va a parir en cualquier momento.

—Espero que pronto aparezca alguien para ser tu esposo, pero que Dios lo agarre confesado. Porque lidiar contigo no es fácil, no me extraña que tu madre necesite presionar para que alguien te despose. —Lory sonrió, enseñándole la lengua, mientras se bajaba del columpio para dejarle a ella que se subiera.

—¿Y tú qué, Emma? —curioseó su amiga, empujándola de tal manera que las puntas de sus pies rozaron el agua del río—. ¿Aún no hay ningún chico que te guste?

Emma se quedó mirando el agua muy concentrada. ¿Alguien que le gustara? A su mente vino el recuerdo de lord Alexander, pero lo desechó porque eso no le hacía ningún bien. Ya tenía suficiente como para ponerse a tontear. Sus labios aún le ardían donde él los había rozado. Si cerraba los ojos, podía respirar su aroma fundido con el fresco del campo.

—Mi madre me molería a golpes si se me ocurriera fijar la mirada en alguien. Ya te he dicho que, según ella, mi castigo es quedarme en la soltería para siempre y cuidarla hasta que exhale su último aliento.

—A veces pienso que esa mujer no es tu madre, porque no te trata como una. Siempre te hace de menos y te golpea. ¿No se lo has dicho a tus abuelos?

—No, ellos la echarían de la casa y, con ella, también me tendría que ir yo. Necesitamos estar en paz, porque vivimos de la caridad de ellos. Pero será mejor que nos pongamos a lavar la ropa antes de que nos vengam a buscar.

—¿No extrañas a la hermana Emily? Siento que, desde que ella se fue, se ha ido la alegría de la aldea.

—Sí, aunque ahora, con el ajetreo de llevar los postres a la casa grande, me queda poco tiempo libre.

—Tu madre debería de ayudarte, te carga demasiado la mano.

—Sabes que sus dolores de rodillas no se lo permiten.

La tarde estuvo muy ajetreada, y eso ayudó a que no estuviera pensando sobre el momento en que estuviera de nuevo frente al hombre que la hacía suspirar. Por momentos se sentía emocionada, pero en otros sentía que era uno más de los caballeros de posición que jugaban con las doncellas. Llegó a su casa, cargando la bandeja de ropa sobre la cabeza. Su madre salió a su encuentro y parecía alarmada.

—¿Qué sucede, madre? ¿Le ocurre algo a los abuelos?

—No, niña tonta. En la casa grande se ha lesionado una de las cocineras y han pedido que te incorpores a trabajar, así podrás hacer los postres allá. Debes prepararte.

Su corazón comenzó a latir de manera acelerada; estaba tratando con todas sus fuerzas de alejarse de esa casa como si tuvieran la peste, y ahora tendría que ir a servirles. Su madre ya tenía preparada una pequeña maleta, la cual le entregó para después llevarla casi a rastras hasta el camino que conducía a la casa grande. Tenía que apresurarse para que la noche no la alcanzara en el trayecto. Su madre ni siquiera la llevó; solo le dijo que después la iría a visitar y que no estuviera tonteando en la casa, que debía conservar el empleo.

La cocinera la recibió con gusto porque estaban muy atareados. Otra de las ayudantes en la cocina le enseñó la que ahora sería su habitación, la cual compartiría con otras doncellas, pero a ella lo único que le preocupaba era que no fuera a cruzarse en su camino aquel hombre. Esperaba que manteniéndose en la cocina no tendría problemas.

Dejó la pequeña maleta y se puso el uniforme que le habían proporcionado. Bajó a la cocina para comenzar a ayudar en las actividades. Las doncellas y la cocinera eran personas muy amables que la ayudaron en todo. Por suerte, ella solo estaría en la cocina y las otras doncellas con más cargo se ocuparían de servir a todos los invitados.

Después de terminar de levantar todo, se fue a su habitación a dormir. Ese día estaba exhausta. Se sentía incómoda entre las doncellas que compartían habitación, pero puso su mejor cara, ya que no quería tener problemas desde el primer día.

Cindy, una de las doncellas principales de la casa, llegó a la habitación quitándose la cofia.

—No saben de lo que me acabo de enterar —dijo mientras se deshacía el recogido de su cabello.

—Cindy, ya hemos hablado sobre no escuchar conversaciones ajenas.

—No las escuché detrás de la puerta. Mientras estaba sirviendo a *lady* Amelia en el saloncito de té, ha dicho que lord Alexander le propondrá matrimonio frente a todos sus conocidos en el baile que se dará al finalizar su estancia. ¡A que es romántico!

Emma sonrió con tristeza; a ella la besaba, pero se comprometería con otra mujer.

—Vaya, lo más romántico va a ser el trabajo que nos darán después de ese baile. Terminaremos muertas de cansancio —se quejó Ruth, que era la ayudante del ama de llaves.

—Tiene años que no se celebra un baile en esta casa. Antes de que la condesa tuviera a lord Alexander, cada año, en la feria de las rosas, esta casa se llenaba de flores y se realizaba una gran fiesta. Pero después los condes se marcharon a Inglaterra para que el futuro conde tuviera la educación que necesitaba. Y mírenlo, convertido en todo un caballero.

Ella lo sabía muy bien; era todo un caballero, un apuesto caballero que únicamente la quería para jugar. Si ni siquiera le había dicho ni su nombre. Solo esperaba no encontrárselo nunca, porque mucho se temía que se le estaba metiendo en el alma.

Al día siguiente, se levantó al alba para ayudar en la cocina, se puso a preparar todo para los postres tal como le había enseñado su abuelo. Ese día quería hacer pastelillos de limón, así que necesitaba encontrar limones frescos. La cocinera le dijo que en el huerto había un árbol con los

mejores del condado. Lo que no se esperaba era que no llegaría al árbol para cortar los limones, y eso que no era demasiado alto.

Buscó una piedra donde se pudiera subir, pero no encontró ninguna. Por suerte, una larga vara estaba tirada a la orilla del camino, así que la recogió y logró cortar los que necesitaba. Estaba a punto de cortar el último cuando, fijando la mirada en su objetivo, no se dio cuenta de que su pie resbalaba con una pequeña piedra, hasta que sintió que caería de espaldas. Gritó de la impresión, pero unos fuertes brazos la sostuvieron evitando una caída dolorosa. Levantó la vista para ver quién la había salvado y, para su desgracia, el hombre del que tanto huía era el mismo que la estaba sujetando para que no cayera.

Capítulo 16

Emily estaba viviendo una pesadilla. Llevaba veinte años sufriendo la ausencia del amor de su vida, veinte años culpándose por su muerte, y ahora su pasado estaba parado frente a ella para torturarla. Abrió los ojos en cuanto le pasaron las sales de olor por debajo de la nariz, provocando que tosiera.

—¿Te encuentras bien? —Era la voz que la atormentaba cada uno de sus días. Su madre la miraba junto a él, retorciéndose las manos de forma nerviosa.

—Sí, gracias —respondió antes de que su madre se enterara de que él era el hombre del que se había enamorado en el pasado.

—Emily, él es el nuevo duque de Windsor, lord Connor Dankworth.

Se levantó con ayuda de Connor, que la miraba receloso. Era obvio que no se esperaba verla vestida con los hábitos de la abadía. Porque incluso parecía sorprendido. Le sonrió de manera tímida y él estaba a punto de corresponder a su sonrisa, cuando algo hizo que se tensara.

—*Milady*, si me permite, ¿puedo hablar con usted en la biblioteca?

Escucharlo pronunciar «*milady*» fue como revivir el pasado.

—Emily, solamente, o hermana Emily, como usted esté más cómodo. Ya no poseo mi título de nobleza, milord. —Él apretó los labios en una fina línea de disgusto.

—De acuerdo.

Connor le hizo un gesto para que salieran de ahí con rumbo a la biblioteca, la doncella fue para ver si necesitaban algo, pero ella le dijo que se retirara. Connor se sirvió una copa de licor, mientras Emily miraba a su alrededor en busca de un punto fijo donde mirar, que no fuera ese hombre frente a ella.

Emily cortó el incómodo silencio que se instaló entre ellos, decidida a enfrentar su pasado.

—¿Qué haces aquí, Connor? —dijo mientras se miraba las manos.

—Recuperar lo que es mío. —La voz de él se escuchaba cargada de odio y resentimiento. Tanto que Emily levantó la mirada para que sus ojos se posaran sobre los suyos. Fue un instante que le supo a eternidad: ya había abandonado la esperanza de que estuviera vivo.

—No comprendo lo que quieres decir, pero veo que la vida te ha recompensado bien.

—Y veo que a ti también te ha tratado bien la vida, Emily. ¿Qué sucedió? ¿Te enviaron al convento para que pagaras tu falta? —Estaba segura de que ese hombre no era el mismo del que se había enamorado. Ahora le reclamaba como si ella hubiera tenido la culpa de todas sus desgracias.

—¿Cómo conseguiste el título de mi padre? La reina debe apreciarte mucho para hacerte ese favor.

—No fue ningún favor, me he ganado a pulso todo lo que tengo, pero debo decir que tu padre me facilitó mucho las cosas. Deudas de juego sin pagar, su adicción al alcohol. Ni siquiera me recordaba. Pero eso sí, alardeaba de su hija, que estaba en un buen colegio de señoritas, recibiendo la mejor educación. Después me enteré de que estabas de viaje junto a una tía. Mientras yo luchaba por mi vida, tú disfrutabas de todo lo que la sociedad londinense te pudo dar.

Emily no comprendía nada, era como si de repente el mundo se hubiera puesto patas arriba. Nada era como ella lo había dejado.

—No sabes nada de mi vida, Connor. No sabes por lo que he pasado.

—¿Qué fue lo peor que te pudo pasar, Emily? ¿Llegar tarde para tomar tu barco? Supongo que eso es una tragedia para una mujer como tú.

—No eres el mismo que conocí.

—No, no soy el mismo, ahora ya no voy a caer en tus encantos. Hace años me manipulaste y jugaste conmigo, pero ahora es tiempo de que todo se haga como yo diga. Soy el dueño y señor de todas las propiedades de tu padre, y además tengo todos los pagarés que me firmó.

—No tenemos dinero para pagarte —dijo Emily preocupada.

—Pensé que me considerabas más listo, preciosa. Era obvio que no le iba a soltar dinero a tu padre sin una garantía. Por eso estoy aquí, para cobrar los pagarés. —A ella le daba miedo preguntar por esa garantía.

—¿Qué fue lo que te ofreció mi padre como garantía? No tenemos nada, apenas si nos alcanzó para darle cristiana sepultura.

—¿No te lo imaginas, Emily? Tu padre me dio en garantía su más preciado tesoro. Imagina mi sorpresa cuando me dijo que me daría a su hija como pago.

Emily cerró los ojos por la humillación que sentía. Que su padre la usara como moneda de cambio era lo peor que le podía pasar. Estaba harta de que los hombres se sintieran los dueños y señores de las mujeres como si no fueran más que unas muñecas de trapo, como si no tuvieran sentimientos o fueran un adorno de la casa.

—Eso no puede ser, he tomado los hábitos.

—Ese no es ningún impedimento. En esta semana, vendrá la modista para ayudarte con el ajuar de novia. Nos casamos en dos semanas.

Emily se levantó del pequeño silloncito donde estaba sentada. No podía desposarse con nadie, ella estaba en unión con Nuestro Creador.

—No puedo hacerlo —negó enfrentándolo. Si pensaba que él también iba a dominar su vida, estaba equivocado—. Hace años que tomé los hábitos. Y, en cuanto sepa qué sucederá con mi madre, me marcharé a la abadía.

Connor se acercó hasta donde ella estaba tomándola por los brazos, forzándola a que lo mirara.

—Escúchame bien, Emily, necesito una duquesa y esa vas a ser tú, tanto si quieres como si no. De otra manera, tu madre tendrá que hacer frente a las deudas de tu padre, y no me va a temblar la mano para enviarla a la cárcel.

—¿Qué te hicimos para que nos odies tanto?

—Me quitaron la felicidad y eso se lo voy a hacer pagar con creces. Así que decide, Emily, a menos que quieras ver a tu madre en la cárcel. Cuando tu padre me envió ahí, viví en carne propia la tortura dentro de sus paredes, y te aseguro que no es un lugar agradable.

—No serías tan cruel. ¿Es que acaso no tienes honor?

—No tengo nada que perder, Emily, no tenía honor cuando me conociste la primera vez y no lo tendré ahora. —Él acercó su rostro al de ella, tanto que Emily pensó que la besaría. Un sentimiento que estaba dormido dentro de ella se despertó con la misma intensidad de veinte años atrás—. ¿Lo recuerdas, preciosa? Cómo te estremecías entre mis brazos. Yo lo tengo clavado en mi piel.

Connor posó sus labios sobre el lóbulo de su oreja, provocándole un estremecimiento.

—Esto no es correcto, Connor.

—Recuerdo cómo me volvía loco que pronunciaras mi nombre mientras te retorcías de placer. Necesito una duquesa para llevarla de mi brazo como un trofeo. Pero esto, Emily... —susurró robándole el aliento por el estremecimiento que le provocaban los cálidos labios de Connor, que

la torturaban mientras sus manos bajaban para acariciar su cintura—. Esto que teníamos no lo volverás a tener. Será otra la que se ocupe de satisfacer todas mis necesidades.

Esas palabras fueron como un balde de agua helada para Emily, nuevamente la estaba humillando. En esos veinte años había aprendido a no sentir ira, ni resentimiento. Pero, en ese instante, no supo qué fue lo que sucedió, de lo único que se percató fue del dolor en su mano después de abofetear a Connor.

—Esto lo vas a pagar muy caro, preciosa. Nuestros destinos se unieron desde el primer día en que te tuve entre mis brazos y de esa manera vas a seguir. Es mejor que te vayas acostumbrando. Vas a ser mi esposa, por mucho que te resistas.

Después de decir esas palabras, la besó como si quisiera castigarla, de una manera tan arrolladora y pasional que incluso la hizo temblar de miedo. Pero no miedo por lo que él podía hacerle, sino miedo de sus sentimientos, miedo de quedar expuesta ante él.

Capítulo 17

Emma sentía que el corazón se le saldría del pecho. Lord Alexander la tenía de nuevo entre sus brazos y, por mucho que lo negara, no había nada mejor en el mundo que estar entre ellos. Pero se tenía que apartar de él.

—Disculpe, milord, no me di cuenta de la piedra. Le agradezco que me salvara de una buena caída. —Comenzó a levantar la canasta donde tenía los limones, era mejor regresar a la cocina antes de que alguien fuera a buscarla.

—Espera, necesito saber cómo te llamas y por qué estás vestida como doncella.

—Es mejor que se aleje de mí, milord. Desde ahora trabajo en la cocina. Así que, si no quiere que me encuentre en un problema, necesito que deje de buscarme.

—Lo he intentado, de verdad que sí, pero no he podido sacarte de mi mente —confesó tomándola por el brazo para acercarla más.

—Lo dudo, milord, aún menos cuando en la casa no se habla de otra cosa más que de su compromiso con *lady* Amelia. De verdad, necesito que se aleje de mí porque solo saldré dañada.

—No sé de dónde han sacado esa tontería, pero no pienso comprometerme con *lady* Amelia. No cuando no he podido dejar de pensar en ti.

La besaría, estaba segura de eso, y lo peor era que ella lo deseaba. Sus labios se unieron de una manera tan mágica que Emma no sabía si era la realidad o estaba soñando. Alexander la atrajo más junto a su cuerpo, sintiendo el fuego que a ambos los recorría. Escuchó en la lejanía que alguien gritaba su nombre y se apartó lo más rápido que pudo de él.

—Te espero en cuanto acabes tus labores, en el cobertizo que está detrás de las caballerizas. Te estaré esperando, no me falles, Emma.

Aún podía sentir el sabor de sus labios.

—Emma... —Escuchó que le llamaba Ruth—. Dice la cocinera que si necesitas ayuda con los limones.

—No, gracias, ya he terminado. Estaba a punto de regresar a la casa.

—De acuerdo. Emma, ¿ese que estaba contigo era lord Alexander?

—Solo me estaba ayudando. He resbalado y me iba a caer.

—Ten cuidado, Emma, no me gustaría que te metieras en un problema. Ellos son muy distintos a nosotros. Date de santos que fui yo la que salió a buscarte. Si algún invitado te hubiera visto, estarías en serios problemas.

—¿Me delatarás con el ama de llaves?

—Claro que no, pero ten cuidado. Cada uno decide su destino y no quiero que a ti te toque uno tormentoso por dejarte engañar.

—Descuida, no volverá a pasar.

Por mucho que a Ruth le dijo que no volvería a pasar, algo la había arrastrado hasta el cobertizo que estaba junto a las caballerizas. Miraba de un lugar a otro tratando de ver si alguien los estaba espiando, pero a esa hora ya todos estarían en sus habitaciones. Solo los cuidadores estarían haciendo sus rondas. Por suerte, su vestido negro le ayudaba para que no la reconocieran. Tocó suavemente la puerta y esta se abrió dejando ver a Alexander, que sonreía de manera encantadora. Parecía que lo hacía a propósito, porque esa sonrisa la derretía.

—Has venido —dijo él cerrando la puerta. Había encendido una vela para que pudieran ver un

poco.

—Esto es una locura, milord. Si le soy sincera, ni siquiera sé por qué estoy aquí. Debería marcharme de inmediato.

—No lo hagas, Emma, dime que tú también sientes esto que tenemos. Porque tenemos algo, Emma, no puedes negarlo.

—Milord, no es buena idea que hablemos de esto. Usted quiere jugar conmigo y la única que saldrá dañada seré yo. Usted se irá en unos meses y me olvidará.

—No, Emma, de verdad que no sé qué me sucede cuando estoy a tu lado. Y llámame Alexander. —Él tomó una de sus manos y la llevó a sus labios para depositar un suave beso.

—Si sus padres se enteran de que tontea conmigo, me despedirán. Quedaré manchada para siempre, no habrá un hombre decente que se quiera unir en matrimonio a mí.

—No tiene por qué enterarse nadie, este será un secreto entre tú y yo mientras nos conocemos. Si las cosas salen bien, no tendré problema en tomarte como esposa.

—Y si las cosas salen mal...

—No nos saldrán mal —rebatí tomando su rostro entre sus manos y acercando sus labios a los suyos—. Nada nos puede salir mal porque tú también sientes lo mismo que yo, tu mirada me lo dice.

—Tengo miedo. Yo tampoco he podido sacarlo de mi mente desde el primer instante en que lo conocí, pero esto va a lastimarme.

—No lo pienses más, Emma, déjate llevar.

Esas palabras fueron la perdición para Emma, no podía creer que se hubiera fijado en ella. Su madre la molería a golpes si supiera que estaba teniendo encuentros clandestinos con el joven de la casa.

Alexander la besaba de tal manera que en su cuerpo se extendió un fuego que la quemaba. Se moría por tocarlo, por demostrarle lo mucho que le gustaba, pero debía tener mucho cuidado. Un paso en falso y podía ser su ruina.

—Te esperaré todos los días aquí, Emma, este será nuestro refugio.

—De acuerdo. —Emma sonrió y salió del cobertizo, vigilando que no la descubriera nadie. Llegó a su habitación y, por suerte, las demás doncellas ya estaban dormidas.

Al día siguiente, estaba tan concentrada preparando la masa para unos bizcochos de jengibre que no escuchó que alguien se acercaba hasta ella.

—Emma... —La voz de su madre la sacó de sus ensoñaciones.

—Madre, ¿qué estás haciendo aquí?

—El abuelo me ha enviado a que vea cómo estás; al parecer, desconfía de que te estés portando bien.

Aunque su madre estaba parada frente a ella hablándole, su mirada vagaba por toda la estancia como si buscara algo.

—¿Qué sucede, madre?

—¿Lord Alexander está por aquí?

—No lo creo, casi no viene a la cocina. ¿Por qué preguntas?

—No es nada, simplemente me hubiera gustado verlo.

—No creo que lo veas, han salido de cacería. Regresarán por la noche.

—Vale, entonces me regreso a la casa. ¿Cómo te tratan en este trabajo?

—Bien, madre, pero tengo que dejarte porque me he atrasado en las tareas.

Su madre se dio la vuelta para salir de la cocina, sin despedirse de ella. Sinceramente, no

esperaba un beso o un abrazo; pero, a veces, que fuera tan fría con ella la lastimaba. Siguió trabajando y, por la tarde, cuando llegaban los señores de la caza, Alexander la miró guiñándole un ojo. Una de las damas que los acompañaban se percató del gesto, mirándola como si la odiara.

Por la noche, esperó a que todas estuvieran dormidas y escapó de nuevo.

—Has llegado, preciosa —dijo Alexander en cuanto la vio.

—Hoy, cuando me has visto después de la cacería, una de las damas que te acompañaban se dio cuenta del gesto que tuviste. Creo que debemos tener más cuidado.

—De acuerdo, preciosa, pero ahora saluda como Dios manda.

Alexander se apoderó de sus labios como si estuviera sediento de ella. Su corazón se agolpaba de felicidad, era como vivir en un cuento de hadas. Lo único que a Emma le preocupaba era que su cuento acabase pronto, devolviéndola a la realidad.

Capítulo 18

Emily estaba en su habitación, rezando. Esta vez no pedía por el alma de su hijo y de Connor, sino por salir de esa tortura a la que la estaban sometiendo.

Desde que había llegado el nuevo duque, su madre se había encerrado en su habitación. Su doncella le había mirado preocupada; pero, aunque Emily trató de hablar con ella, le dijo que sufría una fuerte jaqueca que le impedía atenderla.

Tocaron a la puerta de su habitación y, suponiendo que era la doncella que le llevaba el desayuno, la hizo pasar. La vio dejar la bandeja en la mesilla que estaba junto a la cama.

—*Milady*.

—Dime, Molly, ¿qué sucede?

—Ha llegado la modista para ayudarla con los preparativos para la boda. Además, su excelencia ha hecho que se pagaran las cuentas pendientes de la casa y ha traído a veinte empleados.

—Dile a la modista que estoy indispuesta.

—De acuerdo, *milady*.

Molly salió de la habitación, y ella se volvió a poner de rodillas para continuar rezando. Ese día era el más doloroso de su vida, era el día en que su hijo había muerto. Las palabras de su padre seguían rondando en su mente, pero no sabía qué quería decir. Recordó que ese día también era el cumpleaños de Emma, que seguramente estaría feliz. Cada año ella le hacía un pequeño obsequio, pero en esta ocasión era diferente. Esperaba que alguien le diera un abrazo de cumpleaños, esa niña había sufrido mucho con el desamor de su madre.

La puerta de su habitación se abrió de golpe y Emily cerró los ojos porque sabía que se avecinaba una tormenta.

—¿Qué es esa tontería de que no puedes recibir hoy a *madame* Monique? Es la modista más cotizada de todo Londres, ella le hace el vestuario a la reina. No puedo jugar con su tiempo solo porque eres una caprichosa.

—Hoy no es un buen día, Connor, de verdad. No es un capricho.

—Claro que lo es. Siempre has sido una niña mimada que, si no se sale con la suya, hace hasta lo imposible para conseguir sus planes. Y, ahora, deja esas tonterías de rezar y baja para que Monique te ayude a vestirse como una duquesa.

—¿Ahora es Monique?

—Sí, ahora es Monique. Y más vale que hagas lo que te digo o hablaré con tu madre. Sabes lo que sufriría al enterarse de que su preciado marido no tenía tanto honor como ella piensa.

Emily se quedó con las ganas de decirle que era un maldito bastardo, pero con eso estaría ofendiendo a Dios. Se suponía que debía amar a sus enemigos, el problema era que a ese enemigo venía amándolo desde hacía veinte años. No le dijo nada a Connor, simplemente se levantó y comenzó a caminar hacia el pasillo. Era mejor no entrar en su juego. Mientras menos lo enfrentara, sería mejor.

La modista era una mujer de unos cuarenta años. Llevaba un vestido digno de la reina, en tonos azul pavorreal. Su cabello rubio estaba primorosamente peinado en un recogido que le dejaba un hombro al descubierto. Estaba sentada como toda una dama, tomando una taza de té.

—*Milady*, qué bueno que ya esté disponible.

—Puedo asegurarle que todo esto es contra mi voluntad.

—Lo sé, *milady*, su excelencia puede ser muy persuasivo cuando quiere —dijo la mujer, soltando una sonrisita tonta que a Emily le puso los nervios de punta.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

—Mucho, *milady*. Desde el día en que llegó a mi taller casi muerto. Fue una verdadera suerte que sobreviviera. Pero eso usted ya lo sabe.

Emily desconocía todo lo que había sucedido. De hecho, la actitud de Connor no había dado apertura para que hablaran del pasado. Ni siquiera fue capaz de contarle que tenían un hijo. Él no quería hablar del pasado, solamente la culpaba por algo que ella desconocía.

—No lo sabía, pero mejor acabemos con esto de una vez.

—De acuerdo, *milady*. He traído unas telas preciosas que me han llegado de oriente, son una preciosidad. Será la envidia en esta temporada.

Escuchar la palabra «temporada» le provocó que una espina se le clavara en el corazón. Recordó los sueños perdidos. Veinte años atrás estaba ahí mismo disfrutando de preparar su vestuario para su presentación en sociedad, y ahora estaba realizando las pruebas para un vestuario que la ataría a un hombre que la despreciaba.

Para su mala suerte, la modista no dejaba de parlotear, enlistando los materiales que utilizaría para todos sus vestidos. Emily no entendía realmente para qué quería tantos si se pasaría todo el tiempo encerrada. Lo único en lo que había jurado no convertirse era lo que la estaban obligando a ser. Sería un trofeo para un hombre que no la amaba.

Después de pasar por un calvario, la modista por fin se fue. La cabeza le dolía, ese día no estaba para juegos y ya había soportado demasiado. Se encerró en su habitación para hacer lo que cada año hacía: llorar por lo que la vida le había arrebatado.

Una doncella que no conocía se presentó por la noche para ayudarla. Aunque ella no necesitaba ningún tipo de ayuda, pues seguía llevando la túnica blanca que se ponía en la abadía. Tenía que preguntarle a su tío si era posible que Connor deshiciera su ordenamiento. Esa era una de sus salidas para no entrar en ese matrimonio que aborrecía, que su tío le negara su libertad.

La otra opción era saltar por la ventana y huir de ahí, y por momentos esa idea le gustaba cada vez más. Se asomó a la ventana para ver qué tan alto caería si se lanzaba, pero estaba segura de que se mataría en el intento. Ya no sabía qué era mejor, si reunirse con el Creador Todopoderoso o seguir en manos del demonio que había llegado para ocupar el lugar del duque.

Cerró los ojos implorando por una salida, no quería que su corazón terminara dañado. Por mucho que hubiera tomado los hábitos, su corazón seguía latiendo de manera desbocada. Todo su ser respondía a la presencia de ese hombre. Se llevó las manos a los labios, aún le ardían como brazas por el beso que él le dio.

Connor ni siquiera le había explicado qué había pasado con él. Su padre, después de dejarla en ese lugar, jamás le volvió a dirigir la palabra. Era obvio que los había defraudado. Suspiró pensando en Emma, esperaba que ella se encontrara bien. De alguna u otra forma, estar separada de la abadía le dolía por no poder verla. Odiaba que la madre de la chica descargara sus frustraciones con la joven; pero, al parecer, todos tenemos una cruz con espinas la cual cargar a nuestras espaldas. La suya era la muerte de su hijo, y la de Emma era soportar a su madre.

La puerta de su habitación se abrió y ahí estaba su verdugo personal, mirándola como si no la conociera.

—Ha llegado este documento. —Como Emily no se le acercó, él fue hasta la ventana para entregárselo.

Emily lo tomó entre sus manos y lo leyó detenidamente, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. Ahí estaba la orden de revocación de sus votos eclesiásticos, firmada por la reina y por el obispo. Ahora ya no habría nada que detuviera a Connor, ahora prácticamente era su dueño.

—Ahora eres libre, preciosa, y te convertirás en mi duquesa. Que ni se te pasen ideas locas por la cabeza. Si te llegas hacer daño, procura terminar con tu vida; porque, de lo contrario, pagarás las consecuencias.

Emily lo miró, mostrando el odio que le inundaba. Ese hombre era capaz de matarla con tal de llevar a cabo su venganza.

—¿Por qué no me matas de una vez, Connor? Acaba de una buena vez con este sufrimiento — suplicó ella, enfrentándolo, mientras se borraba con coraje las lágrimas que surcaban su rostro.

—Nada me gustaría más, pero tú iniciaste esto hace veinte años. Los mismos que tardé en conseguir lo que tengo para arruinar a tu familia y hacerlos pagar. Ahora es tu turno de sufrir.

Sin más, la tomó entre sus brazos y se apoderó de sus labios. Pero esta vez no fue duro o implacable; esta vez la besaba con suma ternura, al igual que hace veinte años en aquella casa de madera. Solo que, en aquel entonces, ella era feliz entre sus brazos. Y ahora, aunque el anhelo se apoderaba de ella, una tristeza la embargaba. Si seguía teniendo ese tipo de debilidades, terminaría de nuevo destrozada por el amor.

Capítulo 19

Emma sentía que todo su cuerpo anhelaba algo que hasta ahora le era desconocido. Llevaba dos semanas yendo al cobertizo por las noches. Alexander la besaba de un modo tan pasional, que era imposible no estremecerse. Los labios de él bajaron peligrosamente por su cuello, y ella instintivamente ladeó la cabeza para darle mejor acceso. Cada centímetro de su piel parecía torturado por brazas ardiendo.

—Alexander, debemos detenernos —dijo jadeando al sentir que le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Me vuelve loco cómo pronuncias mi nombre. No debes tener miedo, cielo, estaré aquí para protegerte.

Emma sentía que estaba entre nubes de algodón. Sintió que le desabrochaban los botones de la parte trasera del vestido, Alexander lo fue bajando dejándola únicamente en su camión blanco. Sentía un estremecimiento recorrerla de los pies hasta la cabeza. Él besaba cada espacio de su piel, llevándola a rozar la locura. Alexander la desnudó por completo tomándose el tiempo suficiente, no había nada que importara en ese instante más que ellos dos. De manera tímida, Emma tocó el suave rostro del hombre frente a ella. Era como si necesitara saber que era real, que no estaba viviendo una ilusión.

Nunca le habían hablado de lo que pasaba entre un hombre y una mujer, porque esos eran temas prohibidos. Había escuchado, por unas mujeres en el mercadillo, que las madres suelen hablar de esos temas un día antes de la boda, pero a ella nadie le había explicado nada. Y ahora estaba perdida entre los brazos de él, que la hacían temblar de placer.

La única luz que tenían era de la vela que alumbraba tenuemente la habitación, pero eso no evitó que sintiera vergüenza de estar desnuda. La mirada de su espectador la hizo sentirse hermosa, y una parte del temor que la inundaba se fue evaporando.

Cuando la recostó sobre una improvisada cama, se dio cuenta de que ya no había marcha atrás. Sus miradas se encontraron mientras entraba en ella, apoderándose de su cuerpo y de su alma. Ahora no había nada que los pudiera separar. Su cuerpo respondía a cada movimiento. Al principio, sintió un dolor lacerante, pero Alexander la calmó besando su rostro cuando ella intentó apartarse. El dolor poco a poco fue remitiendo, dando paso a un estremecimiento que la torturaba, aunque estaba segura de que se comparaba con subir al cielo.

Emma miró a Alexander para que en sus ojos se viera reflejado todo el amor que sentía por él. A pesar de haber compartido poco tiempo a su lado, sentía que lo amaba. Siempre había escuchado de ese sentimiento, pero lo más parecido que ella estuvo de ser amada fue con la hermana Emily. Las caricias, que antes eran tímidas e inocentes, ahora se habían vuelto pasionales y ardientes. Alexander comenzó una danza candente que la llevaba a la locura. No sabía qué era lo que buscaba, pero necesita más de eso. Ambos se estremecieron al mismo ritmo que la palpitante flama de la vela que les daba cobijo en medio de la oscuridad. Nunca en su vida se sintió más feliz que en ese instante: al fin pertenecía a alguien. Su corazón al fin estaba en el lugar correcto.

Se levantó para comenzar a ponerse el vestido. Ahora que había salido de la neblina de placer en la que estaba sumergida, llegaba el golpe de realidad. No es que ella se arrepintiera, pero necesitaba saber qué era lo que iba a ocurrir con Alexander. Era consciente de que a lo único que podía aspirar, si la buena fortuna le sonreía, era a ser su amante. Pero se negaba a eso. Ella se

había entregado por amor, porque era una joven decente. Su madre la molería a golpes si le daba esa vergüenza, estaba segura de que incluso la desterraría de la aldea.

—¿Ahora qué sigue, Alex?

—¿Qué quieres decir, preciosa?

—¿Qué sigue después de esto? Odiaría convertirme en tu amante ocasional. Ya de por sí es una tortura trabajar en las cocinas y ver como esas damas te coquetean de manera inapropiada. *Lady Amelia* prácticamente se cree la dueña de la casa, promulga que se desposará contigo. Creo que tengo derecho a saber qué pasará.

—Solo disfrutemos de esto, Emma, nos estamos conociendo y creo que me he enamorado de ti. Espero con todas mis fuerzas ser correspondido.

Emma sintió que su corazón estallaría de la emoción, ella también lo amaba más que a nada en el mundo. Odiaba que la diferencia de clases sociales no les permitiera hacer una vida juntos.

—Yo también te amo, Alexander, pero tengo miedo. Miedo a lo que va a pasar en unas semanas cuando tengas que marcharte. Miedo a que me digas que he sido un juego para ti. Miedo porque sé que nunca podré aspirar a ser algo más que tu amante. Tú tienes que seguir con el legado de tu padre, te convertirás en conde algún día y yo no podré estar ahí.

—No pensemos en el futuro, preciosa, debemos ir despacio. Cuando llegue el momento, si es necesario que renuncie a mi título, lo haré. Por ti, vale la pena dejarlo todo atrás. Lo único que quiero es que estés a mi lado. No renunciaré a ti por nada del mundo.

—Yo no te pediría que renunciaras a tu título, solo quiero estar a tu lado, pero detesto la idea de ser tu amante.

—Y yo lo único que quiero es que me ames, nuestro amor podrá sobrevivir a la adversidad.

Emma sonrió esperando que eso fuera cierto, porque a pesar de que había escuchado que el amor todo lo podía, también sabía que el amor era capaz de llevarte al mismo infierno si era necesario.

Salió del cobertizo procurando que nadie la descubriera. Caminó junto a unos arbustos lo suficientemente altos para que no la descubrieran, pero alguien la agarró del brazo deteniéndola.

—Mira a quién tengo aquí. Te he descubierto, criada. —La voz de *lady Amelia* la estremeció por el miedo de saberse descubierta—. Tu aventura con lord Alexander se ha terminado. En cuanto se entere de esto el conde, te enviará tan lejos que no sabrás ni dónde estás. Ahora vamos a la biblioteca para que hablemos directamente con él.

Emma quiso liberarse de su agarre, pero no podía. La sujetaba tan fuerte que era imposible zafarse. Una mujer que estaba detrás de ella, la cual supuso que era la doncella de *lady Amelia*, únicamente la miraba con pena.

—No hice nada, *milady*, no sé de qué está hablando.

—No me trates como una idiota, criada, los he seguido todas las noches. Sé de su romance, pero lord Alexander necesita una mujer que esté a su altura, y esa soy yo.

—Me iré, de verdad, no volverán a saber nada de mí.

—No lo creo. Ahora camina, el conde aún está en la biblioteca.

Tenía que huir; si el conde se enteraba, estaba perdida. Estaba a punto de golpear a esa mujer, cuando una voz en el pasillo de la casa le puso los nervios de punta:

—¿Qué sucede, *lady Amelia*?

—Conde, me da mucha pena comentarle esto, pero he sorprendido a esta doncella en el cobertizo junto con lord Alexander.

—Sígueme a la biblioteca. Y, *milady*, le suplico que nadie se entere de esto.

—Por supuesto, conde. Soy una tumba.

Emma cerró los ojos, sabía que ahora comenzaría su infierno. En ese momento, se odiaba por no haberle hecho caso a la hermana Emily, pero el amor la había llevado a cometer locuras que ahora pagaría muy caro.

Las palabras del conde cayeron sobre ella como una loza pesada, la había castigado a estar encerrada en el calabozo hasta que lord Alexander se fuera de la casa grande. Nadie supo que la encerraron ahí, lloró de impotencia mientras veía como cerraban la puerta dejándola en completa oscuridad. Eso no le podía estar pasando a ella. Recordó cómo la miraba Alexander mientras le hacía el amor, estaba segura de que la amaba. No podía estar equivocada. Ese hombre al que se había entregado no podía ser un lord sin honor.

Capítulo 20

Emily suspiró mirando la entrada de su casa llena de flores, ese era el día de su sentencia. Connor estaba esperándola junto a la chimenea con el sacerdote que los uniría en matrimonio. Caminó con paso vacilante hasta donde ellos estaban. Quería salir corriendo para evitar unirse a ese hombre, pero no podía. Su madre ni siquiera se había levantado para asistir al enlace. Definitivamente no podía abandonarla en ese estado, aunque su vida se convirtiera en un infierno.

La ceremonia fue tan triste y decepcionante que incluso el sacerdote la miraba con lástima. No tenían anillos de boda, y mucho menos se irían de viaje de novios. Todo el momento estuvo con la mirada anclada al suelo. Estaba tan distraída que no se dio cuenta de que le preguntaban si aceptaba unirse en matrimonio con Connor, hasta que el sacerdote carraspeó sacándola de sus pensamientos.

—*Milady*, ¿acepta unirse en sagrado matrimonio al duque de Windsor?

—Acepto —dijo, pero esa palabra cayó sobre ella como una roca pesada. Acababa de cavar su propia tumba. Ni siquiera escuchó lo que respondió Connor. No reaccionó hasta que oyó pronunciar las palabras «marido y mujer».

Se disculpó con todos, alegando que tenía una fuerte jaqueca, y se fue a su habitación. Se quitó el vestido que la modista le había hecho llegar un día antes, así como todo el vestuario que usaría. Una de las nuevas doncellas llegó para ayudarla y ella no protestó, se sentía prisionera dentro de ese vestido. Veinte años usando los hábitos de la abadía hacían que llevar esas capas de tela la ahogaran. Si no se las quitaba, estaba segura de que se desmayaría. Se recostó en la cama, quería dormir, olvidarse de todo a su alrededor.

La puerta de su habitación se abrió con un fuerte estruendo, su ahora esposo no la dejaría descansar. Emily se quedó quieta con la esperanza de que se retirara y la dejara en paz. Escuchó que cerraba la puerta y un gruñido. Trató de hacer su respiración más pausada para que pensara que estaba dormida.

Lo sintió moverse por la habitación y, después, un movimiento en la cama le hizo saber que se había sentado a su lado. El corazón de Emily comenzó a latir desbocado cuando sintió como acariciaba su espalda. Después de veinte años, aún seguía respondiendo a sus caricias. La mano de él comenzó a vagar por su cuerpo, y Emily lo único que pudo hacer fue contener la respiración. Confiaba en que Connor cumpliera con su palabra: le había dicho que no la tomaría, que para eso estaba su amante.

Su camisón comenzó a subir de manera peligrosa, mientras los labios de Connor dejaban un sendero de besos en cada parte de su piel. Fue imposible que su cuerpo no reaccionara a él y su piel se estremeció con su contacto. Emily se giró para mirarlo a la cara.

—Dijiste que no ibas a tocarme, que tu amante era la que se encargaría de saciar tus necesidades. —Connor la miró, pero no dejó de acariciar su piel. Ahora sus labios bajaban por su cuello haciéndola temblar.

—Ahora eres mi esposa y, como tal, quiero que cumplas con tu papel en todos los sentidos.

—¿Acaso no tienes honor?

—Lo siento, querida, te has unido a un hombre sin palabra y sin honor. Y ahora me perteneces, eres mía, Emily.

Emily quiso protestar, pero los labios de Connor se cernieron sobre los de ella. La cabeza le

daba vueltas, estaba sumergida en una neblina que solo había experimentado con ese mismo hombre, pero en otro lugar. Por mucho que se lo negara, su amor por él no había muerto. Seguía tan vivo y tan latente como las caricias que en ese instante la llevaban a la locura.

Gritó de placer cuando poco a poco entró en ella, ni siquiera se dio cuenta del momento en el que le había quitado el camisón. Era su esposo, ese pensamiento le caló el alma. Se había cumplido su deseo: estar a su lado sin que nadie los separara. Pero, ahora, Connor la encontraba culpable de arruinar su vida. Una lágrima resbaló por su mejilla, pero no era de tristeza, sino de una pequeña alegría. A lo mejor él no la amaba, pero ella sí. Y con eso bastaba.

Sus cuerpos se movían al mismo ritmo de las llamas de la chimenea, imitando la danza del fuego al crepitar. Emily sabía que estaba mal, que tenía que negarse. Tenía que hacerlo cumplir con su palabra de no tocarla, pero la sensación que estaba viviendo en ese instante era su perdición. Si debía pagar por amar a ese hombre, con gusto pasaría la eternidad en el infierno.

No hizo falta que pronunciaran ninguna palabra, únicamente se miraron fijamente. Emily se dio cuenta de que al hombre que se estaba entregando no era el mismo del que se enamoró veinte años atrás, aunque la esencia era la misma. La mirada brillante que exhibía, cada vez que entraba en ella, le dijo que tal vez aún existía una oportunidad para ellos. Ambos gritaron de placer al momento de llegar a la cúspide.

—No llores, preciosa. —Emily temió que la abandonara y se aferró a él como si de una balsa de salvación se tratara—. Sé que dije que no te tocaría, pero deseaba hacerlo.

—No lloro por eso, sino porque muchas noches anhelé esto: estar a tu lado. Pero la vida nos separó. Temo que esto no tenga una solución.

Connor apretó los labios en una fina línea de disgusto.

—Podemos hacerlo de dos maneras, preciosa, dejar el pasado atrás y comenzar una nueva vida, o vivir atormentados por lo que nunca fue.

Él se levantó y la cubrió con la mullida sabana. Se sentó en la cama, mientras Emily se acomodaba también.

—No puedo hacerlo, Connor, no puedo olvidar el pasado. Porque eso sería olvidar una parte de mí que ha sufrido demasiado.

—¿Y piensas que yo no he sufrido, Emily? Tu padre casi me manda a matar. No tienes idea de lo que tuve que hacer para llegar a donde estoy. Y a tu pregunta sobre mi honor... Un hombre que mata para conseguir dinero no tiene el más mínimo honor, y para tu mala suerte te has casado con él.

—Yo no sabía qué era lo que te habían hecho. Todos me dijeron que estabas muerto, que te habían condenado a morir en la horca por mancillar mi honor. Me quise morir en ese instante.

—Y fue prácticamente lo que pasó, Emily, tuve que sobornar a los guardias para que me dejaran en libertad. Y después... El resto no querrás escucharlo, porque es demasiado doloroso. He cometido crímenes imperdonables. Cuando yo era un lacayo decente, no tenía ni un penique, pero era honrado. Hasta que, un día, una niña mimada se atravesó en mi camino.

—Yo también he sufrido, ha habido momentos en los que quise morir. Te llamaba cada noche, entre lágrimas, rogando a Dios para que estuvieras vivo y fueras a rescatarme. Pero eso nunca llegó. Y si de algo me arrepiento es de haber defraudado a mi familia, de haber arruinado tu vida. Porque, aunque no lo creas, sé muy bien que fui la culpable de todas nuestras tragedias.

—No sabes cómo me arrepiento de haberte rescatado ese día, Emily.

—Pues yo no me arrepiento de amarte; me entregué a ti porque eras el amor de mi vida, y nunca me voy a arrepentir de eso. Pero lo que siempre llevaré clavado en el alma es que, por mi maldita

estupidez, nuestro hijo naciera muerto.

Emily ya no lo pudo soportar más, tenía que sacar todos esos sentimientos de una buena vez. Connor la miraba como si la odiara y, por un instante, esa mirada le dio miedo. Miedo a perderlo para siempre. Emily cerró los ojos para evitar mirarlo. Solo escuchó cuando abandonó la habitación de la misma manera en la que había llegado, azotando la puerta.

Capítulo 21

Emma sentía que las fuerzas la abandonarían en cualquier momento. No tenía ni idea de los días que llevaba encerrada en ese oscuro lugar, pero ella sentía que era una eternidad. Por momentos, pensaba que se volvería loca. Había llorado hasta que no le quedaron más lágrimas. Ruth le llevaba de comer una vez por día, mirándola con pena. Las pocas veces que le dirigió la palabra fue para decirle que ella le había advertido que no tenía que seguirle el juego a lord Alexander, y ahora sabía que tenía mucha razón.

No tenía ni la menor idea de qué era lo que le habían dicho a él, pero lo que más le dolió fue que no la buscara. La rendija de la puerta por donde le pasaban el plato de comida se abrió, y Emma vio a Ruth mirándola.

—¿Cómo te encuentras, Emma?

—Mal. Tengo mucho frío y me duele mucho el vientre.

—Come, debes estar agotada.

—Ayúdame a salir, Ruth, por favor. Necesito ver a Alexander.

—El joven hace una semana que partió para Inglaterra con sus amigos y los condes, pero me han ordenado que te mantenga prisionera.

—Me duele mucho el vientre, tengo que ver a la curandera.

—El conde ha dicho que te ha desterrado y tu madre no quiere saber nada de ti. Dice que eres una vergüenza.

En ese momento, a Emma le dio un dolor tan fuerte que la dobló, haciendo que cayera en el frío suelo de piedra.

—Ayúdame, Ruth, por favor. Creo que estoy perdiendo a mi hijo.

Hizo cuentas y se suponía que tenía que manchar su ropa interior dos semanas después de que la encerraran, pero no fue así. La hermana Emily les había advertido de las consecuencias que tenía el tener intimidad con un hombre. Y, aunque lo que la hermana les había contado nada tenía que ver con lo que había sentido mientras estuvo entre los brazos de Alexander, sabía que había la posibilidad de estar en estado. Ruth salió corriendo, sin decirle ninguna palabra. Con dificultad, se levantó el vestido y se dio cuenta de que estaba sangrando. Rezó para que no lo perdiera: era su hijo.

Se escuchó el sonido de las llaves, que abrían la puerta, y Ruth entró de inmediato. Le dijo que uno de los campesinos le ayudaría a llevarla en su carreta hasta donde vivía la curandera. Ruth la ayudó a levantarse y se santiguó cuando vio la sangre en sus piernas.

—Debes de resistir, niña.

—Me duele, Ruth. Me duele demasiado.

—Enseguida llegaremos.

La subieron con mucho cuidado a la carreta del campesino, que estaba cubierta de paja. El dolor se volvía insoportable y el camino de piedras no ayudaba. Cuando llegaron a la casa de la curandera, la bajaron en brazos y ella apretó los labios en una fina línea negando con la cabeza.

—Solo un milagro te puede ayudar, muchacha.

La recostaron en un catre viejo y la mujer subió sus faldas para revisarla. Le dijo que no se moviera, después le preparó un té de hierbas que sabía amargo.

—Tómalo todo. Sabe horrible, pero te ayudará a que paren los dolores.

Emma no se lo pensó dos veces, tomó el brebaje sin hacer pausa. Entonces la curandera le dijo que debería estar recostada todo el tiempo.

—Deberás quedarte aquí hasta que pase el peligro. Me he enterado de que el conde te acaba de desterrar. Aquí estarás bien.

—Puedo ir a casa de mi madre.

—Si supieras la que se montó... Tu madre no quiere ni verte. Y supongo que está muy enfadada por lo que le hiciste al conde.

—No hice nada malo.

—Lo sé, muchacha, esos hombres de sociedad piensan que nos pueden usar a su antojo. Son hombres sin honor, por muy lores que sean. Si se supiera la verdad que esconde esa familia, tal vez el conde no tuviera tantos escrúpulos. —Emma miró a la curandera, pues no comprendía nada. Sentía que los ojos se le comenzaban a cerrar, y dejó que el sueño la envolviera.

El dolor y el sangrado habían parado, pero no se podía levantar de la cama. La curandera le llevaba de comer y la ayudaba a aliviarse. La espalda le dolía por estar recostada, pero todo eso era soportable con tal de no pasar por el miedo de perder a su hijo.

Tiempo después, la curandera entró en la pequeña choza donde vivía. Llevaba el rostro muy serio.

—¿Qué sucede?

—Me han dicho que en la casa grande se montó un escándalo con tu desaparición. Al parecer, Alexander se pasó ayer a buscarte por la aldea. Pero todos le han dicho que te marchaste lejos, tal y como lo dijo el conde.

A Emma se le cortó el aliento: Alexander la había ido a buscar. Su corazón saltó de alegría. Se iba a levantar, pero la curandera la detuvo.

—¿Qué haces, muchacha? ¿Es que acaso quieres perder a tu bebé?

—Debo ir a buscar a Alexander, debe saber que estoy aquí.

—Él es el padre de tu hijo, por eso el conde te odia. ¡Dios!, muchacha, en qué lío te has metido.

—Debo encontrarlo. Llámalo, dile que estoy aquí, por favor.

—Lo siento, muchacha, se ha ido. Debes pensar primero en tu bebé, si es que quieres que tu hijo se logre. Ya después lo podrás buscar, para todo hay tiempo. Ahora estás en los huesos.

Emma no tuvo más remedio que recostarse. Quería llorar, pero sabía que debía ser fuerte. De nada le servía en ese instante derramar lágrimas. La curandera la miraba de manera insistente, como si tuviera miedo de que se fuera a escapar.

—No debes llorar, muchacha. ¿Sabes?, yo atendí a tu madre en el parto. —La mujer se quedó sumida en sus pensamientos, como recordando esa noche.

Sabía por su madre que, la noche en que ella nació, había caído una tormenta. Y que, para su mala suerte, también se había puesto de parto la condesa. Además de la hermana Emily, que en ese entonces estaba encerrada en la abadía, cumpliendo un castigo de sus padres. Y, por supuesto, la curandera no se daba abasto. Aun así, como pudo, ayudó a las tres mujeres a traer a sus hijos al mundo.

—Mi madre me ha contado sobre eso, dice que fue una noche lluviosa.

—Así fue, muchacha. Aunque, a veces, me gustaría contar la realidad de todo lo que sucedió en aquella noche. Cometí un error imperdonable que ha hecho sufrir a una mujer. Fue demasiado tarde cuando me di cuenta. Ahora solo queda esperar a que el destino ponga las cosas en su lugar.

—Fue una tragedia lo que le sucedió a la hermana Emily, pero Dios sabe por qué hace las cosas.

—No es así, niña, en ocasiones las tragedias se pueden evitar. Dios, a veces, permite que la gente lleve a cabo cosas crueles para probar la valentía de otros. Pero en el pecado se lleva la penitencia, y la mía lleva ahogándome veinte años. Debes descansar. En cuanto estés recuperada, te ayudaré a que llegues a casa de mi hermano. Su esposa te cuidará bien.

—Quisiera ver a mi madre antes de partir.

—No es buena idea, muchacha, en la aldea todos te odian, nadie te recibirá. Eres una paria para ellos, has manchado el buen apellido de tu abuelo, así como lo hizo tu madre tiempo atrás. Con mi hermano estarás bien.

—Si todos me odian, entonces, ¿porque me estás ayudando? Deberías despreciarme también.

—Se lo debo a tu madre. Es una deuda que tengo con ella desde el mismo día en que naciste.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Emma consternada. Su madre no era una persona que le hiciera favores a nadie. De hecho, en la aldea la toleraban por su abuelo, pero nadie le ofrecía su amistad.

—No lo entenderías, muchacha, pero algún día mis palabras cobrarán una verdad tan grande... Que incluso hasta el conde, con todo y sus influencias, comenzará a temblar. Ese día encontrarás tu camino.

No sabía lo que significaban esas palabras, Emma lo único que deseaba era recuperarse pronto para irse a un lugar donde el conde y su maldad no la alcanzaran. Por su mente pasó que tal vez podría ir a ver a la hermana Emily, pero no tenía su dirección. Así que lo más prudente era irse con el hermano de la curandera; por lo menos, hasta que pudiera traer al mundo a su hijo. Ya después pensaría qué hacer con su vida.

Capítulo 22

Emily recordaba las palabras de su padre diciéndole que su hermano sabía la verdad, pero la verdad de qué. Eso era lo que más le intrigaba. Bajó a la sala de estar para ver a su madre mirando un cuadro donde su padre posaba, gallardo, parado junto a la chimenea. Se le hacía raro que Connor no lo enviara a quitar. Sonrió a una de las doncellas y se paró junto a su madre, que ni siquiera se había percatado de su presencia.

—Tu padre era tan guapo que, en cuanto lo vi, me quitó el aliento. No pude dejarlo escapar.

Emily sonrió porque, desde el entierro de su padre, su madre no había salido de la habitación hasta ese momento.

—Sí que lo era.

—Aunque cometió muchos errores en el pasado, sobre todo contigo, pero debes perdonarle para que su alma descanse en paz.

—¿Sabes qué quería decir con las palabras que me dijo en el lecho de muerte?

—Nunca quisieron contármelo, también me prohibieron acercarme a la abadía. Tu padre, en sus últimos años de enfermedad, me dijo que estaba muy arrepentido de haberte alejado de nosotros. Que hubiera preferido sobrevivir al escándalo. Supe que te desposaste con el nuevo duque. Lamento que tuvieras que hacerlo por mí.

—El nuevo duque es el mismo hombre con el que traicioné a la familia años atrás, es el hombre que salvó mi vida y al cual me entregue por amor.

Su madre jadeó del asombro.

—¿Cómo lo consiguió?

—No lo sé, madre, pero este matrimonio es una venganza. No me quiere, piensa que le hemos destruido la vida, y tiene razón... Si no me hubiera aferrado a él, si hubiera seguido las instrucciones de mi padre... Todos hubiéramos tomado caminos diferentes donde nadie sufriría.

—Eras una joven enamorada, nosotros debimos darte de nuestro apoyo. Éramos los adultos.

—Ya no debemos pensar en el pasado. Al parecer, mi esposo me ha abandonado después de que le dijera que en la abadía di a luz a su hijo muerto. Lleva cuatro semanas recluido en la casa de campo, no se tomó bien esa noticia. Parecía que estábamos a punto solucionar las cosas, pero al final le he dicho la verdad.

—No lo sabía, Emily, tu padre me ocultó todo esto. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Pienso regresar a la abadía, necesito saber qué es lo que quería decir mi padre. Le enviaré una nota a Connor para que sepa dónde estoy, espero que no se moleste más. Saldré mañana por la tarde, una de las doncellas me acompañará.

—Iré contigo, déjame acompañarte.

—De acuerdo. Es momento de conocer ese misterio que tanto ocultaron.

Emily envió la nota esa misma mañana, esperaba que su marido no se presentara para evitar su partida, tenía el presentimiento de que su tío sabía algo muy importante.

Las ruedas del carruaje hacían ruido al avanzar por las calles empedradas, pronto entrarían por el camino principal que las llevaría a la abadía. Por suerte, su esposo no se presentó para impedir que huyera. Sabía que tenía que darle tiempo. Ella había tenido veinte años para asimilar el doloroso episodio de su vida, pero Connor apenas estaba descubriendo la verdad de las consecuencias de su capricho. Por un momento, pensó que las palabras de su esposo eran ciertas,

ya que ella se empeñó en seguir los latidos de su corazón sin ponerse a pensar en otra cosa que no fuera estar cerca del hombre que amaba. Recordó que, al principio, Connor la había rechazado. Mil veces le había hecho hincapié en que eran de clases sociales diferentes; pero ella, en su enamoramiento, no entendía de razones.

Suspiró mirando la ventisca que estaba cayendo sobre ellas. Esperaba que no les cayera una tormenta en el camino, porque no se detendrían en ninguna posada. Su madre estaba dormitando, recargada en uno de los laterales del carruaje. La miró y vio que su cansancio era muy notable. Había envejecido en unos días, la muerte de su padre le había afectado demasiado.

Por más que le daba más vueltas al asunto, no sabía de qué podía tratarse ese secreto que su padre quería que supiera. El suave traqueteo hizo que se adormilara también, pero se despertaba sobresaltada cada poco tiempo. Tenía el presentimiento de que algo malo estaría por suceder, aunque tal vez el dolor en su pecho fuese por pensar que su esposo la despreciaba. Ni siquiera le dio la oportunidad de decir cómo se sentía.

La imponente puerta de la abadía les dio la bienvenida. Emily recordó la primera vez que llegó a ese lugar, todo el sufrimiento que pasó. Su primer instinto fue visitar la tumba de su hijo. Descendió del carruaje con ayuda de un lacayo y su madre bajó detrás de ella. El cuerpo le dolía de pasar tanto tiempo sentada. Miró la enorme puerta y comenzó a acercarse con pasos pequeños: mientras vivió dentro de esas paredes fue la mujer más infeliz que existiera. La puerta se abrió dejando ver a la hermana Celestina, que en cuanto la vio se acercó corriendo para abrazarla.

—¡Por Dios! Emily, estás tan hermosa vestida así.

—Hermana Celestina, no sabe cómo la he extrañado.

—Aquí también se te echa de menos; sobre todo las alumnas, que extrañan las clases.

—¿Cómo está Emma? —preguntó alejándose de la hermana. Al verla apretar los labios de disgusto, se preocupó.

—No sé qué es lo que ha pasado. Un día se presentó su madre diciendo que la habían contratado en la casa grande para que ayudara en las cocinas. Después supimos, por una de las criadas, que a la pobre chica la habían expulsado de la casa grande. Y que, por órdenes del conde, se tenía que marchar de la aldea.

—Dios, no puedo creer que Emma hiciera algo tan malo para merecer eso.

—Nosotras tampoco. Tratamos de hablar con el ama de llaves de la casa para que nos dijera el paradero; pero, al parecer, no sabía nada. Además, Emma escapó del lugar donde la tenían castigada.

—Debemos buscarla, no pudo haber ido muy lejos. Necesitará ayuda.

—Una mujer, que es esposa de uno de los campesinos, nos dijo que la habían llevado con la curandera. Pero, aunque le enviamos una nota para que se presentara aquí, la mujer nunca se presentó.

Emily estaba preocupada; tenía que buscarla, estaría asustada.

—Hermana Celestina, necesito hablar con mi tío.

—En un momento te anuncio. Seguro que se alegrará de verte.

Emily sonrió porque, en todo el tiempo que estuvo ahí, el hermano de su padre nunca tuvo una palabra cariñosa para con ella. La trataba igual que a otras novicias y, por supuesto, cumplía las mismas obligaciones y castigos que las demás.

La hicieron esperar en el mismo lugar donde esperó la primera vez a que su padre hablara con su hermano para definir su destino. Después de unos minutos, que a Emily le parecieron una eternidad, la hermana Celestina salió del despacho diciéndole que pasara. Ofreció a su madre una

taza de té con pastas, y se fueron juntas con rumbo a la cocina.

Con el corazón latiéndole desbocado por el recuerdo de ese mismo despacho, caminó con paso lento hasta entrar.

—Emily, me alegra tenerte aquí de nuevo. Me llegaron noticias de que te desposaste con el nuevo duque de Windsor. Me alegro por ti.

—Mi padre murió —dijo Emily.

—También me he enterado de eso, lo lamento, pero son los designios del Señor Nuestro Padre. Ahora está a su lado.

—Eso espero. Pero lo que me trae hasta aquí es que mi padre, en su lecho de muerte, me dijo que usted sabía la verdad de algo. Necesito saber qué es lo que quería decir.

Su tío suspiró como si estuviera cansado, mientras miraba el fuego de la chimenea, que estaba encendida.

—Pensé que era algo que mi hermano se llevaría a la tumba.

—Necesito saber qué es lo que me ocultan —rogó ella sentándose en la silla que estaba frente al escritorio.

—Esto que te voy a decir afecta a muchas personas, Emily, pero sobre todo te afecta directamente a ti. Esa noche marcó la vida de tres mujeres, y es algo que siempre cargaré como un pecado.

—¿De qué noche habla?

—La noche que estuviste de parto nacieron tres bebés. —La mirada de Emily se ensombreció al recordar ese día tan doloroso—. Dos nacieron vivos y uno, desgraciadamente, murió. Tu padre no quería saber nada de tu hijo. Esa noche el conde necesitaba un hijo para su esposa, que acababa de dar a luz a un varón muerto. La misma noche, Eleonor, la hija del panadero, alumbró a un niño sano. La curandera se encargó de hacer el cambio de bebés.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo?

—El hijo que te dimos, el bebé que estaba muerto, no era tu hijo. Emily, tu hijo nació vivo. Intercambiamos los bebés: le entregamos el niño que tuvo la hija del panadero al conde para hacerlo pasar por su heredero; el hijo muerto del conde te lo dimos a ti, para que pagaras tu pecado; y a la hija del panadero le dimos una bolsa de monedas para que se quedara con tu hija.

Capítulo 23

Emma escuchó los golpes en la puerta de la casa de la curandera. No tenía idea de quién podría buscarla, pero siempre había alguien que la necesitaba, ya fuera para que les diera algún remedio para las fiebres o para que asistiera algún parto. Emma se asombraba de las fuerzas que tenía esa mujer.

Se levantó de la cama para abrir; quienquiera que fuera la persona detrás de la puerta, tenía prisa. Llevaba días en reposo; pero, aun así, la curandera le dijo que no debía moverse. Cuando abrió la puerta, se quedó impresionada. Una lágrima cayó por su mejilla al ver a la hermana Emily del otro lado. Sin saber muy bien por qué, se lanzó a sus brazos necesitando su protección. La había extrañado tanto... Ahora que la tenía frente a ella, se sentía mucho más segura.

—Le he fallado, hermana Emily, no hice lo que me dijo. —Emily no pudo contener el llanto, la madre de Emily miraba todo mientras lloraba detrás de ellas—. He deshonrado a mi familia, me han echado de la aldea.

—No digas nada, Emma, no le has fallado a nadie. Dime, ¿dónde está la curandera? —dijo Emily borrando las lágrimas de su rostro. Veinte años su corazón había estado muerto, llorando a una tumba que no pertenecía a su hijo.

—Ha salido a buscar unas hierbas que necesitaba. No tardará en regresar. Pero pase, debo mantener reposo.

Emily pasó a la pequeña choza. Su madre entró detrás, asombrada de ver que alguien pudiera vivir en un lugar tan pequeño.

—Cuéntame qué fue lo que pasó, Emma.

Al principio, Emma ocultó la mirada, como si estuviera avergonzada. Pero después la miró a los ojos y suspiró, reteniendo las lágrimas.

—Me ofrecieron trabajo en la casa grande, yo no quería porque trataba de evitar a lord Alexander a toda costa. Usted me había dicho que me alejara de él y así lo quería hacer, pero fui para complacer a mi madre. Aunque traté de resistirme, me enamoré de él y me entregué por amor. Ahora me han dicho que estoy desterrada de la aldea. Una de las damas de sociedad, que estaba en la casa de visita, nos espiaba. Se corría el rumor de que ella quería casarse con lord Alexander, así que nos descubrió y me llevó con el conde. Después me encerraron en un calabozo de la casa donde Ruth me llevaba la comida.

—Es una atrocidad lo que ha hecho el conde —profirió Emily furiosa.

—Era mi castigo, cometí un error y lo pagué muy caro. Dentro del calabozo, me di cuenta de que había quedado en estado. Ruth me ayudó a escapar porque estaba sangrando. —Emma lloraba desconsoladamente, mientras Emily le acariciaba la espalda reconfortándola, diciéndole que todo estaría bien.

La puerta de la choza se abrió, entrando por ella la curandera, que al ver a Emily se puso pálida y trató de salir de la casa.

—¡No, espere! —gritó Emily, corriendo fuera de la casa para alcanzarla. En cuanto la sujetó del brazo, la mujer se puso a llorar diciendo que ella no tenía la culpa.

—Deje de llorar y dé gracias a Dios de que mi esposo no ha venido conmigo. Ahora va a entrar a la choza y nos va a contar la verdad.

—No quise hacerlo, niña, lo juro. Pero los hombres nos mandan. Solo seguí las órdenes que me

dieron.

Entraron en la choza y Emma las miró, desconcertada por la escena.

—¿Qué sucede? ¿Por qué quería huir?

—Emma, tenemos que contarte algo que sucedió el día en que naciste.

Se quedaron en silencio esperando que la curandera empezara a hablar. La mujer se veía nerviosa y Emma no entendía nada. Si bien el día de su nacimiento había sido un poco tormentoso, tampoco era nada especial.

—Cuando te dije que te ayudaba porque se lo debía a tu madre, no mentía, niña. —Escuchó que decía la mujer, mirando de reojo a la hermana Emily—. La noche en la que naciste, nacieron dos niños más. Cuando fui a atender a la condesa en su parto, por culpa de la tormenta llegué tarde, al igual que el médico. La condesa estaba sin sentido en medio de las sabanas cubiertas de sangre y su hijo, muerto. Eleonor había cometido un desliz, y esa misma noche horas antes había dado a luz a un sano varón. El conde me pidió que cambiara a los niños para que la condesa no sufriera. Hablé con la que hasta ahora has creído que es tu madre y aceptó dar a su hijo para que llevara una vida como hijo de un conde.

Esas palabras la dejaron impresionada por la magnitud de lo que había pasado hace veinte años. Por su mente pasó el pensamiento de que Alexander no era hijo de los condes, sino más bien hijo de la que hasta ese día pensaba que era su madre. Por eso el extraño comportamiento de su madre con Alexander, ese deseo por verlo.

—¿Me están diciendo que Eleonor no es mi madre? —Una lágrima resbaló por su mejilla. Aunque había sufrido abuso por parte de su madre, ella la quería, era su única familia.

—No, no lo es. Esa misma noche *lady* Emily tuvo un parto complicado, no creí que lo fuera a lograr, pero tuvo una niña hermosa y muy saludable. El sacerdote de la abadía me envió a dejar la niña en casa de Eleonor, que a cambio recibiría una bolsa de monedas. Y en los brazos de Emily pusimos el hijo muerto del conde, al que ha llorado por veinte años frente a su tumba.

Emily y su madre lloraban mientras la miraban.

—Tú eres mi madre —sollozó Emma mientras el llanto la inundaba. Siempre deseó que su madre la tratara con el mismo cariño que la hermana Emily.

Emily se levantó temerosa, para acercarse a ella, como si tuviera miedo del rechazo. Ambas habían sido víctimas del destino y de la maldad de las personas. Emma se levantó para abrazar a Emily, ambas lloraron mientras reían de felicidad. Ambas sentían que estaban completas, ambas sufrían por no tener el amor de las personas que más amaban. Emma siempre soñó con tener una madre cariñosa y que la amara, y el corazón de Emily añoraba la existencia de un hijo que creía muerto.

—Hija, debemos marcharnos, la abadía está a punto de cerrar. Mañana podrás venir a visitar a Emma.

—Mañana vendré a visitarte. En cuanto te recuperes, nos marcharemos a Londres. —Por la mente de Emily pasó el pensamiento de que Connor a lo mejor no se tomaba muy bien la noticia de que el hijo que creían muerto era una niña y estaba viva.

—De acuerdo, madre. —Escuchar que la llamaban «madre» hizo que el corazón de Emily se exaltara de felicidad.

—No sabes lo feliz que me haces al llamarme «madre».

—Ya no eres novicia.

—No, ya no lo soy, ahora soy la duquesa de Windsor. Y mi esposo es tu padre.

—Tengo un padre —declaró ilusionada sonriendo.

—Sí, aunque él piensa que su hijo está muerto. Pero estoy segura de que, en cuanto se entere, se alegrará por la noticia.

—Estoy deseando conocerlo.

Emily le dio un beso en la frente, y después se marcharon a la abadía. Por ese día necesitaban pasar la noche en ese lugar, aunque Emily no tuviera buenos recuerdos de ahí. Ahora, por estar al lado de su hija, se quedaría el tiempo que fuera necesario.

Ella quería salir de inmediato para Londres, pero Emma no estaba en buen estado de salud para hacer un viaje, pues pondría en peligro la vida de ella y del bebé que esperaba. Emily suspiró cansada, su vida ahora estaba cobrando otro sentido. Se recostó en el pequeño catre de su antigua habitación. Sobre una mesilla estaba su libro de rezos, el crucifijo al que dirigía sus oraciones estaba en la pared. Por primera vez en veinte años, sus rezos no serían de dolor y lamento; no, esta vez serían de agradecimiento.

Tenía miedo a la reacción de Connor. Desde que le confesara lo que ella creía que era verdad, no quería verla. Suspiró pensando en que algún día se tendría que enfrentar a él. El sonido de unos pasos, acercándose a toda prisa, la puso alerta. La puerta se abrió de golpe, y ahí estaba parado su marido mirándola con ganas de matarla.

—Connor —dijo ella en un susurro.

Capítulo 24

Su marido tenía una mirada asesina que jamás había visto en él, y Emily no tenía ni la menor idea de por qué.

—¿Qué haces aquí, Connor? Te envié una nota diciéndote a dónde venía.

—Eres mi esposa, Emily, no puedes marcharte. Debes acatar las órdenes que te doy —exigió tomándola del brazo y levantándola—. Ahora, prepara todo porque nos marchamos en este instante.

—No —rehusó ella sacando a relucir un poco del carácter que tenía.

—No te estoy preguntando, Emily, ya me cansé de tener que hacer todo a tu antojo. He dicho que nos vamos en este instante.

—No puedo abandonar a mi hija en este momento.

Connor la miró como si estuviera loca.

—¿Has perdido el juicio, mujer? Tú no tienes una hija.

—Mi padre, antes de morir, me dijo que mi tío sabía la verdad sobre un secreto. Por eso necesitaba venir para enterarme de todo. Y esto que voy a contarte te afecta también a ti.

Connor soltó su brazo, dejándola libre. Emily, nerviosa, comenzó a caminar de un lado a otro.

—Durante veinte años me hicieron creer que mi hijo había nacido muerto, pero la realidad era otra. Esa noche cayó una tormenta, la partera asistió a tres mujeres esa noche. La primera tuvo un varón sano, y la condesa dio a luz a un niño muerto. El conde, al enterarse de que la otra mujer había alumbrado a un niño, envió a la curandera para decirle que le diera a su hijo. Mi padre se había enterado de que estaba en estado, y desde el primer momento dijo que por él nos podíamos morir los dos.

Connor apretó los labios en una fina línea de disgusto; pero, aunque se veía que estaba furioso, trataba de contenerse.

—El hermano de mi padre es el sacerdote que dirige la abadía, se tomó muy en serio las palabras de mi padre y le dio a mi hija a la misma mujer que aceptó regalar a su hijo. Le pagaron unas monedas por hacerse cargo de ella, y a mí me dijeron que mi hijo estaba muerto.

—Y cómo sabes que no te están mintiendo en este momento.

—Tendrías que conocerla. Es muy parecida a ti en muchos aspectos —reconoció Emily sonriendo, aunque sus ojos estaban empañados por las lágrimas—. Algo de ella me hacía tenerle un cariño muy especial sobre las demás chicas que venían a mis clases. Y mi corazón me dice que es mi hija. He estado llorando a una tumba durante veinte años, he llorado por no perdonarme al pensar que tú también estabas muerto —recordó, ya sin poder contener el llanto. Unos brazos la rodearon para consolarla, eran los mismos brazos que veinte años atrás habían sido su refugio. Connor levantó el rostro de Emily para besarla con ternura, era como si el tiempo se hubiera detenido.

—No llores, preciosa, ahora sabes la verdad.

—Sí, pero he perdido tantos años al lado de mi hija... Siempre mirándola de lejos, siendo su paño de lágrimas cuando su madre la maltrataba. Esa mujer no la quería lo más mínimo, la golpeaba todo el tiempo.

—No podemos cambiar el pasado, debemos aprender a vivir con él.

—¿Tú serás capaz de olvidar todo el daño que te hicimos? ¿Serás capaz de olvidar que, por mi

capricho, echamos tu vida a perder?

Connor sostuvo el rostro de Emily con las manos para que lo mirara.

—Dímelo, Emily, dime que fue un capricho y que no me amaste de verdad. Porque aunque me lo niegue, aunque haya pasado estos años tratando de odiarte, tratando de sacarte de mi corazón, no lo he conseguido.

El corazón de Emily saltó de emoción; la seguía amando, estaba segura de que era así. Miró sus ojos, esos ojos que la habían atormentado durante años.

—Nunca fuiste un capricho, Connor. Para mí nuestro amor fue real, tan real que a pesar de estar separados nunca logré sacarte de mi corazón. El mismo día que me salvaste, ese día supe que era tuya para siempre.

Los labios de él bajaron de manera peligrosa sobre los de ella, y Emily solo pudo cerrar los ojos para disfrutar del momento. Llevaba años anhelando que él volviera, que no estuviera muerto y la rescatara de estar recluida en esa tristeza. Su vida estuvo literalmente apagada, al igual que la esperanza de alcanzar la felicidad.

El beso fue subiendo en intensidad. Era increíble cómo, a pesar del tiempo, la pasión entre ellos seguía ahí, intacta al igual que en el pasado. Las manos de Connor comenzaron a vagar por su cintura, para después comenzar a desabrochar los botones que sujetaban su vestido. Emily tembló de deseo. Las capas de ropa comenzaron a desaparecer, dejándola cubierta por su fino camisón. Connor la tomó entre sus brazos, depositándola en la pequeña cama de la habitación. Sus labios fueron recorriendo todo su cuerpo, provocándole miles de estremecimientos. Se miraron a los ojos sin necesidad de decir ninguna palabra. No hicieron falta, porque lo único que importaba era que se amaban y que por fin podían dejar el pasado atrás.

El amanecer los sorprendió abrazados. Emily mantuvo los ojos cerrados, rogando porque lo que había pasado el día anterior no fuera un sueño. Una caricia en la espalda le dijo que no estaba sola, se giró para quedar frente al hombre que más había anhelado.

—Estás aquí.

—Sí, preciosa, y no me iré nunca más. Ahora debemos levantarnos antes de que vengan a buscarte, tal vez a tu tío no le agrada la idea de que hayamos compartido habitación.

—Eres mi esposo, nadie debería ver mal el que durmamos juntos. Pero tienes razón, debemos levantarnos, es momento de que te presente a Emma —propuso Emily sonriendo.

—Nunca estuvo en mis planes ser padre. Y, para ser sincero, estoy nervioso.

—Serás un buen padre, pero tengo algo que contarte sobre nuestra hija.

Emily le puso al tanto de lo que Emma había pasado y de lo que pensaban hacer. Al parecer, Connor había visto al conde en las sesiones del parlamento. Ni por un momento creyó que un hombre que presumía de su honor fuera una persona despreciable.

—Lo mataré en cuanto lo tenga frente a mí.

—No, cielo, debemos pensar todo con la cabeza fría. Nuestra niña ya ha sufrido mucho. Merece ser feliz, pero mucho me temo que solo podrá serlo con lord Alexander.

Llegaron a la casa de la curandera y los recibió Emma con una sonrisa, pero al ver a Connor su gesto se desvaneció.

—¿Nos invitas a pasar, Emma?

—Claro, son bienvenidos.

Al principio, se mostró un poco a la defensiva con Connor; pero, en cuanto vio la felicidad reflejada en su rostro, se relajó un poco.

—Emma, ¿cómo te encuentras hoy?

—Bien, madre, un poco dolorida, pero con más fuerzas —concretó Emma mirando de manera constante a Connor.

—Me alegro. Hoy he traído a alguien que quiero que conozcas. Emma, te presento al duque de Windsor: mi esposo.

Ambos se quedaron mirando, como evaluando la reacción del otro. El parecido entre ellos era grande. Emma, dejando atrás la cautela, se arrojó a los brazos de Connor y él la recibió de la misma manera. Emily observaba en silencio, pero su corazón estaba radiante de alegría. Al fin había recuperado lo que la vida le había arrebatado en el pasado. Cuando se separaron, ambos tenían los ojos inundados de lágrimas.

—Ahora tengo una familia —dijo Emma, limpiándose una lágrima, y se sentó en el pequeño catre con la mirada triste.

—¿Qué sucede, Emma?

—No puedo volver con ustedes, estoy en estado y eso solamente sería un escándalo para su linaje. Soy una deshonra para cualquier familia.

—No digas eso, Emma, volverás con nosotros a Londres y te convertirás en lo que debiste ser desde que llegaste a este mundo. Ahora no eres la hija de alguien cualquiera. Eres la hija de un duque, y quienquiera que se atreva a hacerte un desaire tendrá que pagar las consecuencias —aseguró Connor mirándola muy serio.

—Tu padre tiene razón, ahora eres nuestra hija y como tal debes vivir. Ya verás como la vida comenzará a sonreírnos.

Capítulo 25

Emma miraba a través de la ventanilla del carruaje, el traqueteo de las ruedas sobre las piedras la estaba comenzando a adormilar. Estaba nerviosa, la vida le había cambiado de un momento a otro. Ahora se encontraba con la noticia de que tenía una familia, algo de lo que siempre había carecido. Sus padres iban sentados frente a ella, tomados de la mano. Se notaba que, a pesar de todo lo que habían sufrido, se amaban. Su abuela había salido horas antes en otro coche, acompañada de una doncella, así estarían más cómodos en el viaje.

El sonido de un disparo los sobresaltó, poniéndolos alerta. El carruaje comenzó a ir más deprisa, aunque Connor golpeó la puertecilla de comunicación, y el cochero le gritó que era un intento de asalto. Emily se sentó junto a Emma y la abrazó como si de esa manera pudiera protegerla.

Los disparos comenzaron a escucharse más cerca. Connor abrió una portezuela que estaba oculta en el carruaje para sacar una pistola, mientras Emily veía todo con los ojos inundados de miedo.

—Connor, te pueden herir.

—Descuida, cielo, sé lo que hago, ustedes manténganse protegidas.

No supo qué fue lo que pasó; pero, de un momento a otro, se desató el caos. Los instantes que pasaron fueron un verdadero tormento. Los nervios las comenzaron a traicionar. Connor se asomaba por la ventanilla que tenía el carruaje en la parte de arriba para disparar.

Los disparos cesaron y el carruaje comenzó a avanzar más despacio. Se detuvo por un instante y el cochero abrió la puerta, mirándolos nervioso.

—Milord, ¿se encuentran bien?

—Sí, Jeremy.

—No han sido forajidos, milord, apuntaban directamente al carruaje con intención de matar a alguien. Si usted no hubiera disparado, seguramente alguien hubiera salido herido.

Emma escuchaba atentamente, un escalofrío recorrió su espalda. Ahora que sabía que el peligro había pasado, los nervios la estaban matando. Sintió que le ardía la espalda, como si le quemara la piel. Se llevó la mano hasta donde tenía el ardor y, cuando vio su mano manchada de sangre, comenzó a temblar de miedo.

—Madre... —murmuró pálida como la nieve—. Creo que estoy herida.

Connor escuchó las palabras de Emma y ordenó al cochero que fueran más deprisa hasta llegar a Londres.

Con ayuda de Emily, la recostaron en el suelo del carruaje. Connor le revisó la herida, que sangraba de manera abundante. Emily lloraba a su lado, sin consuelo.

—Tranquila, cielo, enseguida te verá un médico.

Emma sonrió para tranquilizarlos, pero sentía que las fuerzas la abandonaban.

—Estoy contenta de encontrarlos —dijo en un susurro, sentía que la espalda le quemaba, e incluso le dolía respirar. Cerró los ojos dejándose llevar por la neblina que la estaba invadiendo. No supo qué pasaría con ella, tampoco escuchó como sus padres gritaban al cochero que se diera prisa.

Ignoraba cuánto tiempo había pasado. Un dolor lacerante la estaba matando. Abrió los ojos para ver que su padre la sostenía del hombro, tratando de evitar que se moviera. Sintió como si un

rayo la traspasara, debido al dolor que sintió.

—Descuide, *milady*. En cuanto saque la bala, se sentirá mejor.

Emma no podía pensar. Gritó al sentir que la desgarraban por dentro, y se dejó llevar por el dolor dando gracias a que la obscuridad la invadía de nuevo.

Cuando volvió en sí, la luz que traspasaba la ventana comenzaba a molestarla. Emma sentía que le dolía cada parte de su cuerpo. Abrió los ojos y se dio cuenta de que su madre estaba junto a ella, limpiándole la frente con un paño.

—Hola.

—Nos has dado un susto de muerte, Emma.

—Lo siento, ¿cómo está mi bebé? —inquirió con el miedo reflejado en sus ojos.

—Ambos están bien, ahora solo debes pensar en recuperarte. Tu padre está de los nervios porque no te despertabas. Le diré que pase.

Su padre entró en la habitación, a Emma aún le costaba amoldarse a esa nueva vida. Sonrió tratando de ser fuerte; aunque, en realidad, el dolor de la herida la estaba matando.

—¿Cómo te encuentras, hija?

—Bien... Encuentro muy raro el que se refieran así de mí. Han sido tantos años de estar sola que ahora no sé cómo compórtame con ustedes.

—Todos nos acostumbraremos, debemos ir paso a paso.

Emma esperaba que así fuera, tenía miedo de fallarle a sus padres. Ya de por sí tenían que lidiar con la deshonra que ella misma se había provocado. Porque, aunque no fuera de la alta sociedad, lo único que las mujeres tenían era su virtud y decencia. Y ella había entregado las dos a un hombre que tal vez no la amaba. Sabía que la había ido a buscar, pero solo un día. Ahora los dos estaban en Londres y esperaba no tener que encontrárselo en ningún lugar.

Aunque su recuperación era un poco lenta, después de dos semanas se pudo levantar de la cama. Le asignaron a una joven como doncella, la cual se llamaba Stacy, una chica muy platicadora que le hacía compañía y le ayudaba a saber cómo comportarse en sociedad.

—Bien, *milady*, esa es la forma correcta de tomar la taza. Recuerde levantar el dedo meñique de manera elegante.

—No me llames «*milady*», me siento extraña.

—Es lo correcto, *milady*, me llevaría una regañina si la llamara de otra forma.

—Es que no me gustan tanto las formalidades.

—Pues debe acostumbrarse; porque, al parecer, su excelencia quiere hacer una fiesta para celebrar la boda de sus padres y su reunión con usted.

—Dios, a veces pienso que no merezco estar aquí.

—No diga eso, *milady*, sus padres la adoran.

—Pero mancharé a la familia, seré una deshonra.

—Nadie tiene por qué enterarse de su pasado.

—En unos meses mi pasado se me notará, y ahí no habrá vuelta atrás. —Su vientre aún no era muy notorio, debido a que cuando estuvo recluida casi no se alimentaba.

—Su excelencia lo solucionará.

—Eso espero, Stacy.

Las dudas la comenzaron a asaltar. Aunque al parecer sus padres se estaban adaptando muy bien a la idea de formar una familia, ella tenía ciertas dudas. Nunca, ni en sus más alocados sueños, se imaginó que terminaría siendo la hija de unos duques. Escuchar que la llamaban «*lady*» la dejaba desconcertada, por momentos sentía que estaba viviendo una vida que no era la de ella.

Dos semanas después, se estaba recuperando muy bien, aunque la herida aún la tenía muy sensible. En cuanto pudo levantarse y salir de la casa, se presentó a todo el servicio. Y es que, a veces, se sentía observada. Por fortuna, el médico le dijo que el bebé estaba bien. Apenas se le comenzaba a notar, pero ella sentía que todos la mirarían con reproche.

—¿Qué sucede, hija? —Escuchó que le decía su madre.

—Tengo miedo, no quiero que ustedes se vean salpicados por mi deshonra. Ustedes ya han sufrido mucho.

—Emma, cielo, en este momento nada me hace más feliz que tenerte a mi lado. Y, si para eso tenemos que enfrentar al escándalo, no me importa. Aparte, tus circunstancias son distintas. No sabías que pertenecías a la nobleza. —Emily miró en los ojos de su hija y se dio cuenta de que su tristeza no era simplemente por estar en estado—. Pero eso no es lo único que te preocupa, ¿verdad?

Emma no respondió, únicamente se quedó mirando al suelo como si fuera lo más interesante del mundo.

—Extrañas a ese hombre.

Una lágrima rodó por la mejilla de Emma. Su madre tenía razón: podía decir que estaba alterada por todos los cambios que había tenido en su vida, pero la verdadera razón era que extrañaba a Alexander. No lograba entender que ese hombre se le hubiera metido tan profundo en el corazón, al grado de no poder dormir. Y, si lograba conciliar el sueño, soñaba con él. Con sus caricias, con la manera en que la miraba.

—No sé qué es lo que me pasa, me abandonó dejándome a mi suerte, no entiendo cómo puedo sentir algo por un hombre que ha jugado conmigo.

—Eso se arreglará. Estoy segura de que, en cuanto te vea, no te dejará de nuevo. Ahora eres su igual, su padre no puede oponerse a que estén juntos.

—Y, si la verdad se llega a saber, ¿qué sucederá?

—Al que menos le conviene que se sepa todo es al conde. Todo estará bien, ya lo verás. Lo verás en el baile que organizaremos, le enviaré una invitación para que asista. Aunque debo comunicarte una noticia que me dijo tu padre ayer por la mañana. Al parecer, lord Alexander se ha comprometido con *lady* Amelia.

Esas palabras cayeron como una loza pesada en su espalda. Sabía que *lady* Amelia estaba muy interesada en él; pero Alexander, entre susurros de amor, le había dicho que únicamente la quería a ella. Tal vez Emma había malinterpretado sus palabras y sus besos.

Capítulo 26

Emma sentía que se desmayaría en cualquier momento, tenía la sensación de que las capas de ropa le apretaban tanto que la ahogarían. *Madame* Monique le ayudó para elegir su vestuario, esa noche le habían preparado un precioso vestido en tonos lila con encajes finos en color blanco. Su doncella le había hecho un precioso recogido, haciéndole unos lindos tirabuzones que le caían de manera graciosa sobre el hombro. Estaba parada junto a sus padres en la entrada del enorme salón de baile de la que ahora era su casa.

Sonrió de nuevo a la pareja que llegaba para la presentación. La condesa de Keston era una mujer muy hermosa, con un cabello rojo que parecía brillar con luz propia. El conde la miraba enamorado y la sujetaba por la cintura como queriendo tenerla cerca de él. La fiesta que daban sus padres era solamente para festejar su boda. Su madre le había contado la historia de su amor en el pasado, y le parecía increíble que la propia familia de su madre la hubiera traicionado de esa manera. Pero ahora los miraba a los dos y parecían de verdad felices, como si estuvieran destinados el uno para el otro. No le quedaba la menor duda de que su amor sería para siempre.

—Hija, debes estar preparada.

—¿A qué te refieres, madre?

—Ha llegado lord Alexander, y por lo que veo viene acompañado de *lady* Amelia.

El corazón de Emma se detuvo. Al parecer, era cierta la noticia de que estaban comprometidos. Contuvo el aliento, su loco corazón latía de forma desbocada. La última vez que lo había visto fue el día que *lady* Amelia la había llevado ante la presencia del conde. Se dio cuenta de que, detrás de Alexander, venía el conde de Norfolk con su esposa. La condesa era una mujer muy bella, pero padecía de salud delicada. En lo poco que sirvió en la casa, nunca la vio, pues siempre se la pasaba en su habitación, y ella nunca tuvo acceso a esa parte de la casa. Su tez era demasiado pálida, mientras su cuerpo parecía cansado.

El conde de Norfolk se acercó hasta ellos sonriente. Alexander estaba besando la mano de su madre y Emma sentía que desfallecería: un segundo más y él notaría su presencia.

—Lord Alexander, deje que le presente a mi hija, *lady* Emma.

Alexander sonrió; pero, cuando reconoció su rostro, la sonrisa murió al instante. Tal parecía que había visto un fantasma, aunque ese gesto solo duró unos segundos. En cuanto se recompuso, la miró fijamente mientras tomaba su mano de manera delicada, para depositar un suave beso. *Lady* Amelia la observaba con los ojos como platos. Alexander parecía no querer soltar su mano; si tardaba unos minutos más, estaba segura de que la gente a su alrededor comenzaría a murmurar.

Sus padres decían que estaba todo bien; pero, en realidad, había escuchado que algunos caballeros estaban inconformes con que su padre hubiera comprado el título. Así que, si no aceptaban a su padre, mucho menos a ella.

Cuando fue el turno del conde de presentar sus respetos, la miró con un aire de suficiencia. Pero, de cualquier manera, le hizo una reverencia y depositó un beso en su mano. Aunque trató de esconder su mirada de repulsión, sabía que su presencia no traería nada bueno.

El tiempo que pasaron dando la bienvenida a sus invitados se le hizo eterno. Cada poco, su mirada vagaba buscando al culpable de sus desvelos.

—Disimula un poco, querida, que no se dé cuenta de que estás desesperada por hablarle.

Las palabras de su madre la trajeron al presente. Miró sonriente al joven que estaban

presentándole, el cual la miraba casi con adoración. Eso le pareció extraño, nunca se sintió como una mujer bonita que atrajera miradas.

—*Milady*, espero que me reserve un baile.

—Será un placer, milord.

El joven, del que no recordaba ni el nombre, caminó mirándola de reojo. Las manos le comenzaron a sudar del nerviosismo.

—Lo estás haciendo muy bien, cielo, verás como dentro de poco te sentirás mejor.

Emma sonrió pensando que su madre era muy optimista, pero esperaba que no se equivocara. Su padre le había enseñado a bailar, se había sorprendido de lo mucho que tuvo que esforzarse para desenvolverse de esa manera entre la sociedad. Por lo que sabía, él era un simple lacayo cuando conoció a su madre.

—Vamos, preciosa, es hora de que comencemos el baile. —Escuchó que le decía su padre a su madre mientras la tomaba de la mano. Con cariño, la condujo hasta el centro de la pista. Las notas comenzaron a sonar al compás de un vals. Su madre estaba hermosa, tanto que los caballeros la miraban constantemente.

Ciertamente, Emily pensaba que nunca había sido tan feliz como en ese momento, que se encontraba entre los brazos del hombre que amaba. En ese instante, era la mujer más afortunada del mundo. Mientras la giraba en la pista de baile, Connor la miraba como si fuera su bien máspreciado. Lo único que empañaba esa felicidad era que Emma no estaba a gusto en ese círculo social, esperaba de verdad que su hija se acostumbrara. A Emily no le importaba que su hija estuviera en estado, ella misma había cometido locuras por amor. Porque de eso se trataba, de jugarse todo por estar con la persona que se ama.

Mientras admiraba a sus padres, Emma estaba abanicándose en una de las esquinas del salón de baile, cerca de uno de los ventanales para que le diera el fresco. Giró la vista al otro lado de la pista y se dio cuenta de que Alexander la estaba mirando, ignorando a *lady* Amelia por completo. Cuando lo vio caminar en su dirección, el corazón se le detuvo. Por suerte, la presencia de alguien la salvó.

—*Milady*, ¿me permitiría esta pieza? —El mismo joven que la había mirado de un modo insistente en la entrada, ahora estaba frente a ella sonriéndole de forma arrebatadora.

—Sería un placer, milord.

El joven la llevó a la pista y la hizo girar al mismo compas que las notas de la música.

—*Milady*, ¿me concedería el honor de permitirme visitarla?

Emma no comprendía bien sus palabras, hasta que se dio cuenta de que él pensaba que estaba en busca de marido.

—Lo siento, milord, no estoy en busca de marido.

—Es una pena, *milady*, pero yo tampoco estoy buscando esposa. Podemos salir a dar paseos.

—No creo que eso sea apropiado.

—¿Ya está comprometida, *milady*?

—No, milord... —dijo sonrojándose al darse cuenta de que no recordaba su nombre.

—Lord Collingwood, Jason Collingwood, *milady*.

—Un placer, milord, tendré que preguntar a mis padres qué opinan de que me ofrezca su amistad.

—Sé que se está acoplando a su nueva vida y lo está haciendo muy bien. —Emma sonrió ante sus palabras.

—¿De verdad? Porque temo dejarlos en ridículo. La buena sociedad es atemorizante.

—Es cierto, *milady*, pero también es cierto que la buena sociedad puede hacer de oídos sordos cuando les conviene. Y, créame, su padre es un hombre que todos quieren tener entre su círculo de amistades.

Emma sonrió un poco más relajada, ese caballero parecía amable. Suspiró tratando de ignorar a Alexander, pero fue imposible. Su mirada recayó en él, que parecía estar furioso.

Capítulo 27

Para su mala, suerte la pieza terminó y ella tuvo que regresar a la orilla de la pista donde estaban sus padres. Sonrió a su madre, que la miraba emocionada.

—Excelencia, ha sido un placer bailar con su hija. Es una bella dama.

Emma se sonrojó de gusto, no estaba acostumbrada a los halagos.

—Lo sé, milord —asintió su padre, orgulloso, tomándola de la mano.

—Es una lástima que no debute este año. Estoy seguro de que sería la sensación de la temporada.

—Sí, es una pena, pero nos estamos adaptando. Nuestra boda ha sido apresurada y queremos que Emma disfrute de todo sin presiones.

—Espero que me permita visitarla para acompañarla a dar un paseo. Sin pretensiones algunas, claro.

—Sería poco ortodoxo.

—Le presentaré a mi hermana, estoy seguro de que se llevarán muy bien.

—*Lady* Olivia es una joven encantadora. Me daría mucho gusto si brindara su amistad a mi hija.

—No se diga más, excelencia, la invitaremos a tomar el té por la tarde. Hoy no ha asistido a su fiesta porque la pobre ha amanecido con jaqueca, pero estoy seguro de que estará encantada.

—Gracias, milord.

En cuanto Jasón se fue, Emma se puso nerviosa. Sacó su precioso abanico de nácar y se comenzó a abanicar. Sonrió a una de las debutantes que pasaba en ese instante a su lado; pero, en lugar de devolverle el saludo, giró la mirada a otro lado. Emma se dijo que no tenía que desanimarse por ese tipo de gestos, era obvio que los toleraban por su padre. Por cómo hablaba con los demás caballeros, nunca nadie se imaginaría que en el pasado había sido un simple lacayo. Su madre estaba distraída recibiendo las felicitaciones de una de sus antiguas amigas, y Emma se quedó mirándola, pensando en lo mucho que la vida le había cambiado. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que alguien la tomaba de la mano, arrastrándola a la pista de baile.

El corazón de Emma estaba a punto de detenerse de la impresión. La música comenzó a sonar y, para su mala suerte, era un vals. Emma mantenía la mirada baja, no quería mirar a Alexander a los ojos. Tenía miedo de ser débil, estaba segura de que sus ojos la delatarían. El simple hecho de sentir sus manos rozar su cintura era suficiente para provocar en ella miles de sensaciones.

—¿Vas a huir de mí todo el tiempo? No me dijiste que guardabas este secreto. —Emma no contestó. Sentía que, al escuchar el tono de su voz, se quebraría por completo—. Te busqué. Cuando desapareciste, te busqué por toda la aldea. Nadie me supo decir dónde estabas, pero ahora sé la razón.

—No es como lo imaginas.

—¿Y qué es lo que imagino? Que de la nada has sacado a unos padres con linaje, cuando antes eras la simple hija de la panadera.

—No tengo por qué darte explicaciones, tú estás comprometido con *lady* Amelia. Ahora te pido que me dejes tranquila.

—¿Para qué? Para casarte con ese idiota con el que has bailado.

—Eso no es asunto tuyo, Alexander. Has tomado tu camino, ahora déjame tomar el mío.

Alexander la agarró más fuerte, apretándola contra su cuerpo de un modo casi indecente.

—Eres mía, Emma. Como otro hombre se atreva a tocarte, estará muerto. ¿Me entiendes?

Fue imposible que no alzara la mirada para ver que Alexander estaba furioso, pero Emma no había hecho nada malo. Era él quien se había comprometido con otra mujer, y por su culpa el conde le había hecho pasar un infierno.

—Te repito que eso ya no es asunto tuyo, Alexander. Ahora hazme el favor de dejarme junto a mis padres.

Alexander apretó los labios en una fina línea de disgusto, pero hizo lo que le pedía. Para Emma fue un alivio llegar al lado de su madre, que se abanicaba de forma nerviosa.

—Excelencia, le entrego a *lady* Emma. Ha sido un placer que me dedicara un baile.

—Gracias, milord —dijo Emily con cierto aire irónico en su voz.

Emma lo único que quería hacer era desaparecer de ese lugar. No entendía por qué la sola presencia de ese hombre la alteraba tanto. Alexander hizo una reverencia a su madre y se fue al mismo lugar donde estaba antes de arrastrarla a la pista de baile.

—Cambia esa cara, cielo, que no se dé cuenta de lo mucho que te ha afectado.

—Por un momento, he sentido que me moría de nervios.

—Eso aún me pasa con tu padre, es mirarlo o saber que está en una estancia, y mi corazón late de un modo desbocado.

—Se merecen toda la felicidad del mundo, madre.

Emma se fundió en un abrazo con Emily, necesitaba sentir que todo estaba bien.

—Y así lo es, cielo, somos muy felices. Aunque también hemos tenido momentos de tristeza, trataremos de compensarlos ahora y en el futuro con mucha felicidad.

—Creo que voy a ir a tomar un poco de aire fresco.

—De acuerdo, dile a tu doncella que te acompañe, no quisiera que algo te pasara por ir sola al jardín.

Asintió para que su madre se quedara tranquila. De reojo, vio que Alexander bailaba con su prometida, que trataba de llamar su atención sin éxito, algo que la alegró de manera infinita.

En cuanto salió al jardín, el aire fresco le golpeó en el rostro dándole una sensación de alivio. El aire dentro del salón estaba demasiado cargado. Caminó por una orilla del jardín donde había unos arbustos lo bastante grandes como para ocultar su presencia. No sabía qué era lo que le sucedía, pero fue ver a Alexander y olvidarse de todo, inclusive de respirar. Su corazón saltó de la emoción con su sola presencia. Sentirlo tan cerca de ella, sentir sus manos mientras la guiaba en la pista de baile, fue la experiencia más maravillosa del mundo.

Tan sumida estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que alguien la seguía. Unos brazos la rodearon y Emma trató de gritar de la impresión.

—Soy yo, Emma, no grites. —La voz de Alexander hizo que se tranquilizara. Por un instante, pensó que alguien quería atacarla.

—No deberías estar aquí, tu prometida te debe de estar buscando. Suéltame, Alexander, que alguien nos puede ver —pidió casi en un susurro, por nada del mundo quería que los descubrieran en una posición comprometedora.

—No me voy a ir hasta que me digas por qué desapareciste. Teníamos un trato y me dejaste sin importarte nada. Y no te soltaré para que salgas corriendo.

Emma levantó la mirada para encontrarse con esos ojos que la habían atormentado durante sus noches de insomnio, sentía que el aire le comenzaba a faltar. Lo había extrañado tanto.

—No hay nada que explicar, Alexander.

—Sí lo hay, Emma, no es normal que desaparecieras para después pasearte por medio Londres como la hija de los duques. ¿De dónde ha salido ese hombre que dice ser tu padre? Y lo que es peor: esa mujer que dice ser tu madre es la monja de la abadía que les daba clases. ¿Qué demonios está pasando?

—Suéltame, Alexander. Si alguien viene, mi reputación estará acabada. No tengo que explicarte nada, ya no formas parte de mi vida, ¿lo entiendes? No tienes ningún derecho a exigir nada, y la historia de mis padres no tengo por qué revelártela. Ellos ya sufrieron mucho como para que ahora anden de boca en boca.

—Es que no lo comprendo, pensé que sentías algo por mí, tus caricias no me pudieron mentir. La manera en la que te entregabas a mí me decía que era alguien importante en tu vida.

Emma sonrió con cinismo, ese hombre no tenía idea de lo que significaba para ella.

—Lo mismo que te importé yo, Alexander. Y, por cómo veo a *lady* Amelia, parece que fue tanto como para comprometerte con otra mujer. Anda, debe de estar buscándote y no quiero ser la culpable de que se enfade contigo.

—Me importa muy poco Amelia. De verdad, preciosa, no sé qué demonios pasó. Tú desapareciste. Te busqué como un loco, nadie sabía qué me pasaba. Un día antes de partir de la casa grande, cometí la estupidez de embocarme. Amelia aprovechó el momento para tenderme una trampa, nos comprometieron ese mismo día.

—No me importan tus excusas, Alexander. Es mejor que sigamos por caminos separados, lo que teníamos no podrá ser nunca más.

—No lo digas, Emma, no me digas que jamás estaremos juntos porque eso no es verdad.

Alexander la sujetó más fuerte, acercando su rostro al de ella de forma peligrosa. Todos sus sentidos se pusieron alerta; la besaría, estaba segura de que lo haría. Y ella no se veía con la suficiente fuerza para rechazarlo. Cerró los ojos queriendo disfrutar del momento. Apenas fue un roce de sus labios sobre los de ella, pero Emma sintió que estremecía todo su ser.

Quería rechazarlo. Quería decirle que se apartara, que ahora era un hombre comprometido con otra mujer y que debía respetarla, pero su estúpido corazón no dejó que lo hiciera. Sin ser consiente de nada, Emma comenzó a disfrutar del beso. Alexander la besaba de tal manera que parecía que quería marcarla para siempre, y Emma sabía muy bien que lo tenía impregnado en el alma.

Capítulo 28

Nada importaba. Ni su familia, ni la sociedad, ni el qué dirán de las demás personas. Lo único que Emma quería era que el dulce momento que estaba viviendo no terminara nunca. Sus labios se apoderaron de todo su ser, el dulce sabor del licor mezclado con el del tabaco provocaban que suspirara embriagada de amor.

Quería odiarle, quería no sentir nada. Por un segundo, quería que esos labios que la estaban torturando no la hicieran estremecer de esa manera y ser inmune a sus caricias. Pero no podía. Aunque lo intentara con toda el alma, no lo lograría.

La mano de Alexander dejó su cintura para acariciar su rostro.

—No llores, cielo, lo arreglaremos. —Ni siquiera era consciente de que estaba llorando, cuando Alexander le limpió las lágrimas antes de que cubrieran su rostro—. No debes preocuparte por nada. Les diré a mis padres que el compromiso con Amelia se cancela.

—No puedes hacer eso, Alexander, has dado tu palabra. Tu honor está en juego.

—De nada me vale tener honor si no estás a mi lado. No lo comprendes, Emma, te amo. Sé que tú no me amas, pero yo estoy muy seguro de mis sentimientos. Estaba dispuesto a enfrentar cualquier consecuencia con tal de estar a tu lado. No quiero perderte, Emma.

Emma no sabía qué contestar, su corazón estaba rebosante de felicidad. Ella lo amaba más que a nada, más que incluso a ella misma. Pero tenía miedo, no creía que los condes tomaran con agrado sus sentimientos.

—No es posible, Alexander, tus padres no lo aceptarán.

—Entonces escapa conmigo, Emma. Vámonos lejos, donde nadie nos encuentre, solos tú y yo. Dime que sí, Emma, por favor.

Las lágrimas de Emma ahora corrían por su rostro sin ningún disimulo, pero no eran lágrimas de tristeza, sino de felicidad. El hombre al que amaba estaba ahí, pidiéndole que se fuera con él. Y a ella no le importaba vivir en una pequeña choza, siempre y cuando fuera a su lado.

—Sí, Alexander, me iré contigo. Pero antes debo hablar con mis padres. No me gustaría que se asustaran al no encontrarme.

—Bien, cielo, te veré entrando la madrugada. Pasaré por ti en un coche de alquiler, nos iremos a la frontera con Escocia y ahí nos casaremos. Ahora nada nos podrá separar.

Emma sonrió feliz, no podía creer que la suerte le comenzara a sonreír. Aún no le diría que estaba embarazada, prefería esperar a que ya estuvieran lejos de Londres para que él tuviera tiempo de adaptarse a la idea. Ambos eran muy jóvenes, pero se amaban con locura. Lo único que necesitaban para superar las adversidades era estar juntos.

—Te estaré esperando con ansias.

Alexander se alejó del jardín, dejándola sola. Entró en el baile para ver que su madre y su doncella la estaban buscando con la mirada, mientras su padre miraba de manera insistente la puerta por la que ella había desaparecido. Los nervios comenzaron a traicionarla. ¿Estaría haciendo bien en irse lejos? Su corazón le decía que sí, que eso era lo que más necesitaba. Ahora tenía que hablar con sus padres, esperaba que se tomaran la noticia con agrado.

—No puedes estar hablando en serio, Emma. —Escuchó que le decía su padre en cuanto estuvieron en la biblioteca. Era una falta de educación que los anfitriones se ausentaran del salón de baile, pero la situación lo ameritaba.

—Cariño, deja que Emma siga su corazón, recuerda lo que a nosotros nos pasó cuando nos separaron. Si ella tiene la oportunidad de estar junto al hombre que ama, yo la apoyaré —dijo Emily abrazándola con cariño.

Connor las miró abrazadas y sonrió uniéndose a ellas, Emma cerró los ojos, disfrutando de esa muestra de cariño. Aunque era muy poco el tiempo que habían convivido juntos, se amaban con locura.

—¿Estás segura de que realmente quieres eso, hija? No me gustaría que sufieras por una vana ilusión. Hasta donde sé, ese muchacho está comprometido con otra dama. Supongo que el conde no estará muy satisfecho.

—Nunca he estado más segura de nada como lo estoy ahora. Alexander me ha dicho que me ama, que quiere estar a mi lado. No le importa lo que diga su padre. Y a mí no importa ser pobre y vivir sin lujos con tal de estar a su lado.

Su padre apretó los labios en una fina línea de disgusto, y después se fue a servir un *whisky*.

—Quiero que sepas, Emma, que ahora no eres la nieta de un panadero. Ahora eres una dama de sociedad. Si ese joven te hace infeliz, no dudes en enviar una nota y nosotros iremos por ti a donde sea que estés. —Una lágrima rodó por la mejilla de Emma, los extrañaría demasiado. Su padre abrió un pequeño cajón de su escritorio y sacó una bolsa de monedas—. Quiero que lleves esto contigo, no se las des a tu marido, quiero que las conserves tú por si tienes la necesidad de huir. Espero equivocarme, pero el conde no se quedará tan tranquilo, y la familia de *lady* Amelia menos. Necesito que te cuides, tu embarazo se comenzará a notar en nada de tiempo, debes pensar en ti y en tu hijo.

Emma se preocupó por esas palabras, esperaba que todo saliera bien. Se dieron un abrazo antes de salir del despacho de su padre y dirigirse de nuevo al salón de baile. Emma le dijo a su doncella que la acompañara para ayudarla a preparar un pequeño equipaje. Buscó con la mirada a Alexander antes de subir a su habitación, pero no lo veía por ningún lado. Suponía que se habría marchado para preparar todo para su huida.

—Vamos, Stacy, ayúdame a meter dos vestidos en una maleta y mis enseres personales.

—¿Qué sucede, *milady*?

—Esta noche me voy a la frontera con Escocia para casarme. —Su doncella jadeó del asombro; pero, incluso así, se puso en marcha para ayudarla a preparar todo—. Vamos, ayúdame a ponerme un vestido de viaje y una capa gruesa.

—Es una locura, *milady*, no debería hacerlo.

—Mis padres están de acuerdo, es el padre de mi hijo y quiero estar con él. No me importa la manera en la que lo haga.

—Tenga cuidado, *milady*, no hace mucho que acaba de recibir un balazo. Y ahora pretende fugarse y está en estado. Eso no puede ser bueno para el niño.

—Tendré cuidado, Stacy, te lo prometo.

Se vistió deprisa; calculaba que aún faltaban unas horas para que llegara el carruaje, pero quería tener todo preparado. Sus padres seguían en el baile y ella estaba de los nervios.

—Voy a traerle un refrigerio, no ha cenado nada esta noche y no creo que puedan pararse en alguna posada.

Su doncella salió de la habitación y Emma se acercó a la ventana para espiar. Algunos de sus invitados estaban comenzando a marcharse, pero aún se escuchaba música en el salón. Se acarició el vientre, que con el vestido de viaje se le notaba un poco más. Tan nerviosa como estaba, no se dio cuenta de que la puerta de su habitación se abrió. Solo cuando escuchó el portazo, se dio la

vuelta para ver que el conde de Norfolk entraba seguido de *lady* Amelia. Emma los miró con el temor inundado en sus ojos, sabía de lo que era capaz ese hombre con tal de librarse de ella.

—¿Qué es esa estupidez que planea hacer mi hijo? —demandó furioso acercándose a ella.

—No sé de lo que me está hablando, milord.

—No seas estúpida, sé que se van a fugar para casarse en la frontera. *Lady* Amelia los escuchó en el jardín.

—Nos amamos, milord. Solo queremos ser felices.

—No sé cómo lograste escapar de la casa grande, pero te advierto que debes de convencer a mi hijo de que dé marcha atrás a esa locura, porque está comprometido con otra mujer.

—Él no quiere ese compromiso, me ama a mí. ¿Por qué no podemos estar juntos? —dijo armándose de valor. Tenía que enfrentar a ese hombre.

—Puede que ahora vistas como una mujer de alcurnia, pero siempre seguirás siendo una vil criada. Y te quiero lejos de mi hijo; porque, de lo contrario, el único que sufrirá es él. No me importa decirle a toda la sociedad que no es mi hijo y repudiarlo para siempre.

—Eso no nos importa. Viviremos felices.

—¿Crees que mi hijo te ama? Es apenas un hombre que se ha encaprichado contigo. En cuanto se le pase el encanto, te dejará. Y para entonces no le quedará nada, porque me voy a dedicar la vida entera a que nadie que se considere decente lo acepte en su casa. Al fin y al cabo, es el hijo de una simple panadera.

—No lo creo capaz de semejante atrocidad.

—No me pongas a prueba, jovencita. Puede que ahora tengas posición, pero tu padre no conservará ese título por mucho tiempo, incluso aunque tenga el favor de su majestad. Así que tú decides, tienes dos opciones: irte con él y dejarlo sin nada, o buscar la manera de que te odie y se olvide de ti para siempre. Solo de esa forma seguirá siendo mi heredero.

—No puede hacernos esto —imploró mientras una lágrima traicionera resbalaba por su mejilla.

—Nunca debiste conocer nuestro secreto. Nunca debiste cruzarte en el camino de mi hijo.

El conde y *lady* Amelia salieron de su habitación, dejándola sumida en dolor. No podía creer que ese hombre fuera capaz de hacerle eso a su hijo. Pensó en Alexander, en lo mucho que perdería, y entonces su llanto se hizo más intenso. De nuevo volvía a ganar la batalla un lord sin honor.

Capítulo 29

Las horas pasaron y Emma vio a los últimos asistentes al evento subir a su carruaje y a sus padres despedir con la mano a sus invitados. Emma se limpió una lágrima, tenía que hablar con ellos antes de que Alexander llegara. Sentía que se estaba arrancando el corazón; pero, por más que lo había pensado, no encontraba otra solución.

Los gritos del servicio la pusieron alerta para darse cuenta de que todos salían corriendo al ver el humo salir de la casa. El corazón de Emma latió desenfrenado al percatarse de que su casa se estaba incendiando. Corrió al pasillo para salir, pero el humo estaba comenzando a llegar hasta ella. En nada de tiempo, comenzaría a subir el fuego. Se tapó la nariz con el brazo, porque el olor era penetrante, y se estaba comenzando a marear. Tenía que llegar a la entrada antes de que el fuego la alcanzara. Se aferró a la barandilla de la escalera, tratando de ver los escalones. Escuchaba al servicio pidiendo ayuda, y en la lejanía a su madre llorar.

Una mano la agarró deteniéndola, pero no logró ver quién era por el espeso humo. Las cortinas de la estancia estaban comenzando a arder y en nada de tiempo la alfombra se prendería. Trató de soltar su mano, pero no lo lograba. Quien la tenía prisionera aplicaba mucha fuerza. Como pudo, le dio una patada a su captor. Y se dio cuenta de que era una mujer, porque había rozado las telas de un vestido. En cuanto estuvo liberada, corrió escaleras abajo, donde las llamas amenazaban con incendiar su vestido.

Salió de la casa sofocada, tratando de apagar las llamas que estaban consumiendo su vestido. Su padre se acercó a ella para tratar de sofocar las llamas de su vestido con su chaqueta. Alguien más le vació un balde de agua, mientras las doncellas corrían tratando de ayudarla. Entre todo el servicio lograron apagar el fuego, pero la mitad de la casa estaba completamente destruida.

Emma estaba muy asustada e inmóvil. Para tratar de calmarla, sus padres se acercaron a ella para abrazarla.

—Vamos, Emma, tiene que verte un médico, esto no puede ser bueno en tu estado.

—Excelencia —dijo el mayordomo que llegaba hasta ellos—, toda el ala este de la casa está inservible. Una de las doncellas dice que vio cuando una dama tiró una vela cerca de las cortinas, no pensamos que fuera un accidente.

—Gracias, Roger, de eso nos encargaremos después. Necesito que me digas si la habitación de Emma está disponible, tiene que verla un médico.

—Enseguida, milord, enviaré a un lacayo para que venga el médico. Podemos subir a *milady* por la parte de atrás, las escaleras del servicio están intactas.

La llevaron hasta su habitación y, en cuanto dio un paso, sintió que algo le tiraba de la piel de sus piernas como si se la estuvieran arrancando. Con esfuerzo, llegó hasta la cama y su doncella la ayudó a quitarse el vestido. El jadeo que dio Stacy la puso alerta.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada.

—*Milady*, el fuego ha quemado sus medias. —El dolor comenzaba a ser insoportable—. Recuéstese, *milady*, enseguida llegará el doctor.

Escucharon al carruaje llegando hasta su casa, pero Emma no fue capaz de levantarse. Pasos corriendo por el pasillo la alertaron de que alguien se acercaba. Alexander entró en su habitación con el rostro pálido, mirándola como si fuera una aparición.

—¿Qué sucedió?

—No lo sabemos, el fuego comenzó en el salón de baile y se extendió por la casa —explicó Emma dejando que el llanto la inundara. El miedo se apoderó de su cuerpo y comenzó a temblar de manera incontrolable. Alexander le acariciaba el cabello.

—No te preocupes, cielo. El doctor está por llegar, enseguida te dará algo para el dolor.

Cerró los ojos para tratar de olvidar la sensación de su piel quemada. El médico llegó minutos después, y en cuanto la vio apretó los labios en una fina línea.

—Salgan todos de la habitación, voy a tratar de curar a *milady*. —Stacy salió de la habitación, pero Alexander no se movía de su lugar—. Milord, necesita salir. No es ortodoxo que esté dentro de la habitación de una dama soltera, y usted está comprometido con otra dama.

—No me voy a mover de aquí, es mejor que se dé prisa. —Emma ni siquiera se dio cuenta del enfrentamiento entre los dos. El médico pareció pensárselo mejor, porque únicamente asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero lo que debo hacer no es agradable, quiero que me ayude a agarrarla. —El médico levantó las sabanas que la cubrían y sacó un frasquito de su maletín con un tónico. Se acercó a la mesilla de noche y vertió unas gotas en un vaso con agua para que Emma lo bebiera.

—¿No le hará daño a mi bebé? —cuestionó ella con la poca razón que le quedaba, sin reparar en la presencia de Alexander.

—Descuide, *milady*, le ayudará a que el dolor no sea tan intenso. —El doctor volvió la vista para Alexander, en una señal de seriedad—. Ahora, milord, sujete a *milady* para que no se mueva.

Lo único que se escuchó en todas las paredes calcinadas de la casa fue el grito de dolor de Emma, al sentir como el doctor retiraba las medias quemadas de sus piernas. Sollozó en cuanto el dolor fue remitiendo. Las lágrimas se deslizaban por su rostro.

—Ahora, milord, necesito que la sostenga más fuerte. Debo limpiar las quemaduras y ponerle un ungüento para que no se le infecten.

Cuando terminaron, Emma perdió el conocimiento. El médico hizo pasar a una doncella para que los ayudara a ponerla más cómoda, y la dejó recostada en su sueño lejos del dolor.

No supo cuánto tiempo estuvo dormida, pero todo el tiempo tenía mucho calor. Alguien la sostuvo para que pudiera tomar agua. Emma escuchó que su madre lloraba. Quiso abrir los ojos para decirle que estaba bien, pero no podía. La voz lejana de Alexander llamándola desesperado también llegó hasta ella, pero no pudo contestar.

La siguiente vez que abrió los ojos, la habitación estaba a oscuras, únicamente iluminada por el fuego de la chimenea. Stacy se levantó de la silla que estaba junto de la ventana para acercarse hasta ella.

—Está despierta, *milady*. Nos ha tenido muy preocupados a todos.

—Sí —dijo en un susurro. Su voz sonaba rasposa y tenía la garganta seca.

—Beba esto, *milady*. Le avisaré a su excelencia de que está despierta, han estado muy preocupados.

Emma no contestó, tenía toda su fuerza ocupada en mantenerse despierta. Quería ver a su madre y decirle que ya se encontraba mejor. Después de unos minutos, la puerta de su habitación se abrió y sus padres aparecieron con ropa de dormir.

—Cielo, has estado muy enferma. Debes descansar.

—Estoy mejor, no quiero que se preocupen. ¿Qué es lo que ha dicho el médico?

—Que lo peor ha pasado, hija —dijo su padre acercándose a ella y acariciando su cabello—. Las quemaduras fueron ligeras, pero se infectaron. El día que te atendieron no se percataron de que se quedaba un pedazo de tela. Has tenido fiebres y, por un momento, pensamos que te

perdíamos. Hemos tenido mucho miedo.

—Lo siento, siento haber hecho que se preocuparan. ¿Mi bebé está bien?

—Sí, cielo, el médico ha dicho que ambos estarán bien. Solo debes descansar, tu cuerpo necesita recuperarse.

—¿Y Alexander?

—Ha estado pendiente de tu salud, pero el día que fue el incendio se enteró de que estás en estado. Seguramente quiere una explicación. Ahora no debes preocuparte por ello, ya tendrán tiempo para hablar.

Esas palabras le recordaron todo lo que pasó con el conde y una lágrima rodó por su mejilla. Tenía que alejar a Alexander a toda costa.

—¿Pueden hacerme un favor?

—Lo que quieras, hija, sabes que te apoyaremos.

—Necesito que Alexander no vuelva a acercarse a mí. No quiero verlo nunca más.

Esas palabras los dejaron a todos de piedra y un silencio se apoderó de la habitación.

—No entiendo qué pasó, hija, estabas muy contenta de irte con él para comenzar una nueva vida.

—Me he dado cuenta de que nuestros destinos no están unidos. Debo alejarlo de mí; por favor, díganme que me apoyarán.

Capítulo 30

Por más que lo intentaba, no lograba dejar de llorar. Las quemaduras de sus piernas estaban sanando y el bebé se encontraba bien. Esa era la única alegría que había tendió en esas semanas de encierro. Sus padres le dijeron que Alexander había querido acercarse a ella. Había insistido tanto que debieron sacarlo de la casa con ayuda de los lacayos. El corazón de Emma se retorció del dolor, pero no podía dejar que el conde se saliera con la suya. Alexander llevaba toda la vida siendo hijo de un conde, y enterarse de la realidad sería algo que no lograría superar. Ella no tenía el valor para destrozarle la vida.

El médico acudía cada tercer día para cambiarle los vendajes y ponerle el ungüento. Por suerte, estaba comenzando a sanar. Ahora ya le permitían levantarse de la cama y sentarse junto a la ventana, desde la que podía observar el jardín y la reconstrucción de la casa.

No podía decirle a sus padres que alguien había tratado de retenerla dentro de la casa el día del incendio, porque querrían investigar, y las palabras del conde diciéndole que su padre dejaría el título le habían parecido una amenaza. Ella había vivido en carne propia la maldad de ese hombre y no quería dañar a los que amaba.

En medio de la noche, sintió la presencia de alguien en su habitación. Extendió la mano hacia la mesilla de noche tratando de encontrar algo con lo que golpear al intruso, pero no había nada. Su corazón latía desbocado, cuando le taparon la boca impidiéndole moverse.

—No grites, soy yo, Alexander. —Emma se tranquilizó, pero recordó que debía evitarlo—. Voy a quitar mi mano, pero no quiero que grites.

En cuanto estuvo liberada, miró fijamente al único hombre que había amado.

—Tienes que marcharte, Alexander, le he dicho a mis padres que no quería verte.

—¿Qué sucede, cielo? Teníamos planes y parecías contenta.

—No te amo, Alexander —mintió sintiendo que se le desgarraba el alma—, y no quiero que vuelvas a entrar en mi habitación. Debes seguir con tu vida, debes casarte con *lady* Amelia. Olvídate de mí para siempre.

—No puedes hablar en serio. Me amas, lo sé, Emma, y yo también te amo. No puedes hacernos esto, no puedes dejarme ahora que te he vuelto a encontrar. ¿Qué sucederá con nuestro hijo?

—No podemos estar juntos, necesito que lo comprendas. —Emma apretó los ojos para contener las lágrimas—. Fuiste una ilusión cuando era una simple criada, pero ahora puedo aspirar a un marido de mejor posición.

—No es verdad. Me dijiste que me amabas y estabas dispuesta a irte conmigo.

—Me he dado cuenta de que merezco un marido de mi posición. Lo siento, Alexander, pero no te amo ni te he amado nunca. En cuanto nazca el bebé, te enviaremos una nota para que lo conozcas.

—Ningún hombre querrá casarse contigo, eres mía, no puedes ser de otro hombre —exigió él furioso.

—El dinero puede hacer que un hombre con buen título acepte cargar con el hijo de otro. Descuida, tu nombre no será manchado.

—Esa no eres tú, Emma, dime qué sucede. Dime qué te dijeron para que ahora quieras alejarme de ti.

Nada le gustaría más que decirle la verdad, pero lo amaba demasiado como para echar a perder

su vida. Él era el hijo del conde y de esa manera se iba a quedar.

—Aléjate de mí, Alexander. No te amo, esa es la única razón. No hay más, debes entenderlo.

—Estoy seguro de que tus palabras son mentira.

—Puedes pensar lo que quieras.

La puerta de su habitación se abrió de golpe dejando ver a su padre, que apuntaba con un arma a Alexander. Emma dejó escapar un pequeño grito, no quería que nadie saliera herido.

—Aléjate de mi hija, muchacho. No me va a temblar la mano para dispararte. Debería matarte por haberla deshonrado cuando creías que era una criada.

—Yo la amo, y estaba dispuesto a enfrentar a todos por ella —dijo Alexander, mirándola de tal manera que a Emma se le paralizó el corazón. Porque, en ese instante, se dio cuenta del enorme error que había cometido: ahora la odiaba.

—Ella ha decidido que no lo ama, milord. Haga el favor de salir de mi casa antes de que me tiemble la mano. —Tan impresionada estaba que no fue capaz de reaccionar. Únicamente cuando escuchó el portazo con el que cerró la puerta de su habitación al marcharse, se dio cuenta de que acababa de cometer el mayor error de su vida.

Un cúmulo de sensaciones se apoderaron de ella, y comenzó a llorar sin control.

—No llores, cielo. Si eso es lo que querías, no tienes por qué sufrir —dijo su padre sentándose a su lado, mientras su madre acariciaba su pelo—. Es la decisión correcta, te apoyaremos en todo lo que tú quieras. Estaremos bien.

—Le hice daño, no quería lastimarlo, esa no era mi intención.

—Nos dañan las personas que de verdad amamos. No sé qué sucedió, ni por qué tomaste esa decisión, pero sé que hiciste lo que has creído correcto. Eres fuerte, Emma, deja que el tiempo ponga todo en su lugar. Estoy segura de que el destino los volverá a unir —auguró su madre dándole consuelo.

Después de que sus padres salieran de la habitación, se levantó de la cama para mirar por la ventana y vio a Alexander parado en la acera de enfrente, mirando fijamente en su dirección. A Emma se le cortó el aliento, y sin querer se acarició su vientre. Una suave patada de su hijo la hizo llorar sin parar. Acababa de echar a perder su vida con tal de proteger a los que amaba. No se apartó de la ventana y él tampoco se fue, pero su mirada de odio seguía ahí.

—Vamos, *milady*, debe comer algo. No es bueno para el niño que pase muchas horas sin probar bocado.

Habían pasado tres semanas desde que había arruinado su vida y, aunque su doncella y sus padres trataban de animarla, no lo lograban. Emma sentía que ya nada tenía sentido, la única motivación para despertarse era su hijo. Las quemaduras en sus piernas estaban sanando bien y ahora ya podía salir a dar paseos.

Al día siguiente de que rechazara a Alexander, decidieron que debían marcharse a la casa grande que tenían perteneciente al ducado. La buena sociedad londinense no supondría ningún escándalo, ya que por el incendio era lógico que se marcharan antes de que terminara la temporada. Pero la realidad era que la querían mantener alejada de todo lo que le recordara a Alexander, y eso era imposible: lo buscaba y añoraba cada segundo que pasaba.

—De acuerdo, bajaré a desayunar con mis padres.

—Muy bien, *milady*.

Su doncella salió de la habitación, y ella suspiró tratando de contener las lágrimas. Quería dejar esa tristeza atrás, pero el dolor en su corazón insistía en recordarle todo.

Sus padres ya estaban sentados en el amplio comedor, platicando en susurros. En cuanto notaron su presencia, se quedaron en silencio, como si estuvieran compartiendo un secreto.

—Hija, qué alegría que hayas decidido bajar a desayunar.

—Gracias, padre. Creo que hoy saldré a dar un paseo con Stacy por el campo, hace un día espléndido. —Aunque trataba de sonar alegre, su apatía desmentía sus palabras.

—¿Sabes, hija?, me han dicho que hay una modista muy buena. ¿Quieres que vayamos a verla para que te haga unos vestidos?

—Claro, madre. Me estoy empezando a sentir incómoda con estos —aceptó distraída, mientras comía un bollo de jengibre.

No podía estar tranquila y movía la mirada para todos lados. Hasta que observó una página del diario que estaba leyendo su padre, donde se anunciaba el compromiso de Alexander con *lady* Amelia. No fue capaz de decir una sola palabra, se levantó de la silla y comenzó a caminar afuera de la casa. Necesitaba alejarse de todo.

Era una tonta, ella misma había sido la culpable de que eso pasara. Y, ahora, lloraba por los rincones porque había alejado a Alexander de su vida. Era una estúpida y lo sabía de sobra, pero en el corazón no era tan fácil mandar. Por más que se obligara a no sentir ese vacío que le quemaba en el pecho, no lograba encontrar un poco de felicidad.

Estuvo caminando por unas horas, tratando de serenarse. Ella misma le había dicho que se casara con *lady* Amelia. Alexander únicamente estaba cumpliendo con sus deseos. En ese momento, odió al conde. Odió que la red de mentiras que tejieron en su entorno los arrastrara a la infelicidad.

Capítulo 31

Emily observó con tristeza como su hija regresaba de su paseo por el campo, sabía que no era feliz en ese lugar. No entendía qué orilló a su hija para dejar al hombre que amaba, pero estaba segura de que tenía una razón muy poderosa. Si al menos supiera lo que la atormentaba, tal vez la podría ayudar. Lo que más le dolía era que Emma no tuviera la suficiente confianza para contarles. Parecía que fueran unos extraños conviviendo en la misma casa.

La vio subir distraída, acariciándose el vientre, mientras sonreía con tristeza. Subió las escaleras que le llevaban a la habitación de Emma y la vio sumida en sus pensamientos al lado de la ventana.

—Emma.

Su hija sonrió al verla ahí.

—Pasa, madre. ¿Necesitabas algo?

—Ven, quiero mostrarte algo.

Emma la siguió en silencio y se dirigieron a la habitación que estaba al lado. Emily abrió la puerta esperando que la sorpresa la animara un poco. La habitación estaba decorada en tonos amarillos. En el centro, una hermosa cuna con dosel blanco adornaba todo el espacio, y junto a ella había una silla.

—¡Es hermoso! —exclamó Emma encantada con la sorpresa. Incluso había un caballito de madera en una esquina.

—Queríamos sorprenderte, Emma.

—Y lo han hecho, madre, es realmente hermoso.

Emma acarició la cuna casi con adoración.

—¿Qué sucedió, Emma? Sé que tal vez aún no tienes la suficiente confianza, pero eres mi hija y no me gusta verte sufrir. No entiendo tu cambio tan repentino.

Emma agachó la mirada, no quería hablar con nadie sobre eso, pero sabía que sus padres sufrían por ella. Suspiró mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

—La noche del baile, el conde de Norfolk fue a mi habitación con *lady* Amelia. Ella nos escuchó hablando de nuestros planes y se lo dijo al conde. Me amenazaron con contar toda la verdad si no accedía a dejar a Alexander.

—Debiste contárnoslo, tu padre te habría ayudado.

—Amenazaron también con hacerle daño a él. Sé que Alexander me amaba, pero fui muy cobarde. Debí pelear por él, ahora lo he perdido para siempre —dijo desgarrada. Su madre se acercó a ella para abrazarla, queriendo protegerla de ese dolor.

—No lo has perdido, Emma, estoy segura de que un amor tan grande como el que ustedes tienen no se puede borrar de la noche a la mañana. Lucha por él, cariño, no dejes que el miedo te haga abandonar el amor.

—Me odia, lo vi en su mirada, no creo que quiera saber nada de mí.

—Si te odiara, no se preocuparía por ti. Ha enviado una carta cada semana para saber cómo estabas. También ha intentado darle a tu padre una cantidad de dinero para tu manutención, pero tu padre le ha dicho que no era necesario.

—Se ha de sentir responsable del niño.

—No lo creo, cielo, quería estar a tu lado antes de que supiera lo del bebé. Te ama de tal

manera que aunque trate de odiarte no podrá hacerlo. Cuándo me reencontré con tu padre, traté de odiarlo. Traté de alejarme de él para no sufrir, pero estando separados sufrí más. Cuando el amor es verdadero puede sobrevivir a la adversidad, Emma. Ve a buscarlo, explícale tus motivos.

—Él ha sido criado como el hijo de un conde. Si no me alejo, su padre lo desheredará y todo Londres sabrá que no es su hijo. No puedo hacerle eso, no creo que él supere una verdad así.

—Si te ama, lo hará, lo logrará con tu apoyo. Debes pensar en ti y en tu hijo, en darle la vida que no tuviste por culpa del odio de otras personas.

—No creo que sea buena idea.

—Es mejor intentarlo, cariño. En un tiempo, preferirás saber que lo intentaste todo con tal de estar con el amor de tu vida; si no, te arrepentirás por haber sido un cobarde.

—Lo pensaré.

—Espero que encuentres la respuesta en el fondo de tu corazón. Si es así, será la respuesta correcta.

Capítulo 32

Una semana después de que el compromiso de Alexander saliera en los diarios, otra noticia dejaba impactada a Emma. La noche anterior, el conde de Norfolk había sido encontrado asesinado en su biblioteca. Su primer pensamiento fue que Alexander debía de estar sufriendo por perder a su padre.

—Dios mío, dice que alguien le cortó la garganta. —Escuchó que decía su madre.

—Querida, deja de leer esas noticias, alteras a Emma. —Ambos la miraron preocupados, al ver que estaba pálida. Algo dentro de ella le dijo que tenía que estar al lado de Alexander.

—Debo regresar a Londres.

Unas horas más tarde, el olor a humedad le decía que estaban llegando a Londres. Aún no tenía ni la menor idea de cómo se acercaría a Alexander, pero necesitaba estar junto a él. Su padre iría a presentar sus respetos por la sensible muerte, pero ella no creía conveniente hacerlo. La buena sociedad murmuraría si se acercaba hasta allá.

Llegaron a su casa mucho antes de lo que esperaba. Y, aunque su corazón le decía que debía ir de inmediato a buscarlo, sabía que tendría que tener paciencia. Ese día era el sepelio del conde y ella no quería estar en medio de los rumores. Todavía no se esclarecía la identidad del asesino y, aunque era algo completamente inhumano, una parte de ella se alegraba de que ese hombre estuviera muerto. Porque de esa forma dejaría de tratar de separarlos.

No sabía la reacción que tendría Alexander al verla, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de estar a su lado. Se cubrió la cabeza con una capa para que nadie la identificara. El carruaje la dejó en la entrada de la casa de Alexander, y Emma se quedó impresionada porque en verdad era hermosa. El mayordomo le abrió la puerta incluso antes de que ella tocara. Sonrió con nerviosismo.

—*Milady*.

—Sé que no es una hora apropiada, pero ¿podrá decirle a lord Alexander que necesito verlo?

—¿A quién debo anunciar, *milady*?

—Dígale que *lady* Emma está aquí, por favor.

El mayordomo la hizo pasar a una salita muy pintoresca, mientras esperaba a que Alexander llegara. No se quitó la capa porque Alexander tal vez la echara de ahí en un segundo. Su separación no fue en buenos términos, solo esperaba que la comprendiera. Había sido una completa estúpida que no supo confiar en su amor. Se acercó para mirar por la ventana, la obscuridad ya estaba comenzando a caer. El carruaje en el que había llegado la estaría esperando calle abajo con su padre dentro. Los pasos de alguien acercándose la regresaron a la sala. Sus manos comenzaron a sudar... Y de pronto el lacillo de la capa, que se ajustaba a su cuello, le estaba ahogando.

—¿Qué haces aquí, Emma?

La sola voz de Alexander la sacó de sus pensamientos. Cerró los ojos antes de volverse, estaba segura de que no soportaría ver la mirada de odio en sus ojos. Armándose de valor, se giró. Y, al ver a Alexander, se le cortó el aliento. Estaba igual de guapo, pero más delgado y con ojeras pronunciadas. A pesar de ser de la misma edad, parecía que había envejecido unos diez años por lo menos.

—He venido a saber cómo estás. Me enteré de lo de tu padre. Te ofrezco mis condolencias.

—Este no es buen momento, Emma, después te buscaré en tu casa.

El corazón de Emma se retorció de dolor. La estaba alejando de él. No es que ella se esperara otro tipo de recibimiento, pero ver su mirada tan fría le congelaba el alma.

—De acuerdo —dijo ella en un susurro.

A cada paso que daba fuera de la casa, rogaba porque él la detuviera. Que le dijera que la necesitaba a su lado en ese momento de dolor. Pero no la siguió. Una lágrima resbaló por su mejilla: era una tonta que lo había echado todo a perder.

—Emma... —Escuchó que la llamaba.

Por un momento, sintió que las piernas le fallarían. Se volvió para ver que se acercaba a ella. En cuanto estuvieron lo suficientemente cerca, Alexander tomó su rostro. Podía sentir su respiración, era como si se estuviera conteniendo. Cuando rozó sus labios, Emma sintió que por fin estaba en el lugar al que pertenecía. Se aferró más a él, como si lo necesitara para respirar. El beso se fue tornando más exigente, y ella estaba sumida en una neblina de placer de la que no quería salir.

—Vaya, vaya, mira quién nos viene a visitar. —La voz de *lady* Amelia llegó hasta ellos.

Capítulo 33

La sonrisa con la que los miraba le parecía desquiciante, era como si *lady* Amelia hubiera perdido la cordura. A Emma se le cortó el aliento cuando vio el arma con la que los estaba apuntando.

—Amelia, baja el arma —pidió Alexander cubriéndola con su cuerpo.

—¿Qué sucede, querido? ¿Piensas que voy a dañar a tu querida zorrita? Tranquilo, que antes de eso quiero que conozcas a alguien, alguien a quien Emma conoce muy bien. Te lo voy a preguntar una última vez, Alexander. ¿Vas a cancelar el compromiso?

—Amelia, fue un arrebató de mi padre. Nunca te he amado, no puedo casarme contigo.

—Pero ¿con esa zorra sí? No quieres que tu bastardo nazca fuera del matrimonio.

—Amelia —pronunció Alexander en tono de advertencia.

—Descuida, querido, tu bastardo será mirado con malos ojos en la sociedad de cualquier forma. Porque ya de por sí su padre es un bastardo, no el hijo del conde de Norfolk.

—Estás mintiendo. —Escuchó que le replicaba Alexander dando un paso al frente.

—No, querido, y tu amada Emma lo sabe. ¿Sabes por qué te dejó? —Los miró entre burlona y furiosa—. El conde la amenazó con desheredarte y decirle a todos que no eres más que el hijo de una panadera de la aldea.

—Estás loca, Amelia, deja de mentir.

La risa de Amelia le dijo que estaba lista para dar su estocada final:

—Me das pena. Tu padre tenía miedo de que se supiera la verdad y, como yo escuché todo ese día, trató de amenazarme. Lo que tu querido papaíto no sabía es que la piel de la garganta es muy sensible al filo de un cuchillo. Ahora es momento de que conozcas a esa persona especial. Pasa, Eleonor.

La mujer estaba parada frente a ellos con la mirada agachada, como si tuviera pena de mirarlos.

—Esta mujer, Alexander —dijo Amelia acercándose a ella, apuntándoles más cerca con el arma—, es tu querida mami. La que te vendió al conde para que te criara como su legítimo hijo. Una canallada, lo que hicieron. —Apuntó un momento contra Eleonor, y rápidamente se volvió hacia Emma—. Si no quieres que alguien salga dañado, seguirás adelante con el compromiso. De lo contrario, ya te puedes ir despidiendo de ese bastardo que esperas.

Todos guardaron silencio, estaban temerosos. Y Alexander, desconcertado por la revelación.

—No eres más que un lord sin nada, ni siquiera tienes honor, solo eres el hijo de un simple jornalero. Las vueltas que da la vida. Imagina lo que dirá la condesa al enterarse de que no eres su hijo, con lo delicado que tiene el corazón.

Después de unos minutos, Amelia lanzó el ultimátum.

—Ahora, querido, debes decidir: cancelar o no el compromiso.

Cuando Alexander respiró profundo para contestar, vio a Connor acercándose lentamente hacia Amelia.

—Sí, Amelia, se cancela el compromiso, mi corazón pertenece a Emma.

Todo pasó en un segundo. El disparo se escuchó en toda la casa. Connor se lanzó sobre Amelia para quitarle el arma, pero había sido demasiado tarde. El disparo había herido a alguien. Preocupada, Emma se acercó a Alexander, que sostenía a Eleonor. Vio a la mujer que ella conoció como su madre y se dio cuenta de que estaba sangrando. Alexander gritaba que buscaran al

médico, mientras la tomaba en brazos y la llevaba a una de las habitaciones. Cuando llegaron, la recostaron en la cama, y se estremeció al ver la mirada que Eleonor le dedicaba a Alexander.

—Perdóname, hijo, lo hice por tu bien.

—No se esfuerce, señora, enseguida llegará un médico. Estará bien, ya lo verá.

Las doncellas entraron para atender a Eleonor y ellos salieron de la habitación. Para Alexander había sido un duro golpe. Su padre subió hasta donde ellos estaban, acompañado del médico, que entró apresurado.

—Se la ha llevado el alguacil, la llevarán a juicio.

A Emma le preocupó que la verdad llegara hasta los oídos de la reina. Esperaba que ya no hubiera más desgracias. Alexander miraba al frente muy serio y ella se acercó para consolarlo. En cuanto la sintió cerca, Alexander la atrajo hacia sus brazos aferrándose a ella.

—Todo estará bien, Alexander, no hay nada que temer.

—Si pierdo el título, ¿querrás estar conmigo?

—No amo tu título, te amo a ti, a lo que eres.

En ese momento, salió el médico con las manos llenas de sangre.

—Lo siento, milord, no pudimos hacer nada por ella. En cuanto comenzamos a tratar de cerrar la herida, una hemorragia se desató impidiéndonos hacer el trabajo. La mujer acaba de fallecer.

Un sollozo salió de los labios de Emma. Toda su vida pensó que esa mujer era la que le había dado la vida, y ahora estaba muerta.

—No lo puedo creer. En cuanto se escuchó el disparo, ella me cubrió con su cuerpo. De otra forma, el que estaría muerto sería yo —dijo Alexander mientras se limpiaba una lágrima.

Emma seguía abrazada a él, llorando la pérdida de los dos.

El funeral fue muy triste. Únicamente estaban Emma, sus padres y Alexander. Al día siguiente, salieron en un carruaje para llevar el cuerpo hasta la aldea, donde le darían sepultura. Regresar a ese lugar, donde había sido tan feliz y tan desdichada a la vez, hizo que sus sentimientos estuvieran a flor de piel.

Regresaron ese mismo día a Londres y Emma estaba agotada. Sentía que la espalda la estaba matando, y todavía le faltaban varias semanas para dar a luz. Alexander iría a su casa para ver el estado de salud de su madre. Había dicho que pasaría al día siguiente a visitarla. Estaba en un limbo emocional porque no sabía de qué forma actuar. Pensaba que habían arreglado su situación, aunque suponía que Alexander necesitaba tiempo para digerir la situación.

Lo malo fue cuando pasó una semana y él no regresaba. Se paseaba de un lado a otro en su habitación. Sus padres la miraban como si en cualquier momento se fuera a desplomar. Vio por la ventana que su padre llegaba en el carruaje, y bajó para preguntarle si sabía algo de Alexander. Aunque quería darle tiempo, necesitaba saber que estaba bien.

Su padre entró en la casa, dándole su sombrero al mayordomo. Emma fue hasta la salita, donde seguro que estaría su madre bordando, y esperó a que su padre llegara.

—Connor, has estado toda la mañana fuera —indicó su madre mirándola de manera nerviosa. En ese instante, supo que le estaban ocultando algo.

—¿Qué sucede, padre? ¿Sabes algo de Alexander? —Su padre la miró como sorteando las posibilidades.

—Ha estado ocupado con el tema de su padre y por eso no se ha presentado. Se complicó un poco, ya que *lady* Amelia se quitó la vida en la cárcel.

Emma se tuvo que sentar en uno de los silloncitos, pues sentía que le faltaba el aire.

—¿Estás bien, hija? —inquirió su madre al verla tan pálida.

—Sí, me ha tomado por sorpresa esa noticia.

—Después de enterarse, Alexander se ha ido a la casa grande: quería poner distancia con todos sus conocidos.

Emma sintió que todo se derrumbaba a su alrededor. No habían solucionado nada y Alexander seguía sin perdonarla por su cobardía.

Capítulo 34

La abadía seguía teniendo la misma apariencia que el día en que llegó veinte años atrás. Emily miró de nuevo la tumba sobre la que tantas veces había llorado, esa tumba que antaño era un recordatorio de que la gente podía seguir respirando aunque tuviera el corazón destrozado. Depositó las flores que había llevado. La tumba estaba descuidada; al parecer, nadie iba a hacer limpieza. Una lágrima cayó. Aunque supiera la verdad, no podía evitar que la tristeza la envolviera. Connor se puso a su lado abrazándola y Emily se borró las lágrimas para sonreír.

—¿Crees que Emma estará bien? —dijo Emily mirando a la casa grande.

—Espero que sí, cielo, necesitan resolver muchas cosas.

—Sí, deseo que se aclare todo entre ellos, merecen ser felices.

En ese mismo momento, Emma caminaba colina arriba recorriendo la vereda que la llevaba a la casa grande. Recordó el primer día que su madre le hizo llevar los postres para los invitados del conde, la primera vez que observó a Alexander. Una rama crujió al sentir su peso y caminó más despacio, ya que lo que menos necesitaba era una caída. Cuando estaba a punto de llegar a la casa grande, se detuvo sobre el camino. Y su corazón saltó de júbilo al ver que un jinete se acercaba a toda prisa. Lo reconocería en cualquier parte del mundo.

Por un momento, sintió miedo al rechazo. No quería que su corazón sufriera de nuevo, pero tampoco quería estar un día más sin saber la verdad. Si Alexander no la amaba, lo aceptaría y se marcharía.

El jinete detuvo su caballo y giró su montura para comenzar a recorrer el camino que lo llevaría hasta ella.

—Hola —saludó ella mirándolo directamente a los ojos.

—¿Qué haces aquí, Emma?

—Quería saber si estabas bien.

—Creo que esta conversación ya la tuvimos.

Emma no supo qué contestar. Su rostro no denotaba nada, ningún sentimiento, era como si estuviera hablando con un desconocido.

—Tienes razón, creo que fue una mala idea haber venido. —Se dio la vuelta para bajar, cuando él la tomó del brazo.

—No soy un lord, Emma, no tengo nada que ofrecerte. —Parecía destrozado. Emma quiso hablar, pero él la detuvo—: No sé quién soy.

—Nadie sabe que tus padres no son los condes, para la sociedad eres uno más de sus pares. No debes atormentarte por eso.

—Pero, si la verdad sale a la luz, nuestra familia se verá... —señaló mirándola con desesperación.

—Si eso sucede, entonces lo enfrentaremos juntos.

—Ahora las circunstancias son distintas, ahora soy yo el que no tiene la nobleza para estar a tu lado —musitó acariciando su rostro. Sus manos tocaban su piel con tanta ternura que una lágrima resbaló por el rostro de Emma—. No llores, cielo.

—Tú eres todo lo que necesito, no me importa vivir en la pobreza con tal de estar a tu lado.

—No puedo hacerlo, Emma, no puedo arrastrarte por el fango conmigo. —Alexander se separó de ella.

—No lo hagas, por favor. A mí no me importa quiénes sean tus padres. Si prefieres, no volveremos a Londres. Me iré contigo a cualquier lugar donde tú decidas estar, pero no me dejes por miedo a la sociedad.

Alexander se giró y la estrechó entre sus brazos. Emma no quería estar en otro lugar que no fuera ahí, donde estaba su corazón.

—Te amo, Emma, te amo tanto que me duele que tengas que pasar por esto. Había tomado mi decisión, pero no puedo, te amo más que a mi propia vida.

—Demuéstramelo, Alexander. Si de verdad me amas, demuéstralo estando a mi lado. Porque yo solo necesito eso para poder vivir. Te amo y nada me importa más que nuestro amor.

Alexander tomó su rostro entre sus manos, mientras la brisa fresca agitaba los mechones de sus cabellos que se habían escapado de su recogido. Lo miró a los ojos y confirmó lo que ella ya sabía, seguiría a ese hombre hasta el fin del mundo. Sus rostros estaban tan cerca que podían escuchar sus respiraciones. Sus labios se rozaron de manera tan tierna y tan sublime que sentían que estaban rozando el cielo. Lo lograrían, no había nada en el mundo que pudiera destruir el amor que se profesaban. Tal vez en el pasado el destino estuviera empeñado en separarlos, pero ahora se dejarían el alma para que su amor perdurara hasta la eternidad.

Epílogo

Emma miraba con los ojos empañados de lágrimas al final del pasillo, esperando para entrar en el salón de baile de su casa. Junto a la chimenea estaba Alexander, parado junto al sacerdote que los convertiría en esposos. Era una boda íntima, solo asistirían sus padres y unos cuantos amigos que tenían en común. Pero eso no le importaba, lo único que deseaba era convertirse en la esposa de Alexander.

Su padre le ofreció el brazo y ella lo tomó emocionada. Antes de comenzar a caminar, se giró para fundirse en un abrazo con él. Su madre los miraba emocionada mientras una lágrima de felicidad se le escapaba. Habían jurado que no volverían a llorar por tristeza, ahora el futuro les sonreía. Caminaron por el pasillo y Emma supo que al fin había llegado el momento de ser feliz.

El sacerdote presidió la ceremonia más bonita que hubiese imaginado. Aunque ella no le prestó mucha atención, perdida en la mirada de su ahora esposo. Lloró cuando Alexander juró amarla hasta la eternidad y le puso el anillo que significaba su eterna unión.

—¿Eres feliz, condesa? —dijo Alexander mirándola con amor.

—Mucho, cariño, nunca podré ser más feliz que en este instante. Te amo tanto que me da miedo despertar y darme cuenta de que todo ha sido un sueño.

—También te amo. Desde el primer día en que te vi, supe que eras la mujer con la que quería pasar el resto de mis días. Esto es un sueño, un sueño que durará para siempre.

A poca distancia, Emily bailaba entre los brazos de su esposo, que la miraba enamorado. Era increíble que estuvieran viviendo ese momento de felicidad después de padecer todo un calvario, pero ella volvería a pasar por todo lo que había sufrido con tal de llegar a los brazos de Connor. Tal vez en el pasado no era el tiempo preciso para su amor, tal vez debían madurar hasta que sus manos pudieran amoldarse perfectamente. Hasta que sus vidas tuvieran el mismo final, caminando juntos, aunque el amor la hubiera llevado a los brazos de un lord sin honor.

Agradecimientos

A todos los que hacen posible que este sueño sea realidad, a quienes disfrutan del amor entre las páginas de los libros.

Este camino no sería posible sin los lectores, los que deciden que quieren perderse entre los mundos imaginarios que nosotros creamos, así que este agradecimiento es para los que me han dado la posibilidad de seguir adelante con mis historias.

Con cariño, Vanessa Lorrenz.